La vengadora de sus hijos, Dª María la Brava

DG
COM

+.1315539
C.

URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

LA VENGADORA DE SUS HIJOS

D.ª MARÍA LA BRAVA

(Crónicas de Salamanca.—Siglo XV)

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

ADMINISTRACION,

CALLE DE RECOLETOS NÚM. 7.

MADRID

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Santos Lanxe, calle de Hortaleza, 128.

R. 163618

CAPITULO I.

Que sirve de prólogo y manifiesta el delicioso estado en que se encontraba Castilla en aquellos tiempos.

Era por los años de 1440.

Reinaba en Castilla don Juan el II, ó por mejor decir, don Alvaro de Luna, aquel magnífico y poderoso condestable, que llegó á ser tan poderoso y tan magnífico, que al fin el señor rey, su amo, hubo de cortarle andando el tiempo la cabeza en la plaza del Ochavo de Valladolid, por libertarse, sin duda, de tanto poder y tanta magnificencia, que entonces los reyes, aunque fuesen tan débiles como don Juan el II, solian dar á su pueblo el buen espectáculo de un soberbio magnate degollado.

Progresando se ganan muchas cosas.

Pero se pierden tambien otras muchas.

Reinaba, pues, en los tiempos de la pavorosa historia cuyo relato empezamos en los reinos de Castilla y Leon, de hecho, el magnífico condestable don Alvaro de Luna, de derecho, el rey don Juan el II.

Los tiempos eran rudos.

Más que nunca se batia el cobre entonces en Castilla.

Y no en la casa de moneda de Segovia que los dineros andaban por las nubes, sino en el campo y á lanzadas por cuantos conceptos se pueden imaginar.

La Santa Hermandad, auxiliada cuanto podia serlo por gente de guerra, andaba tras los bandidos que en cuadrilla, y armados hasta los dientes, infestaban las tierras castellanas.

Este ó el otro rico hombre, por acá ó por allá, se rompia la cabeza con su vecino por cuestion de jurisdiccion, y á veces por una nonada, y las fronteras del reino moro de Granada eran un matadero de castellanos, por que se habia pensado al fin sériamente en la reconquista de aquel último pedazo de España, ocupado por los musulmanes.

Los intransitables caminos se negaban al comercio.

Las tierras convertidas en su mayor pate en campos de batalla, se labraban poco y mal.

La miseria cundia, y sobre estas desven-

turas caia lúgubre y terrible la peste negra.

Y no era esto solo.

No habia ciudad en que no hubiese bandos encarnizados, que á cada paso se lanzaban á la calle y allí se majaban el alma hasta que no podian más.

Todo á ciencia y paciencia del rey, que no podia evitarlo, y del condestable, que aunque hubiera podido evitarlo no lo evitaba, por que siempre uno de los bandos alborotaba y mataba en su favor.

Delicioso era, pues, el estado en que Castilla se encontraba.

Salamanca era una de las ciudades en que los bandos con más saña y encarnizamiento se combatian.

Eran unos los Manzanos, los Monroyes los otros.

Los Manzanos debatian sus intereses particulares espada y arcabuz en mano, y aun sacando á las calles las lombardas en nombre del magnífico condestable don Alvaro de Luna, de los cuales eran enemigos los Monroyes.

En aquellos tiempos los emparentados y los deudos con que contaba una familia potente eran innumerables, y estos se atraian á sus deudos, á sus amigos, á sus menestrales.

De manera que en Salamanca no habia más que *manzaninos* y *monroyinos* porque hasta la

universidad, á que concurrian más de seis mil estudiantes, pertenecia á este ó al otro bando, segun que los estudiantes vivian con esta ó con la otra mitad enemiga.

Los cláustros eran con frecuencia un campo de Agramante, donde llovian tajos, reveses estocadas y ladrillazos, sirviendo aun los libros de armas arrojadizas, y no habiendo bedel ó maestro que pareciese por el mundo cuando se armaba una de estas zalagardas.

Aun los mismos conventos estaban contaminados sin exceptuar los de monjes, que con harta frecuencia solian verse en la primera fila de un motin; ya por una parte, ya por la otra solia verse un sagrado escuadron con su estandarte, que en vez de moharra llevaba una cruz, ofreciendo la singularidad de que sobre los hábitos negros ó blancos, azules ó pardos, se viesen una coracina y un yelmo de encaje, mientras aquellas manos sagradas meneaban furiosas un chafarote ó daban cada golpe de pica que encendia yesca.

Y en cuanto á las monjas, sucedia que muchas veces, cuando el combate se libraba al pié de los muros de su convento, por sus celosías caian sobre los enemigos del bando que ellas patrocinaban, aceite ó agua hirviendo no muy limpia, el uno para hacer daño, la otra por menosprecio.

No habia pelea, y esto se repetia con fre-

u encia, en que alguna casa no fuese incendiada, y saqueadas otras muchas, y se arrastrase por medio de una cuerda á alguien.

Pasaba el motin.

Se recogian los muertos.

Se les enterraba de noche.

Quedaba la sangre hasta que el tiempo, el polvo y la lluvia borraban sus señales, y aunque se conocia á los que habian asesinado, matado y robado, la justicia no perseguia á nadie, ni le decia ojos negros tienes, porque al fin aquello era cosa de los bandos, y la justicia no queria indisponerse con ninguno, porque como los vencidos de hoy eran los vencedores de mañana, el alcalde mayor y los otros ministros de justicia guardaban el bulto, por no caer cuando ménos lo pensasen bajo una venganza.

Así era que se mataba y se robaba impunemente, y aun en casos aislados, cuando no habia motivo.

Se oia una noche tumulto en una calle, ruido de armas, gritos de agonía, voces irritadas, improperios.

Pasaba aquello rápidamente.

Ninguno de los vecinos se habia atrevido á abrir un tantico la ventana y á asomar las narices al resquicio para pescar algo de lo que aquello fuese.

Por la mañana se encontraban uno, dos ó

tres atunes, vulgo cuerpos difuntos, acuchillados y mechados á estocada viva, y resultaban ser el señor don Fulano, ó el señor don Perengano, ó simplemente Perico el de los Palotes, gente del comun, pelones.

Los asesinos se jactaban al dia siguiente en la plaza de su hecho, y aun se dió el caso de llevar alguno colgada, á manera de encomienda, de un cordon sobre el pecho, un par de sangrientas orejas de un su enemigo.

Nadie le pedia cuenta.

Habia dicho impunemente su delito, y en cuanto á las orejas, las habia llevado hasta tanto que habian olido mal.

Si hubiera habido en Salamanca personas pacíficas, que no las habia, porque todas se habian contaminado, y los cobardes con la costumbre de los inacabables jaleos se habian hecho valientes y hasta temerarios, porque en el hombre todo es la costumbre, hubiera podido decirse que aquellos pacíficos vivian en el corazon de Africa, en medio de una horda salvaje; que no se sabe á donde llegan los pueblos cuando se ensañan y se acostumbran á la licencia, al escándalo, y á todo género de injusticias, atropellos y crímenes.

No hay más que decir sino que siendo cristianos, cristianísimos, con una fé ciega á puño cerrado, todos los de aquella época, habiendo salido alguna vez una comunidad alborotada ape-

llidando esto ó lo otro, segun el bando á que pertenecia, y llevando á vanguardia bajo pálio el Santísimo Sacramento para que la sirviese de inmunidad, los del bando contrario con la sola salvedad de decir: «Dios no viene aquí porque quiere, sino porque vosotros le traeis, y ya vereis lo que os vale el traer á Dios, » con Dios cerraban y rodaba el pálio, y rodaba la custodia, y caian los sacerdotes; bien es verdad que todos ellos en vez de horquillas llevaban lanzas.

Y era singular el que despues de pasado el motin, solian parecer los frailes que habian llevado en andas el Santísimo Sacramento.

Pero las custodias y los báculos, que por lo ménos eran de plata sobre dorada, y las telas de brocado del pálio, y los incensarios, y las casullas y la cruz con su estandarte no parecian ni se sabia lo que habia sido de ellos, lo cual era en beneficio de los plateros y tiradores de oro, porque la comunidad reunida no podia pasarse sin su custodia, sin su cáliz, sin su estandarte y sin sus ornamentos.

Puede ser que alguno crea esto exajerado.

Pero nos quedamos pálidos, temerosos de aparecer demasiado fuertes.

Hoy hay motines y se cometen excesos.

Pero esto es tortas y pan pintado para lo que pasaba en casos análogos en la Edad Media, y aun en el siglo XVI y aun en el siglo pasado.

Que se recuerde la guerra de las comunidades y se verán lindezas.

Que se revise el motin de Zaragoza, cuando arrastraron al lugarteniente del rey, marqués de Almenara, ó que se venga más cerca de nosotros, al motin de Oropesa en tiempo de Cárlos II, al de Esquilache, en tiempo de Carlos III.

Quien piense que los españoles, cuando se les da un poco de rienda suelta, no llegan hasta la carnicera bravura del lobo, se equivoca.

Alcoy ha sido en nuestro tiempo un pequeño reflejo de nuestros motines tradicionales, y allá en Montilla se ha hecho algo semejante á lo que hicieron en la guerra de las comunidades el tundidor de Tordesillas y otros; es decir, que se ha empezado el queso.

Pero, afortunadamente, la organizacion social de ahora, por la mayor concentracion del poder, y por la gran importancia de los intereses materiales es más fuerte.

Sin eso, sabe Dios á donde hubiéramos llegado.

Pero no hubiéramos llegado á nada nuevo, ni es posible, porque en otros tiempos se ha llegado al exceso horrible de la ferocidad, de la crueldad, del desquiciamiento, en nuestras discordias civiles; lo que quiere decir, que nuestra sangre española es fiera, y cuando se irrita pro-

duce la locura del exterminio, llega hasta el horror.

Hemos creido deber manifestar someramera-mente el estado de anarquía, de desconcierto y de lucha en que se encontraba Castilla por aquellos tiempos, porque así era necesario para la mejor inteligencia de nuestro relato.

CAPITULO II

De como fué el casamiento de una dama que por las circunstancias que se verán no podia casarse.

Habia por aquellos tiempos cerca de la ilustre, renombrada y famosa universidad salmantina, gloria científica de España, que hizo maestros tales como Fray Luis de Leon y otros muchos de imperecedera memoria, y émula de la prepotente Sorbona de París, una calle torcida y retorcida, que por su estrechez hubiera debido llamarse callejuela, si todas las de Salamanca no hubieran sido de igual anchura, salvo raras excepciones, que se llamaba las Tendillas de la Picaña, de una buena moza, que luengos años atrás allí habia vivido, y por la cual no hubo quien no se perdiese en Salamanca, ni persona á quien ella no ganase, y con buena ganancia.

Su mucha hermosura y su vida ejemplarísima, que la tradicion habia guardado, habia sido la causa de que quedase su nombre á aquella estrecha y tortuosa calle.

Y no parecia sino que las Tendillas de la Picaña tenian de suyo el albergar buenas hembras, porque siempre se habia conocido en ellas alguna de punta, y en los momentos de nuestra historia, á la salida de esta calle, y dando frente á la plazuela de Santo Tomé y cerca de la iglesia de este convento, habia una grande y noble casa solar, en que moraba una ilustrísima viuda, señora de título, y de mayorazgo, cuya hermosura, á pesar del mongil que por su viudez llevaba y de que el ancho hábito encubria sus formas, se patentizaba de una manera tal, que una vez vista, no habia pecho de varon que de amor no ardiese, ó de hembra que de envidia no se emponzoñase.

Era alta y grande doña María de Monroy que así se llamaba, y tan grave y tan airosa, que en su andar y en sus maneras no parecia sino una reina, y de las que con más majestad han llevado la corona.

Era blanca como el ampo de la nieve con trasparencias de nácar.

Tenia la frente serena y pura, las cejas negras y arqueadas, negros, negrísimos los ojos, tan grandes como su boca, y ésta de labios mór-

bidos y sonrosados, con una nariz llena de gracia y de belleza, y todo esto lleno de un delicado óvalo.

Su garganta no se veia.

Las celosas tocas la velaban.

Pero por la altura á que la cabeza estaba de los redondos hombros, se adivinaban una morbidez y una hermosura infinita en aquella garganta.

Del resto nada podia decirse sino por adivinacion, pero esta misma necesidad de adivinar, hacia por la suposicion mucho más de lo que lo era sin duda el conjunto de las bellezas de doña María.

Votóla al claustro su madre, que se vió en gran aprieto cuando á luz la dió, cuyo voto la aprovechó poco, porque nació de sobreparto.

Pero recomendó únicamente á su marido al morir, que aunque Dios su ruego no habia oido, cumpliese su voto, y cuando la pequeña hubiese cumplido cinco años, en un convento la metiese, de donde no saliese ni aun con la mortaja.

Jurólo así el padre á la moribunda madre, y fiel á su juramento, apenas cumplió doña María los cinco años, á un convento de clarisas llevóla, y allí la criaban.

Y tan rigorosa era la clausura de aquel convento, por excepcion, por que en la Edad Media los conventos de monjas no precisaban gran cosa la clausura, que la niña no conoció á su padre ni

supo que lo tenia, si no por que se lo decian, que la regla no consentia que ni las monjas ni las que en el convento estuviesen, viesen á persona humana de fuera, como no fuese al médico ó alguna otra persona indispensable.

Cumplió sus quince años doña María, y ansioso el padre por ver aunque no fuese más que por veinticuatro horas á su hija, dijo que ya era hora de que tomase el velo y que de allí á un año profesase.

Sacaron, que así lo rezaba la regla, á doña María del convento, entregándola á su padre para que durante veinticuatro horas consigo la tuviese y la divirtiese, y la mostrase las pompas y vanidades del mundo, para que eligiese entre Satanás y Jesús, que en aquella santa comunidad no admitia sino á las que verdaderamente vocacion tenian, por la vida ascética y penitente que en el reducido espacio de su sombrío claustro se llevaba.

Si despues de haberla dejado ver por una ventana, digámoslo así, veinticuatro horas el mundo, ella se volvia al claustro, probada estaba su vocacion y podia tomar el hábito; despues de lo cual y pasado un año, se la volveria á sacar, se la tendria por tres dias asomada á la ventana para que eligiese, y si al claustro se volvia, el claustro se cerraria definitivamente para ella como se cierra una tumba.

Previnose de brocados y galas y joyas don Enrique Enriquez de Villalva, señor de Villalva, para que por las veinticuatro horas que su hija debia pasar en el mundo de las tentaciones, apareciese con toda lagrandeza y todo el esplendor que á su noble y rica alcurnia correspondia.

Y á las once del dia, con gran acompañamiento de carrozas en que iban los parientes y deudos de don Enrique, y gran multitud de servidores y pajes, trasladóse al convento, y en la portería las monjas cubiertas de los pies á la cabeza con grandes y tupidos velos negros pareciendo fantasmas, arrojaron, por decirlo así, de entre su seno á doña María, más que por su rico atavío y por sus ricas joyas, resplandecientes por su juventud y por su magnífica hermosura.

Llevóse la mano sobre el corazon el mísero padre cuando la vió, que parecióle que no su hija, sino su difunta esposa y aun mejorada en juventud y gracia, de repente se le mostraban.

Y se le entristeció el alma considerando que por solo veinticuatro horas habia de tenerla al lado para volver á tenerla al lado solamente tres dias, pasado un año, y no volverla á ver más, como si hubiera muerto; pero por mucho que estas imaginaciones le acongojasen, ni aun pensó en faltar al voto que su malaventurada esposa hacia hecho, ni al juramento que la habia prestado de que se cumpliria su voto.

Gran festin habia preparado en la casa de don Enrique, y habíanse buscado todos los juglares y comediantes que se habia podido para que se amenizase la fiesta y habíanse convidado las más hermosas damas de Salamanca y los más nobles y más galanes caballeros.

Despues de la comida, que por ser como se decia entonces de *Estado*, ó del género de estas, duró hasta las tres, de la ciudad saliéronse en carroza don Enrique y su hija con todos los ciudadanos, y fuéronse á solazar á una hermosa huerta que en las inmediaciones de la ciudad y en las verdes márgenes del Tormes tenia, y en ella un palacio

Elegido habian las damas y caballeros concurrentes á la fiesta el galan que debia acompañar y dar el brazo y servir á la presunta novicia.

Y era este un jóven caballero que no pasaba de los veinticinco años, primo hermano de doña María, y señor de Tornadizos, y rico hombre de Salamanca, que se llamaba don Alonso Rodriguez y Enriquez, y que tenia fama de ser el galanteador más invencible de Salamanca y de diez leguas á la redonda.

Tenia don Alonso cuanto es necesario para privar con las damas y enamorarlas; buena presencia, gracia, conocimiento del mundo, audacia comedida, y el tino para hablar á las mu-

jeres de aquello que las agradaba y las seducia.

Con buena y mala intencion hiciéronlo electrices y electores.

Con buena respecto á doña María, porque gran compasion les habia causado el ver á aquella hermosísima doncella que parecia nacida para el amor, sentenciada á podrirse en las soledades del cláustro, infecunda para la vida, siendo á más de esto la hija única de don Enrique, á quien todos estimaban, porque aunque mediaban voto y juramento, debian anularse si la voluntad de doña María no era ser monja.

Y con mala voluntad lo hicieron en lo tocante á don Alonso Rodriguez y Enriquez, porque ellos querian verle casado para que no enamorase á otras y las hiciese imposibles á ellos, y ellas por vengarse de don Alonso y verle al fin rendido al yugo del amor, porque el tal don Alonso era tal, que á todas las galanteaba, pero de tal manera, que en manera alguna se obligaba, y no habia quien le casase ni aun quien en términos de amores decididamente le pusiese.

Don Alonso aparecia impecable, y si como era de suponer, al amor rendia un forzoso tributo, rendíaselo á lo somormujo y por bajas esferas, porque bastaba con una mediana hidalguía en el padre de una dama para que él la respetase

como cosa sagrada, por más que con su amena conversacion y los naturales rendimientos de su hidalgo carácter, se habia hecho un tal partido entre ellas, que hubiera podido elegir la que más le hubiese agradado sin temor de no ser recibido.

Don Alonso, sobre ser muy noble, era muy rico, sobre ser muy buen mozo, muy discreto, y además de esto gran esgrimidor de toda clase de armas, gran ginete, gran tañedor de vihuela y se adornaba con ribetes de poeta.

Estudiado habia con los dominicos, y cursado habia derecho y sagrados cánones y teología en la salmantina, de la que era presentado como si dijéramos doctor, y si no tenia una vara de alcalde, era porque no le habia parecido sentar bien á su nobleza la golilla, y esto de sentenciar desdichados á azotes, galeras y horca.

Pero para que no anduviese reacio, á los veintidos años, cuando de doctor de la universidad, su madre en ciencia, habia salido, compróle su padre una compañía de ginetes y equipósela y con cédula de capitan de caballos por el rey, empleo antes altísimo que al de mariscal de campo de hoy, pudiera equipararse, al adelantamiento de la Andalucía fuése, y allí se estuvo dos años batiéndose con los moros y ganando bravamente sus espuelas de caballero, cuya órden le confirió en Valladolid el mismo rey, cuan-

do don Alonso, para descansar algun tiempo en su casa, volvió de la frontera.

Tales eran las picardías que como estudiante habia aprendido don Alonso, tales burlas habia hecho á los maridos, y de tal manera habia trocado en provecho suyo y en daño de otros los inconvenientes del matrimonio, que hablarle á él de casarse era lo mismo que despegarle las carnes de los huesos y darle un vahido de cabeza.

Pero como era noble y sabia lo que debia á su propio decoro, por lo mismo que el casamiento le causaba espanto, á las damas respetaba y con ellas no pasaba de cierto límite, y si alguna se enamoraba, de rechazo se iba, para buscar la distraccion de sus amores, á la gente menestrala y manola y de zagalejo, que de esta la hubo y las hay en Salamanca divinas; que la naturaleza es muy libre y para dar ciertos dones no pide pergaminos ni cuarteles de rancio abolengo.

Tenia doña María en el fondo de sus negros ojos un no se qué de potente y avasallador, de dulce é irresistible, de poderoso y de sensual, de ardiente y de casto, que ellas, que conocian bien las armas del amor, dieron por perdido y cautivado á don Alonso Rodriguez y Enriquez, si muy al lado andaba por aquellas veinticuatro horas de su prima, y se dieron de ojos, y sin hablarse una palabra se convinieron é intrigaron y determi-

naron la eleccion unánime de don Alonso para caballero de su prima doña María.

Conoció don Alonso la intencion, pero no protestó de ella, porque en un punto, ver á doña María, y deshacerse toda aquella su enemiga é irreconciliable aversion al matrimonio, y desear hacer suya y por toda la vida á su prima, fué una misma cosa.

No hay que decir que durante la comida, y en la carroza hasta la huerta, y en la huerta paseando y en la merienda, y despues en el sarao que en el palacio de la huerta hubo hasta mediada la noche, don Alonso puso en juego para interesar á doña María todas sus picardías de estudiante y de soldado, toda su galantería, todo su gracejo, y á más de esto le ayudaba el fuego del amor que ya devoraba su alma.

Doña María habia salido del convento vírgen del alma y del cuerpo, y al convento volvió vírgen del cuerpo, pero no del alma, que ya se habia desposado con la de don Alonso y de las dos se habia hecho una sola, aunque ni una sola palabra de amor habia mediado, que bien sabia que don Alonso en aquella ocasion su miramiento debia ser mayor que nunca.

Pero si mirado anduvo en las palabras, en las miradas no habia sido lo mismo.

No hubiera podido evitarlo aunque hubiese pensado en ello; que lo que el alma siente por

los ojos se sale, y cuando por los ojos habla el alma, no hay lengua que pueda decir otro tanto, ni aun concebirlo.

Y ella que de amor nada sabia, la inocente, por lo mismo que inocente era no se recataba, y á don Alonso miraba que se lo comia.

Y al sentirse de esta manera devorado don Alonso, agonizaba, pero con una agonía que él no la hubiera cambiado por mil vidas venturosas.

En resúmen, aquello no tenia ya remedio.

Cuando en la portería la abadesa al dia siguiente á las once preguntó á doña María si volvia voluntariamente al cláustro, dijo que sí.

¿Y qué habia de decir?

¿Qué sabia ella de lo que en su alma pasaba, que la abrasaba y la conturbaba y la tenia atónita y como espantada del dolor y del placer que á un mismo tiempo en el alma sentia?

Pero aconteció que desde aquel punto el convento la pareció triste y sombrío, las monjas insoportables, las noches largas, dolorosas; que su corazon ardia y en su mente se revolvia el recuerdo de don Alonso, y no reposaba sino cuando el cansancio la rendia y aun así para soñar en don Alonso como hubiera podido soñar en un ángel.

Algunas noches, allá del fondo de la callejuela, á donde daban las altas celosías de la

celda de la monja en la cual habitaba doña María, venia dulce y triste el ténue gemido de un laud.

Y era don Alonso, que allá á lo lejos, para no dar escándalo, haciendo que pudiese creerse que no al convento sino á alguna dama de la vecindad daba música, solo con su laud se iba, y entre el silencio de la noche al aire arrojaba, que á la desvelada doña María le llevaba, el puntear de su laud y las melancólicas endechas que con enamorada voz cantaba.

Conocíale doña María porque en aquella dulce armonía iba el alma de don Alonso, y se revolvia en su tarima, que tarima era y no lecho aquella en que su doliente cuerpo se extendia.

Con esto, aun no habian pasado cuatro meses desde el dia de aquellos desgraciados amores, cuando ya doña María, aparecia pálida y flaca, y tan triste, que daba compasion el verla.

Y si mucho más tiempo dura aquello, posible fuera que doña María hubiese sucumbido no pudiendo resistir su cuerpo las dolencias de su espíritu.

Pero aconteció que un dia se encontraron dos caballeros de los dos bandos enemigos.

Se desmontaron.

Echaron mano á las espadas.

Acudieron parciales del uno y del otro.

Fue creciendo la pendencia y se armó uno de aquellos tumultos que alborotaban á Salamanca y la ensangrentaban.

Y nunca las monjas clarisas, apesar de su rígida clausura, perteneciesen á uno de los dos bandos, y oyeran á los que debajo de sus celosías peleaban, apellidar por el bando contrario, arremetieron todas á la cocina y á la despensa, llenaron sendas calderas de aceite, le hirvieron y acudieron con aquellas tremendas vasijas á las celosías que daban á la calle, y sobre el bando enemigo arrojaron el hirviente aceite.

Y nunca tal hicieran, porque irritados con aquella abrasadora lluvia los de abajo, á la puerta del convento cargaron, y con tal ímpetu, que la rompieron y rompieron la entrepuerta é hicieron crecer el pánico en el convento, llevándolo todo á cuchillo, ó mejor dicho, queriéndolo llevar, porque las monjas, cuando vieron que por su casa se les entraba el irritado enemigo, por los tejados se escaparon hábitos en cinta y á ampararse fueron á las casas inmediatas.

Pero aconteció que mientras todo esto sucedia, doña María estaba allá en un extremo de la extensa huerta que el convento tenia, en una enramada, junto á una fuente, á donde habia ido á consolar con la soledad la tristeza de su alma.

Y aunque oyó el estruendo del tumulto y los

arcabuzazos y los tiros de pistolete que de tiempo en tiempo entre el silencio retumbaban, como aquello era el pan nuestro de cada dia y se tenia la costumbre, doña María no se inquietó y siguió en las cavilaciones de su tristeza, cuando hé aquí que pasado ya tiempo, habiendo acrecido el tumulto y cuando el sol poniente á penas si teñia las puntas de los altos álamos, oyó doña María pasos desmesurados, y alzóse y volvióse y vió á un pelgar záfio y desarrapado que con una pica en la mano á ella se encaminaba mirándola con los ojos encarnizados y la boca entreabierta, en una actitud, en fin, de lobo que va á lanzarse sobre una oveja.

Verle doña María, erguirse, palidecer de cólera, arder en sus ojos una llama de bravura que nadie hubiera podido suponer en ella, inclinarse rápidamente al suelo, cojer una piedra y lanzarla á la cabeza de aquel hombre, y con una fuerza tal, que dándole en la misma sien le tendió traspuesto por tierra, fué cosa de un momento.

Y como doña María sintiese que otros hombres por la huerta avanzaban, corrió á una casilla que allí cerca habia y que de leñera servia, y cerrando su puerta y atrancándola, á una ventana subióse, y desde ella empezó á arrojar trozos de leña á los que, habiendo visto que de la casilla se amparaba, habian acudido á su puerta pretendiendo forzarla.

Afortunadamente para doña María sus enemigos eran pelones, feroces y sanguinarios como lobos, pero no llevaban ni arcabuces, ni pistoletes, ni ballestas, ni más que picas y puñales y negras espadas; y como la puerta fuese doble y resistiese, doña María los atemorizaba con una lluvia de trozos de madera que ellos pretendian volverla, pero que no alcanzaban á la ventana por su peso.

En cambio iban muchas piedras.

Pero ya por que doña María se echase para dentro á tomar un trozo, ya por la poca destreza de los que tiraban, ninguna piedra la heria.

No se daba doña María sosiego, y ya habia por tierra algunos de sus enemigos, cuando he aquí que un caballero seguido de algunos escuderos, todos con rodela y espada, aunque otras armas ofensivas no llevaban, apararecieron, y sobre los pelones cargaron á cuchilladas y los pusieron en fuga.

Era aquel caballero don Alonso Rodriguez y Enriquez, que habiendo sabido por un venturoso acaso que los del bando contrario en el convento habian entrado, pensando en el peligro que corria su adorada, y alegrándose por que la ocasion se le brindaba de servirla, aunque no sin cuidado, por temor de llegar tarde con aquellos sus escuderos, perdiendo tres de ellos en la arremetida, por el convento entróse, recorrió el cláustro, y

oyendo tumultos de voces en la huerta, á ella fuése, llegando á tiempo de salvar á doña María.

Bajó esta, más reconociendo con un gozoso sobresalto de su alma á su enamorado primo, abrió la puerta, y pudiendo en ella más el amor que todo otro miramiento, se arrojó en los brazos de don Alonso y le miró con toda su alma enamorada sin poder hablar por algun tiempo.

El peligro duraba.

Algunos que antes habian ido á avisar á otros para que viniesen á ayudarles á echar abajo la puerta de la casilla donde se defendia la valiente novicia, sobrevenian y se oian sus voces desaforadas.

Las primeras palabras que pronunció doña María, fueron:

—Venid, venid, don Alonso, que vos y vuestros criados no podrian solos con tanta gente.

Y asiendo á su amado de la mano, tomó la espalda de la casilla, y por un estrecho sendero que corria entre altos arbustos, ganaron todos un postigo, que aunque fuerte, los escuderos abrieron desencajando la cerradura con sus puñales, y tan á tiempo, que pudieron escapar por una calleja, cuando ya veian cerca los que los buscaban.

Tomó en sus brazos don Alonso á doña María, que se habia desvanecido de amor, cuando el negro peligro que habia corrido no habia llegado

á desvanecerla, y corriendo cuanto podia correr con aquella su hermosa carga, y rodeando por lugares libres del tumulto, que continuaba aún, y más ensañado que antes, dió con ella en su casa, en la que solo vivia, por que hüerfano de padre era desde hacia algunos años, y su madre habia muerto mientras él estaba en el adelantamiento de la frontera.

Pero aunque el tumulto duró toda la noche y no se pudiese avisar al padre de doña María por que alrededor de la casa de éste era donde la pelea se sostenia más y más encarnizada, don Alonso respetó á doña María como si su hermana hubiera sido, que no quiso él manchar prenda que habia de ser suya, despues de lo que habia sucedido, y á su anciana nodriza y á dos mozas que en la casa habia entrególa, y por la mañana acabado ya el tumulto, á buscar fué al padre de doña María, y díjole:

—Tio, y señor y padre que así puedo y debo llamaros, desde que Dios quisò que á vuestra hija y mi prima salvase del peligro de deshonra y muerte en que el convento la amenazaba: á vos vengo para que se acaben las congojas, que sin duda hasta este momento habeis sufrido sabiendo lo que en el convento ha pasado, y que tras de esas congojas no os vengan otras, de que yo haya podido ni aun con el pensamiento manchar vuestra honra, que ya es la mia, que bien claro se os pue-

de representar, que habiendo pasado mi prima en mi casa la noche sin poder yo tomar otro arbitrio, que si hubiera lo tomara, necesario es de todo punto el casamiento.

Creyó el buen viejo al mancebo, que fama de honrado y de caballero tenia éste y bien acrisolada, y hallóse dichoso por que Dios permitiendo aquello, levantaba su juramento y el voto de su esposa y daba á su hija en su sobrino noble esposo, y rico y respetado y él no lo perderia.

Hízose en fin el casamiento, y hubo largas fiestas, y nadie murmuró, por que doña María hubiese pasado toda una noche casa de su marido antes de que lo fuese, que los sucesos daban razon bastante á lo que don Alonso habia hecho, y se sabia cuan hidalgo era éste y cuan guardador de la honra agena por respeto á la honra propia.

CAPITULO III

De la revolucion que se operó en el sér de la corregidora de Salamanca á causa de haber huido esta de un bateo.

Larga prole dió el amor á los esposos.

En cinco años tuvo doña María cuatro hijos varones.

Pero la misma valía de aquella inolvidable mujer habia hecho un peligro constante para su marido de la felicidad de poseerla.

Era además doña María altiva y ambiciosa.

No podia sufrir que ninguno de los de los bandos levantase más alta su cabeza ó pretendiese levantarla, que su marido.

Era lo que fué tiempos despues aquella doña María de Pacheco, mujer de Juan de Padilla,

que pretendia no ménos que ser reina, con la diferencia de que la soberbia hija del conde Tendilla pretendia ser reina de España, y doña María de Monroy no pretendia otra cosa que ser la reina de Salamanca, y aun así sin título y de una manera indirecta.

En una palabra, la grandeza, la independencia y la altivez de su espíritu la sobreponian á todo y con todo lo que su altivez ofendida la ponia en lucha.

Ella no podia evitar esto.

Esto era una necesidad, una tendencia de su ser, y don Alonso, que aunque valiente á toda prueba y altivo y noble, estaba muy lejos de ser soberbio y ambicioso, se veia obligado, como Juan de Padilla, á salir al frente de los empeños en que su mujer le ponia.

Habia al frente del bando de los Manzaninos una mujer extraordinaria, casada con el corregidor don Diego del Manzano, que decia que por haber heredado su marido de abuelo en abuelo el corregimiento de la ciudad, la ciudad le debia respeto y veneracion, y obediencia porque Dios habia querido que su familia tuviese desde tiempo inmemorial el gobierno de la ciudad.

De tal manera, que doña Teresa Ridaura no comprendia que su marido obedeciese las órdenes del rey ni las de la Chancillería de Valladolid, porque para ella, viviendo su marido, cor-

regidor por la gracia de Dios de la ciudad de Salamanca, nadie tenia derecho á mandar en Salamanca más que su marido.

Era el tal corregidor un hombre vano y presuntuoso.

Pero débil de carácter, que se dejaba arrastrar por los consejos de todo el que sabia adularle.

Pero su mujer no daba su *exequatur* para las determinaciones gubernativas de su marido si á ella no le parecian bien, y el tal marido andaba pegado al brial de su mujer, y siendo para todos hosco y tremendo é irreducible, solo para su mujer era blando, suave y de todo punto nulo.

Que mandaba el condestable, en nombre del rey se entiende, que la noble ciudad de Salamanca le hiciese tal ó cual cosa.

El marido se iba con la órden del rey á su mujer, y su mujer, sin enterarse siquiera de lo que la órden rezaba, y solo porque era una órden, escribia su mujer con una letra muy gorda y muy clara esta frase sacramental, esta antigua fórmula que encarnaba la casi absoluta independencia de nuestro viejo municipio: *Se la guarda y no se cumple;* es decir, se la respeta, se la hace acatamiento, pero no se pone en ejecucion.

Y el real papel, convertido en un papel mojado, pasaba al archivo.

Insistia el condestable viendo que no se le contestaba y se repetia el «se guarda y no se cumple.»

Y se aburria el prepotente privado y dejaba que Salamanca hiciese lo que quisiese, ó por mejor decir, lo que quisiese su corregidor, ó más bien, su corregidora, y doña Teresa no cabia en sí de inflada, y hubiera sido completamente feliz si en el convento hubiera permanecido doña María de Monroy.

Y esto por muchas razones.

Primeramente hasta que doña María apareció, ella, la doña Teresa, aunque frisaba ya en los treinta y cinco años, llevaba el cetro de la hermosura y de la grandeza corporal.

Era morena, de formas enérgicas é incitantes, de grandes ojos negros, con una crencha de cabellos, negrísimos tambien, que encantaban por lo largos y abultados y magníficos.

En cuanto á dimensiones, si no llegaba á los seis piés la faltaba muy poco, con unos magníficos andares y unas protuberancias irresistibles.

Pero toda esta buena moza estaba unida á un hombrecillo de tres piés y medio de altura, que tal era el corregidor, lo cual la quemaba extraordinariamente la sangre y la obligaba á no ir en público con su marido sino en carroza que así se disimulaba, y aun poniendo dos coji-

nes más para levantarle y aumentando su bulto no sabemos con cuantos rehenchidos, aunque fuese en casa, para aumentar su corpulencia, lo cual era un tormento más para el pobre corregidor, y aun antes de acabarse el invierno se estremecia de terror por la aproximidad de la primavera, esto es, de la estacion en que debia empezar á sudar, para no dejar de sudar hasta bien mediado octubre.

En contraposicion doña María, cuando apareció en el mundo, aun no habia cumplido diez y seis años.

Habia sido reconocida como una hermosura ideal, irresistible, y en cuanto á estatura y á corpulencia no la iba en zaga á doña Teresa, con la gran diferencia de una gran ventaja en la delicadeza de las formas, en la suavidad de la tez, en la esbeltez, en la gracia, en la magia del mirar y del decir y en el señorío de toda su persona.

Y como esto lo decia todo el mundo sin rebozo, la corregidora se sentia destronada, y una enemistad cruel contra doña María se iba apoderando de ella.

Sucedia además, que para doña Teresa, que si bien era una mujer honrada, de la cual nada podia decirse, tenia su alma en su almario, no habia mirado como á costal de paja á don Alonso Rodriguez y Enriquez, marido de doña María, sino

que aburrida de la exigüidad de su marido, y despechada por no haber tenido hijos, habíase resuelto á ofender cuanto habia que ofender, pero secretísimamente, á causa de don Alonso, que con sus naturales galanterías la habia vuelto loca.

Esto era de todo punto reprensible, inmoral y pecaminoso.

Pero doña Teresa de Ridaura no tenia por crímen ni por pecado sino aquello que á su voluntad se oponia, siendo para ella lícito, honesto, conveniente y aun honroso todo aquello que exigia su voluntad.

Si don Alonso se hubiese enamorado de la corregidora y hubiese entrado en sus hidalgos y cristianos pensamientos el incurrir en el feo pecado del adulterio, el exiguo corregidor se hubiera quedado relegado á un rincon, sirviendo únicamente como instrumento, y don Alonso Rodriguez y Enriquez lo hubiera sido todo.

Porque la corregidora no hubiera tenido más voluntad que la de su enamorado.

Pero don Alonso Rodriguez y Enriquez, que no queria ofender á Dios ni al mundo, ni al pobre corregidor que era su amigo, por más que no le pareciese mal bocado la corregidora, mantúvose en los buenos términos como acostumbraba á hacerlo con todas las damas, sin acusar á doña Teresa el recibo de las encendidas y ansiosas mi-

radas con que le favorecia, de lo que provino que contrariada doña Teresa Ridaura, se apasionó hasta el frenesí de don Alonso, aunque por cobardía lo ocultó y lo devoró y se lo tragó, pagando de todo esto las costas el pobre corregidor, que no se daba cuenta de por qué su mujer le trataba de una manera que no la podia sufrir.

Con el casamiento de don Alonso Rodriguez y Enriquez con doña María de Monroy acabó de empeñarse doña Teresa, y su ódio llegó ya hasta lo incomprensible, hasta lo satánico contra doña María, cuando ésta dió á luz un niño hermosísimo.

Aquella horrible novicia escapada del cláustro, segun decia doña Teresa cuando se juntaba con sus amigas, cual más cual ménos semejante á ella, tenia lo que ella no habia podido lograr, (esto no se lo decia á nadie) el hombre á quien ella adoraba, y aquello por lo cual hubiese dado diez años de su vida, un hijo varon para que continuase en el corregimiento de Salamanca la dinastía de los Manzanos.

Así es que por excusarse de asistir á la fiesta del bateo, que debia ser ostentosa, atendida la nobleza y la riqueza de los cónyugues padres, en cuanto doña María empezó á dar gritos, (mentimos, que doña María no gritó, que no estaba en la fortaleza de su espíritu gritar, aun cuando la hubiesen arrancado las entrañas),

en cuanto se puso en términos de alumbramiento y llamaron á la comadre, la corregidora dijo al corregidor:

—Ahora mismo, en este mismo punto nos vamos á Valladolid.

—¿Y por qué?—dijo el corregidor fijando de una manera extraña sus ojillos en su mujer.

—Porque sí,—dijo la corregidora.

Y como esta razon fuese tan concluyente para el corregidor como cualquiera otra, aunque en aquel punto y hora eran las nueve de la noche, y en invierno, y lóbrega y diluviando, se engancharon á la carroza de camino diez mulas, se cargó la zaga con no sabés cuántos cofres, en otra carroza no ménos cargada se metieron dos dueñas y dos doncellas, y con una escolta de escuderos y de alguaciles, tomóse la via de Valladolid donde estaba la córte, haciéndose la corregidora la violencia por evitar la otra violencia de asistir al bautizo del hijo de don Alonso Rodriguez y Enriquez y doña María de Monroy, de ir con su marido á besar la peana al soberbio condestable don Alvaro de Luna, que los recibió con gran entrecejo, por que aunque eran deudos suyos y militaban en su parcialidad y le servian, no obedecian sus órdenes; y si le servian era porque eran enemigos personales de los enemigos del condestable, y sirviendo sus propios ódios, al condestable servian.

Eran contrarios al condestable, en aquellos tiempos, los Rodriguez y los Monroyes, y capitaneaba á toda esta gente, del condestable enemiga, don Alonso Perez de Vivero, el que más tarde debia ser asesinado de órden y por industria del condestable.

Era Alonso Perez de Vivero un caballero, mozo de grandes alientos, de gran soberbia y muy vivo, insinuante y mañero, que á pesar de todo el poder del condestable le hacia la contra y le entorpecia en el gobierno, manejando hábilmente las intrigas cortesanas.

Era además de esto, Alonso Perez, muy músico, y aunque casado, muy galanteador y muy rondador, un libertino, en fin, incorregible, que tenia siempre al retortero á las damas de la corte, dando más de un escándalo, y metiéndose por más de una de ellas en sangrientos empeños de honor, de todos los cuales salia bien por una rara fortuna, ó tal vez porque era tan diestro en el manejo de la espada y del broquel, como en el manejo de la lengua y de la intriga.

Doña Teresa no habia ido nunca á la córte, y cuando en ella se presentó, por su corpulencia y lo acusado é incitante de sus formas, hizo un efecto que se podia llamar muy bien interesante, y más efecto del que ella hubiera querido, porque su presentacion fué en misa mayor, en San Gregorio, al dia siguiente de haber llegado, y no

pudiendo presentarse sola y sin su marido, ni meterle en la iglesia en carroza para disimular su pequeñez, con él entró á pié liso y llano, y todo el mundo encontró que hubiese hecho bien en llevarle en brazos, y así se hubiera disimulado algo más, porque el mezquino corregidor apenas si pasaba con la cabeza de la voluminosa cadera de su mujer, de aquella cadera provocativa, acusada enérgicamente por la reducida y esbelta cintura de doña Teresa.

Iba además resplandeciente de joyas y de brocados.

De manera que aquello fué como si Juno, vestida á la usanza de las damas francesas, que francesas eran las modas en la córte de Don Juan el II, se hubiese presentado de improviso en San Gregorio llevando junto á sí muy séria y muy grave una especie de sátiro rechoncho con golilla, loba y vara de justicia, y una espada más larga que él, que tal era la facha del corregidor.

Flechando y *jonjabando*, como diria hoy un moderno Tenorio á una *manzanina* de quince á diez y seis años, que con su madre y sus hermanas estaba en el presbiterio, asistia á la iglesia engalanado, peinado y presuntuoso el señor Alonso Perez de Vivero, con cinco ó seis de sus amigos, todos de la cáscara amarga, cuando precedida por los pajes que la llevaban silla, cogin y alfombra, con

su marido á la derecha, seguida de dueñas, rodrigones y escuderos, se entró por enmedio de los escaños doña Teresa, ostentosa, grandilocuente, protuberante, enorme, régia, irresistible hasta tirar de espaldas á quien en ella reparaba; y en aquel punto, Alonso Perez de Vivero abandonó el asedio de la manzanina, que comparada con doña Teresa, estaba en la proporcion de una avellana con una nuez, y como el señor Alonso Perez de Vivero rebosaba de audacia y de presuncion, precipitóse á los pajes, tomóles silla de tijera, el cogin y la alfombra, eligió un buen sitio, acomodó aquellos objetos y saludó profundamente á doña Teresa, lanzándola al enderezarse de su gran reverencia una mirada emponzoñada de dulce seduccion, de audaz iniciativa, de provocacion sensual.

Y aconteció que á la corregidora la relampaguearon los ojos, se puso pálida y se la agitó el seno de tal manera, que casi casi lanzaba las perlas de la enorme gargantilla que sobre el seno la caia, ni más ni ménos que como hubiera podido lanzar sobre el enemigo sus balas una fortaleza.

Llenósele el corazon á Alonso Perez de Vivero con todo aquel volúmen, y juró por sus dioses que, ó habia de perecer, ó habia de tenerlos, para él no habido semejantes hasta entonces, amores con aquella hermosa señora.

Y era el caso, que por el lado de las banderias políticas, no podian ser más enemigos doña Teresa y el señor Alonso Perez de Vivero.

Pero no se conocian, y el travieso amor les hacia la mala pasada de empeñarlos al uno por el otro.

Indiscreto anduvo Alonso Perez aun durante la misa, y aturdida la corregidora y poco cauta.

Todo con gran placer de los murmuradores y maldicientes cortesanos que allí estaban y que cogieron la nueva historia, con gran pesadumbre y rabia de muerte del exíguo corregidor, que conociéndose impotente contra su mujer, tomó el partido de aparecer impasible como si hubiese sido una estátua de yeso, apoyado con sus dos manos en su vara de justicia.

Terminaron la misa y la plática.

Alonso Perez de Vivero precedió á doña Teresa y la esperó con los suyos para servirla el agua bendita á la salida, al hacer lo cual, la cogió los dedos, y saliéndose despues de esto, al pie de la carroza de la corregidora se fué, é hizo de modo que la tomó la mano y se la besó, no tan recatadamente que no se apercibiese el corregidor, que sin embargo, continuó impasible.

Porque ¿quién era él, sino una especie de ex-

crescencia de su mujer, un ser completamente pasivo?

Partió la carroza y Alonso Perez de Vivero y sus amigos saludaron quitándose las tocas.

Pero lo que sigue requiere capítulo aparte.

CAPITULO IV

De lo conveniente que es á veces la mudanza de aires en las mujeres para que no se extingan las familias.

Metiéronse Alonso Perez y sus amigos, que eran de los Manzanos, de los Mendozas y Pachecos y otros no ménos ilustres apellidos, en una hostería que allí habia, entre el Palacio Real y la iglesia de San Gregorio, más allá de la gran casa, donde andando el tiempo, nació el rey don Felipe II, y como hubiesen adelantado á la carroza y esta pasase poco despues por delante de la puerta de la hostería, otra vez Alonso Perez de Vivero y sus amigos se derribaron las tocas en un galante saludo, y no volvieron á ponérselas hasta que la carroza pasó.

Y no era esto lo extraño, que ellos eran gente audaz y alegre, sino que la grave doña

Teresa levantó la cortina de brocatel, y asomó la cabeza y saludó sonriendo.

—No parece sino que,—exclamó el corregidor no pudiendo resistir más,—os habeis vos encontrado con el vellocino de oro, señora mia, y en mi ánima que esto pasa ya de castaño oscuro.

—¿Y qué entendeis vos de eso, amigo mio?—exclamó doña Teresa;—en la córte como en la córte; aquí es necesario ser cortesanos.

—En buen hora,—dijo el corregidor tosiendo de una manera particular,—pero no encuentro yo razon alguna, ni creo que la haya en el mundo, para que vos seais cortesana.

Volvióse doña Teresa á su marido, y desplomó sobre él una tal y tan terrible mirada, y tan tempestuosa y tan relampagueante de cólera ciega y amenaza de exterminio, que el pobre hombre se achicó, se redujo, se aniquiló, y volvió á dejar de ser persona para volver á ser el marido de su mujer, no embargante que al mísero le dolian de una manera insoportable las entrañas, porque como si hubiese sido una deidad, á su mujer adoraba.

Disparó Alonso Perez de Vivero uno de sus escuderos que siempre le acompañaba, y que se llamaba Galofrin, tuno redomado, á propósito para cualquiera averiguacion, y le envió tras de la carroza con el encargo de averiguar quien

fuese aquella *hermosura* (esta fué la palabra que usó Alonso Perez de Vivero para calificar á la grandiosa doña Teresa).

—Ni hecha de encargo para mí,—dijo Alonso Perez á sus amigos,—que no haremos mala pareja.

Y era verdad, que Alonso Perez era muy buen mozo y de estatura aventajada.

Entráronse adentro á almorzar alegremente, y el *manzanino* que allí asistia rompió á murmurar por cuenta de doña Teresa.

Pero le cortó la palabra Alonso Perez, diciendo:

—Tan mis amigos sois, que yo sé bien que no querreis darme pesar, y me lo daríais y grande, murmurando de esa dama, que os lo aseguro, en un punto la señora de mi corazon se ha hecho, y triste por ella me hallo y anhelante.

Bastó esto para que ni una palabra más á cerca de doña Teresa se dijese.

Y con otras que en misa habian estado embistieron, haciéndolas objeto de la conversacion del almuerzo.

Sobrevino Galofrin, y dijo:

—Pues la tres veces hermosísima y magnífica persona que vuestra señoría me ha mandado averigüe quien sea, es doña Teresa Ridaura de Sotomonte, corregidora de Salamanca, y vive

en las Tendillas, en la casa que allí tiene para sus huéspedes el excelente condestable, que mal rayo parta; y esta señora á Valladolid con su marido se ha venido no se sabe á qué ni para qué.

—Pues no nos faltaba más que esto,—dijo Alonso Perez de Vivero dando sobre la mesa un puñetazo que hizo saltar todo el servicio,—que me haya enamorado yo, y sin remedio, de una mi irreconciliable enemiga, que ella es la que capitanea nuestro bando contrario en Salamanca y por allí nos trae de cabeza. Pues no, y sea lo Dios quiera, que yo no vuelvo riendas, y tráeme enseguida con qué escribir, Galofrin, y prepárate á entrar en tu más lucida campaña.

Escribió una carta Alonso Perez de Vivero.

Trajéronle en un braserillo de plata incienso para sahumarla, y sellándola con su sello que llevaba pendiente de una cadena de oro al cuello, diósela á Galofrin, y le dijo:

—Veamos, amigo, si en esta ocasion me sirves tan bien como en otras me has servido. Y allá va eso para lo que hubieres menester gastar.

Y arrojó sobre la mesa una bolsa de ámbar, bien repleta de maravedís de oro.

Partió Galofrin, y no importa decir cómo se las compuso, pero ello fué el caso que aquella tarde, despues de la siesta, la dueña quintañona de doña Teresa, le dijo:

—Señora mia, no quisiera yo que á mala parte echase vuestra señoría (este tratamiento, altísimo en aquellos tiempos, se hacia dar doña Teresa) lo que á decirla voy, y si la desagradare, patente es que yo no quiero desagradarla; pero cuando se tienen las entrañas compasivas.....

—¿A dónde ireis á parar, dueña?—dijo con un anhelo no disimulado doña Teresa.

—A aquel garrido y gentil mancebo,—dijo doña Toda, que así la dueña se llamaba, y sonriendo como las dueñas prácticas saben sonreir en estas situaciones,—que á vuestra señoría sirvió en la iglesia el agua bendita, y luego la dió la mano para subir en la carroza.

Púsose pálida, encendida, de todos colores doña Teresa, y empezó á agitársela el seno, y con la boca entreabierta y la mirada ansiosa no dijo ni una sola palabra; pero harto dió á entender, sin quererlo á doña Toda, que á todo podia atreverse, por lo cual, desenvainando de la manga de su hábito la perfumada carta que de parte de su amo, con un buen por qué de maravedís de oro, la habia dado Galofrin, á su señora la dió.

Y doña Teresa no se anduvo con repulgos, sino que tomando la carta la abrió con mano trémula y ansiosa y comenzó á leerla.

Y decia así:

«A vos, deidad, que deidad y no mujer sois, mi soberbia se rinde y mis ódios se humillan, que siendo vos la que en Salamanca me combatís, y á quien aborrecia, á Valladolid venida, habéisme vencido, y tan á mi gusto, que dolor alguno por verme á vuestros piés rendido siento; pero sí ánsia y dudas me aquejan, que no sé si el ser vos mi enemiga, cuando no me conociais, como yo lo era vuestro no conociéndoos, hará que el infierno para mi se trueque en lo que, queriendo vos, gloria será, y tan excelsa, que me importe muy poco no tener la de la otra vida, si ya en esta he gozado la de teneros mia. Y no os digo más, porque no acierto, que no hay palabras que basten á manifestar lo que habeis hecho de este corazon, que solo por vos y para vos alienta, y con esto y con suplicaros que esta noche hagais porque yo sepa si vuestro amor, que en el alma siento, es mi vida ó mi muerte, bésoos las manos y os suplico que me digais por medio de mi escudero, que puede hablar con quien vos le enviarais, si he de ir á buscar mi vida ó á buscar mi muerte desesperado.

ALONSO PEREZ DE VIVERO.»

—¡Pero hasta dónde ha de llegar mi desgracia, doña Toda,—exclamó doña Teresa,—que este hombre que me escribe haya de ser el hombre á quien más he aborrecido, y cuyo nombre

no he podido nunca ni pensar ni pronunciar! Bien dicen que nadie diga de esta agua no beberé.

Y como doña Teresa era mujer que no tenia más Dios ni más ley que su voluntad, ni creia que ella podia ni debia disculparse de nada, añadió, dirigiéndose á doña Toda:

—El secreto os encargo, so pena de lo que ya sabeis que yo puedo hacer cuando en la cabeza se me ponga, para castigar, no digo yo á vos, que sois una cosa de nada, sino á otra persona de más cuantía y poder; y porque todo no sea en vos miedo para servirme bien, tened por vuestro aquel mi rosario de perlas que tanto os enamora, y quédense estas amorosas aventuras mias tan recatadas y tan en secreto, que no las sienta la tierra. Abrasada estoy, no he de negarlo, de amor por ese hombre, que yo no sé que me ha dado en el poco tiempo que le he visto, que poder no hay en el mundo que de él me aparte; y así, haced vos, doña Toda, todo lo necesario para que yo esta noche con seguridad y secreto le vea.

Por último, aquella extraña y voluntariosa mujer, para la cual no habia respeto alguno cuando de satisfacer su voluntad se trataba, se estuvo en Valladolid dos meses, y cuando se fué á Salamanca, otros dos meses estúvose Alonso Perez de Vivero en Salamanca.

Y cuando Alonso Perez hubo de volverse porque le fué imprescindible, á Valladolid, á Valladolid se fué el corregidor con su mujer.

De manera, que Alonso Perez de Vivero y doña Teresa Ridaura de Sotomonte no se separaron.

Y hasta llegó el caso de que tuvo necesidad Alonso Perez de ir á Burgos, y á Burgos fué el corregidor con su mujer, y allí se estuvo tres meses; y en esto cogióle á doña Teresa el alumbramiento, y dió á luz un hermosísimo niño, que apenas si tenia nueve meses más de edad que el primer hijo de don Alonso Rodriguez y Enriquez y de doña Maria de Monroy.

Volvióse á Salamanca el corregidor con aquel su aumento de familia.

Hizo grandes fiestas, y dijo á todo el mundo que estaba visto que la mudanza de aires habia cambiado la naturaleza de su muy amada esposa de estéril en fecunda.

Y creíalo así el corregidor, porque doña Teresa tenia la facultad de hacer que el corregidor creyese como en un artículo de fé en todo lo que ella queria que creyese.

Y andaba el hombrecillo hueco y ufano con su primogénito, creyendo ver en él su retrato, y mostrándose placenteramente satisfecho de lo crecido y membrudo que ya en su pequeña edad el infante aparecia, prometiendo ser tan grande por lo ménos como su madre.

Hay que advertir que no porque doña Teresa fuese esclava de su voluntad hasta dar en lo más vedado y culpable, fuese una mujer olvidada de su decoro, que no podia ser así siendo soberbia, que la soberbia no consiente en apariencias que redunden en menosprecio de la persona, y sus amores con Alonso Perez de Vivero eran secretísimos, de tal manera, que como ella habia deseado que fuesen, ni la tierra los sentia.

Ni podia nadie figurarse ni en Salamanca ni allende, que siendo Alonso Perez de Vivero de los del bando contrario á los del condestable, de quienes era el corregidor y su mujer, entre ellos pudiese haber mas que ódio.

Así es, que cuando arrastrado por su amor Alonso Perez á Salamanca se iba detrás de su enamorada, ni se visitaban ni aun se veian, sino muy en secreto.

Y sucedia que muchasveces se armabaun tumulto, y por la una parte andaba Alonso Perez de Vivero y por la otra el corregidor.

CAPITULO V

En que se acaba la exposicion relativa á doña María de Monroy.

Pero si Alonso Perez no visitaba públicamente al corregidor, creyendo todo el mundo que nunca á su casa se allegaba por la razon de la política y de la enemistad al condestable, visitaba con mucha frecuencia á don Alonso Rodriguez y Enriquez, y conociendo á doña María de Monroy, habia empezado á sentir por ella algo que le daba miedo, y que de audaz y libertino le trocaba en respetuoso y tímido y limpio de pensamiento, haciéndole creer que se podia adorar á una mujer como á un cielo, sin que en esta adoracion hubiese ni aun la más leve sombra de impureza.

Era verdaderamente lo más sublime del amor

lo que Alonso Perez habia sentido por doña María.

Esto en los principios, que andando el tiempo, aquel amor fué trocándose y engendrando un deseo voraz.

Pero como Alonso Perez estaba dominado por el encanto de doña María, su amor continuaba contenido por el respeto.

Y de tal manera, que aunque no hay mujer que si es amada no lo conozca, doña María no lo conocia, ni veia otra cosa en Alonso Perez de Vivero que un buen amigo de su esposo y suyo, la cabeza, en fin, del bando enemigo del condestable, en donde ellos estaban, y que por lo mucho que ellos suponian en Salamanca, los estimaba.

Si no hubiéramos dicho que Alonso Perez de Vivero era un libertino, no se podria comprender que siendo doña María la única mujer á quien verdaderamente habia amado, y en cuyos amores ardia su alma, continuase empeñado, y tan amante como el primer dia, con la corregidora.

Que dos amores eran aquellos distintos, ó por mejor decir, amor era el uno, y pasion sensual la otra, que bien podian emplear sin contradiccion el ser entero de Alonso Perez.

Ándaban así las cosas, y al par de ellas, pasaba el tiempo.

Dos hermosos hijos varones habian tenido don Alonso Rodriguez y Enriquez y doña María, y dos no ménos hermosos hijos varones habia bautizado el corregidor, diferenciándose en nueve ó diez meses con los de doña María.

El corregidor no cabia en sí de gozo y continuaba diciendo que el viajar la sentaba admirablemente á su mujer.

Entretanto un pensamiento terrible habia ido ennegreciendo el alma de Alonso Perez de Vivero.

Si su amor á doña María no se revelaba prepotente y tiránico, era de miedo á la indignacion de la virtuosa y noble doña María.

El solapado y artero Alonso Perez acostumbrado á la disimulacion cortesana y á la traicion, se encubria completamente.

Así es que nadie pudo sospecharle autor de un crímen que un dia fué á espantar á Salamanca, aunque entonces las gentes no se espantaban con facilidad porque se encontrase un hombre, siquiera fuese un caballero, asesinado en una encrucijada.

Pero como el que se encontró un dia fué el de don Alonso Rodriguez y Enriquez, á quien ó amaban ó temian los de Salamanca, y al que todos respetaban, este crímen causó espanto.

Estaba entonces en Vallodolid Alonso Perez de Vivero.

Una noche, ya tarde, llamaron á grandes golpes á la puerta de la casa de don Alonso Rodriguez y Enriquez.

Cuando acudieron á ver quién era, oyeron una voz alterada que dijo:

—Decid al señor don Alonso, que al subir esta noche por las escaleras de su casa su pariente don Juan Sanchez de Rivadeo, ha caido y se ha malparado de tal manera, que está en las últimas y pide ver á don Alonso.

Amaba don Alonso entrañablemente á su primo don Juan, con el cual aquella noche habia estado junto, y sobrecogido por aquella funesta noticia, vistióse apresuradamente y salióse solo, sin acompañamiento alguno, y mal apercibido, sin más armas que la espada, á la calle, en derechura de la casa de su primo.

Apenas hubo entrado en las Tendillas de la Picaña, cuando de una encrucijada saltó sobre él un hombre, y le tendió de una puñalada tal, que el mísero no tuvo tiempo para decir Dios me valga.

Tenebrosa estaba la noche.

Aterradora.

Solitario el sitio, y nadie más que Dios pudo ver que el que de tal manera y tan impunemente habia asesinado al buen caballero don Alonso Rodriguez y Enriquez, habia sido Galofrin, el escudero inseparable de Alonso Perez de Vivero.

Escondióse Galofrin en casa de una de las comadres que se habia echado durante las estancias de su amo en Salamanca, y entre dos luces montó á caballo, se salió de la ciudad sin ser reparado, tomando el camino de Valladolid.

No extrañó doña María que su marido tardase en volver, pues que á un tan grande aprieto habia ido, y podia ser muy bien que la agonía de su primo durase, y como no tenia ni penas ni cuidados, durmió tranquila; cuando hé aquí que por la mañana la despertaron el gran tumulto y llanto que se armó en la casa, porque á ella habian llevado el cuerpo muerto y ensangrentado de su esposo.

No lloró doña María.

No hizo otra cosa que cojer entre sus brazos á su yerto esposo y besarle, despues de lo cual, arrodillada junto á él, exclamó mirándole serena, pero terrible:

—Duerme en paz, que sea quien fuere el vil que te haya asesinado, yo te vengaré.

Pero estaba escrito que doña María esperase largos años su venganza.

Ni la justicia, que revolvió el mundo, porque doña María la excitaba, ni las propias pesquisas que ella hizo, pudieron descubrir la mano que alevosamente habia herido á don Alonso Rodriguez y Enriquez.

Parecia que la tierra habia arrojado al asesino para que le matase, y se lo habia vuelto á tragar.

¿Cómo sospechar de Alonso Perez de Vivero, del buen amigo, que apenas recibió la noticia de la desgracia, cuando se apresuró á ir á Salamanca á ayudar á la viuda en sus pesquisas en busca del asesino?

Alonso Perez continuaba encubierto, y de una manera tal, que doña María, á pesar de su buen entendimiento y de su instinto de mujer, en él no veia más que un amigo noble y desinteresado, y acrecia en ella su afecto por él, pero un afecto que no pasaba de una buena amistad.

En cuanto al amor, bien pronto se convenció Alonso Perez de que habia cometido un crímen inútil, porque el dolor amoroso de doña María por su esposo, en vez de amenguarse con el tiempo, crecia, y no habia que pensar en que ella amase, porque todo lo que ella podia amar lo amaba. Su marido, que para ella no habia muerto, y sus hijos, en quienes veia representada al vivo la imágen de su marido.

Desistió, pues, Alonso Perez de Vivero, y como la corregidora al dar á luz un quinto hijo hubiese muerto, por Salamanca no volvió Alonso Perez de Vivero en luengos años, ni hizo otra cosa que escribir de tiempo en tiempo á doña María para que esta no pudiese ni aun sospe-

char, á causa de su alejamiento absoluto por su parte

Los bandos seguian encarnizados más y más.

Pero ya en ellos no tomaba parte doña María, que no conocia otro bando que sus hijos, ni más cuidado que su crianza.

Crecieron los niños.

Llegó á tener el mayor diez y ocho años, el menor doce, y entonces llevó al mayor á la córte doña María y le acomodó paje del rey, por la influencia de Alonso Perez, que se mostró para con ella el buen amigo de siempre.

Queria doña María que sus hijos se hiciesen grandes caballeros, ya que eran grandemente ricos, y para esto se habia propuesto enviarlos á la córte á medida que fuesen cumpliendo sus diez y ocho años, que no los queria ella clérigos, ni á su orgullo de raza convenia el hacerlos golillas, y en la córte, al amparo del buen Alonso Perez de Vivero, y con la mejor ayuda de sus riquezas, podian con el tiempo abrirse paso á los altos puestos del estado.

Por el contrario, el corregidor, como golilla que era, por más que fuese muy noble, habia puesto desde pequeños á estudiar á sus hijos, y muy temprano los habia metido en la universidad, donde habian aprendido, no solo derecho civil y canónico, sino tambien cuantas picardías

y truhanerías y malas artes en las universidades se aprende.

Pasó el tiempo.

Los jóvenes se hicieron hombres.

A ser grandes caballeros habian aprendido al lado del rey los hijos de doña María, y aunque en la córte no era donde ménos se aprenden bribonadas y malas mañas, parecia que su buena sangre que de sus padres habian heredado, defendian y mantenian sin mancha á Pedro, y Juan, que así se llamaban.

Veinticinco años tenia Pedro cuando su madre le llamó á Salamanca para que, ya mayor de edad, tomase el gobierno de su casa, y así despues al cumplir Juan sus veinticinco años, á su lado le llamó, y entre los dos partió su hacienda, y se propuso casarlos bien casados, y en Salamanca se estuviesen, salvo cuando el rey ó la pátria los necesitasen.

El corregidor, que habia ido envejeciéndose y arruinándose, habia muerto, y su hijo mayor, Miguel, habia heredado el corregimiento de la ciudad, que en su familia, por una vieja merced real, estaba vinculado.

Alonso Perez de Vivero se conservaba aún.

Pero ya le acometia la vejez

En cambio doña María, aunque habia llegado á la edad madura, puesto que contaba cuarenta y cuatro años, conservaba toda la fuerza

de su hermosura, por mejor decir, su hermosura habia crecido, y aunque no podia llamársela jóven, su edad madura era más fresca y más lozana que la lozana juventud de otras, y se la llamaba en Salamanca, por excelencia, la hermosa.

Tal era la gran dama que vivia en la Plaza de Santo Tomé cerca de las Tendillas de la Picaña de que hemos hablado al principio de nuestro libro.

CAPITULO VI

En que se vé como andaba Castilla, y además la buena madre que era doña María de Monroy.

Aquí empieza la segunda parte de nuestro cuento.

Los bandos de Castilla, á medida que se iba prolongando el omnímodo poderío del condestable, se iban exacerbando más y más.

Se habia arrimado al condestable tanta gente para medrar á su sombra, que don Alvaro de Luna hubiera necesitado treinta reinos como el de Castilla para satisfacer las ambiciones de todos los que se llamaban sus amigos, y que dejaban de serlo cuando veian que no sacaban, porque no podian sacarlo, de su adhesion al condestable, lo que su ambicion queria.

De manera, que en el bando mismo del condestable se multiplicaban las fracciones y las disidencias, y eran, como si dijéramos, unos bandos dentro de otros bandos.

No habia castellano que valiese dos maravedís, que no se hubiese tasado en dos millones y que no buscase la tasacion de la realizacion que él así mismo se habia atribuido.

De manera, que el condestable tenia más que hacer para manejar á sus amigos que para contrarrestar á sus enemigos.

Estos, por lo ménos, le atacaban de frente sin rebozo, en tanto que sus amigos le envolvian en oscuras intrigas, le infernaban la casa, le traian á mal traer, lo desesperaban, le ocupaban el tiempo, le volvian loco.

Se le humillaban en presencia y le acometian por la espalda.

Los Mendozas, los Benaventes, los Enriquez, los Alburqueques, los Viveros, que aunque no tenian título eran poderosos y soberbios, sacaban un gran partido de las divisiones de la familia política del condestable.

Particularmente los Enriquez, como tan próximamente emparentados con el trono, puesto que la reina era doña Juana Enriquez, hija del Almirante, hacian al condestable una cruda guerra, casi á mansalva, porque, como parientes inmediatos del rey, no podian ser tratados por el

condestable con la dureza que hubiera sido menester.

Apoyábanse en los Enriquez los otros enemigos del condestable, y en el bando aragonés que había en la córte de Castilla, que don Fernando el de Antequera, infante castellano, por ser rey de Aragon no habia perdido la influencia en su pátria.

Cuando murió, su influencia pasó á su hijo Don Juan, rey de Aragon y Navarra, casado con otra Enriquez, porque no parecia sino que los Enriquez, por parte de las hembras, iban acaparando para su linaje coronas.

Desgraciadamente para ellos el condestable era hombre que tanto más se crecia cuanto más arreciaba el peligro.

Y era tal hombre, que sabia él solo más que todos sus enemigos, aunque se hubiera centuplicado su valía.

Mantenia un ejército por cuenta propia, pagado de las rentas de su casa, ó mejor dicho, de las rentas de Castilla, porque de Castilla disponia el condestable, que no bajaba de tres mil lanzas.

Y teniendo en cuenta que cada lanza gruesa, ú hombre de armas, llevaba adjuntos dos ginetes lijeros y cuatro peones ó ballesteros ó arcabuceros, y una parte de bombarda ó pieza de artillería, resultaba que el condestable

guerra nueve mil caballos y doce ó diez y seis mil peones, con ocho ó diez truenos de artillería ligera y cuatro ó seis de gruesa artillería, todo á su sueldo, bajo un estandarte independiente del rey y del reino, de gente escogida y brava, y á más de esto ocho ó diez castillos como el de Escalona, sin contar con un sinnúmero de torres y casas fuertes de tercer ó cuarto órden.

Con mucha frecuencia el condestable se irritaba contra el aragonés, y sin pedir licencia á nadie y por su propia cuenta, con su propia mesnada enviaba un buen golpe de gente de guerra á las fronteras de Áragon, y despues de una buena paliza al aragonés, le obligaba á entrar con él en buenos acuerdos.

En cuanto á Castilla, no habia quien creyese ni siquiera posible derrocar en el terreno de la fuerza al magnífico condestable; que Toro, ó Palencia, Medina del Campo, ó Zamora, ó Salamanca, ó la misma Valladolid y aun la imperial ciudad de Búrgos, levantaban el gallo, se prevalian de una ocasion, y daban duro sobre los parciales del condestable.

Allá enviaba el condestable parte de sus ginetes, de sus archeros y un par de lombardas de boca enorme, y les bajaba la soberbia á sus ene-

prendiendo infinitos, ahorcando algunos

no pocos.

llido y color del rey y en nom-

bre del buen gobierno del reino; que don Juan el II venia á ser una especie de privilegio en el reino para el condestable, de que el condestable usaba y abusaba siempre que era menester y aun cuando no hacia falta.

Era mucho tartamudo aquel, y además de ser tartamudo era hijo de ganancia, habido por don Alvaro de Luna, señor de Cañete en María de Cañete.

Los hijos de ganancia ó bastardos no montaban gran cosa.

Tanto se le daba al condestable ser hijo de María de Cañete como si hubiese sido hijo de la emperatriz del inmenso imperio de Trebisonda.

En lo de tartamudo lo era algo accidentalmente, porque no tartamudeaba sino cuando se irritaba, y se irritaba de tal manera, que cuando el rey don Juan el II empezaba á oirle tan tartajoso, se echaba á temblar el pobre rey, que ya una vez, sino le pegó el condestable, le dió por lo ménos un rodeon que le obligó á dar tres reales traspieses, y se oyó llamar ruin y nécio, y rey de cualquier cosa, todo esto con un tartamudeo de quince mil y más demonios, porque siempre habia una legion de diablos en la cabeza y en el corazon del condestable cuando se ponia tartajoso.

Exasperándose iban los negocios públicos,

y de tal manera, que ya el condestable no se ensañaba solo con medios dias y gente de poco más ó ménos que habian tenido la estúpida osadía de atreverse á hacer la persona importante, sino que iba hiriendo cabezas de verdadera importancia, y habia desterrado á don Alonso Enriquez, no atreviéndose á castigarle á sangre, y á algunos otros magnates de gran valía.

En cuanto á Alonso Perez de Vivero, con el cual habia mantenido siempre una como armonía, porque Alonso Perez de Vivero era como una moneda de dos caras, por ambas caras falsa que se doraba solo al condestable y por bajo de la cola de este manto falaz le buscaba el sitio donde herirle, solapado, artero, acomodaticio, intrigante, capaz de todo género de dolos, adulador, insinuante, inventor de calumnias, y de tal manera, que nadie podia averiguar que de él la calumnia habia salido; cortesano, en fin, redomado á quien el condestable conocia demasiado este mismo Alonso Perez de Vivero, decimos, andaba muy receloso y muy sobre pié, porque ya el condestable en conversacion con él acerca de importantísimos asuntos, habia tartamudeado algunas veces, y Alonso Perez, que habia estudiado y no se habia olvidado completamente del latin, decia: *malum signum.*

Y se ponia en guardia, y cada vez que salia

de una entrevista con el condestable en que éste habia tartamudeado, aunque levemente, atizaba á los enemigos del condestable con los cuales, aunque solapadamente, estaba en completo acuerdo y salia una bandada de mensajeros con cartas y con excitaciones á los enemigos del condestable en las ciudades.

De manera que cuando el condestable tartamudeaba hablando con el rey, nada sucedia sino que el rey se asustaba, olvidaba la cartilla que la reina su mujer le hacia aprender de memoria inspirada por sus parientes, y decia amen á todo lo que le proponia el condestable.

Pero cuando tartajeaba con Alonso Perez de Vivero, la vibracion de su tartajeo alcanzaba á las ciudades y villas importantes, y á los dos, tres ó cuatro dias, segun la distancia, se armaba en cada ciudad ó villa una zalagarda en la que se quedaban unos cuantos despanzurrados ó hechos pedazos, y ó quemaban alguna casa, ó rodaban los trastos que no habia más que pedir.

Véase hasta qué punto puede llegar la fuerza de un tartajeo.

Salamanca era una de las ciudades en que los bandos estaban más encarnizados y estaban andando siempre á la greña.

Solo que generalmente este andar á la greña se reducia á encuentros parciales entre este ó el otro caballero enemigo.

Pero cuando llegaba una incitacion de Alonso Perez de Vivero, que tenia á su cargo las agitaciones de Salamanca, la cosa era ya de todo punto séria.

Cuando Pedro Rodriguez y Enriquez, cumplidos sus veinticincos años, fué llamado por su madre á Salamanca, ésta, despues de abrazarle y cubrirle de besos y de recrearse mirándole y de calmar la locura de su amor de madre, le hizo sentar frente á sí, y le dijo:

—Pedro, hijo mio, tú te has criado en la córte, porque yo he querido que llegues á ser un buen caballero como á tu linaje conviene, pero no sé si he hecho lo que debia, y no he cometido una gran imprudencia, que en la córte tú te has debido aficionar á algun bando, y no quisiera yo que en cosas de bando te metieses, que el estar en ellos metido costó la vida á tu padre.

—Madre,—contestó don Pedro,—no seria yo digno de la lealtad de mi linaje, si tuviese otro bando que Dios, el rey y la patria.

—Todos lo que están metidos en los bandos,—contestó doña María,—ponen por delante á Dios, al rey y á la patria, y con estos tres sagrados nombres en los labios, traen robada y deshecha á Castilla, de manera que eso que me has dicho es como no haberme dicho nada.

—Madre, yo no conozco más Dios que el de

la verdad y de la justicia,—contestó don Pedro,—ni más rey que el señor rey don Juan el II, ni más patria que esta desventurada tierra de Castilla donde he nacido, ni más fé ni más lealtad ni más amor que los que puesto tengo en Dios, en el rey, en la patria y en vos, madre mia, y no sé si es que Dios ha dado claridad á mi entendimiento para que vea que los unos y los otros, los blancos y los negros, todos los que no pensando más que en sí mismos con santos nombres y palabras falaces su ambicion ocultan y á traicion y trasmano hieren en la sombra, son unos malhechores que no tienen ni rey ni Roque, ni padre ni madre, ni más que maldad y soberbia y avaricia, y mentira, y traicion y delito. De modo que yo y mi hermano, que como yo piensa, tal vez porque Dios lo quiere, al rey nos hemos pegado y á servirle en lo que nos tocaba nos hemos reducido, y como éramos pequeñas personas, de nosotros nadie se ha acordado y en paz nos han dejado con nuestra lealtad y nuestro amor al rey.

—Hijo,—respondió doña María;—en la córte has podido defenderte de que te arrastren y te lleven por el camino de las malas pasiones, de los vicios y de la soberbia, á tu perdicion. Allí, Pedro, tú y tu hermano, no habeis representado más que pequeñas personas, pajes del rey, pero en Salamanca sois los Rodriguez En-

riquez, y ocasion llegará en que se os busque y se os incite y se os comprometa, y la tentacion os busque. Y créeme, Pedro, que un caballero de buena sangre y valor puede entrar en batalla á la luz del sol con sus enemigos llevando la confianza en Dios y en su buena sangre, pero que no hay valor que baste contra el enemigo traidor que en la sombra espera y sobre seguro hiere.

Y se le llenaron de lágrimas los ojos á la hermosa doña María, en quien se avivó el dolor por la pérdida de aquel marido que tanto habia amado.

—Así es que,—continuó doña María,—yo que he sufrido el dolor impío, el dolor sin consuelo, de que traigan á mi casa ensangrentado y sin vida á vuestro padre alevosamente muerto, no quiero pasar por el dolor de que tambien á vosotros os vayan trayendo muertos por una mano alevosa; así que yo te suplico, Pedro, que el dia que te entregues, porque eres mayor de edad, de tu título y patrimonio, que en paz procures estar con todo el mundo sin inclinarte á la una parte ni á la otra, como hay muchos caballeros en Salamanca; que si alguna vez en los negocios públicos se meten, es para poner paz entre los opuestos bandos y procurar avenirlos, y como ellos no desean nada ni buscan nada más que estar tranquilos en el gobierno de su

casa y de su hacienda, todos los estiman y están horros de cuidados, persecuciones y peligros; y en esto quiero que vosotros lo imiteis; que á vosotros para ser mucha cosa os basta con vuestra nobleza y con vuestra hacienda: y no hay cargo público que por obtenerlo os haga más, ni por no tenerlo os haga ménos. Aquí en paz os casareis los dos con las mujeres que mejores os parecieren y más honradas sean, sin reparar en linaje, que el mejor linaje y la mejor hacienda que puede llevar una mujer al matrimonio, y la dote más preciada, son la virtud y el amor á su marido; que la que á su marido ama, ama á sus hijos, y la que es buena esposa y buena madre, tiene cuanto puede tener para hacer feliz á un hombre; y ten esto en cuenta, y á tu casa redúcete y gobiérnala bien, y deja que el mundo ruede, no embargante, que como buen caballero y cristiano dispuesto estés siempre á defender á la justicia y á amparar al triste, y al menesteroso, ya con tu hacienda, ya con tu espada; que egoista no te quiero yo, ni cobarde, que nunca lo fué tu padre ni lo fueron los suyos ni los mios, ni se encuentran tales en tu abolengo. Pero hay una cosa que ahora te digo á tí, que diré á tu hermano cuando de tutela, como tú, salga y á mi lado venga: no os olvideis nunca de que vuestro padre fué asesinado, y de que su sangre nos está pidiendo perennemente venganza á mí y á vosc-

tros; y de esto os hablo yo porque la mano traidora quedó tan secreta y tan desconocida, que averiguar no he podido yo cuál fué el pensamiento infame que hizo herir á aquella mano, que si yo lo supiera, no esperara á que vosotros fueseis hombres para vengar á mi triste esposo, ni á nadie pidiera ayuda, que yo por mi propia mano le vengara, aunque hubiera sido más temible y espantable que el famoso gigante Fierabrás, el de la Puente Mantible, de que hablan los libros de caballería. Gastado he, gran parte de mi hacienda, minado he la tierra buscando al asesino; no he vivido, no he dormido, no he reposado, no se ha amenguado en mí la saña, que cuanto más el logro de mi venganza tarda, es más grande, y no he podido descubrir ni aun su nombre. Sé como yo, hijo mio; está atento, no olvides nunca la venganza que á vuestro padre se debe, que puede ser que un dia por algun viso inexperado, acaso Dios nos descubra al ó á los homicidas, que bien puede ser que sean más de uno; y júrame, Pedro, por el temor que á Dios tienes, y por mi amor, que no reposarás hasta descubrir quién el asesino de tu padre sea, y que por alto y fuerte que le conozcas le matarás, no como él mató á tu padre, sino como mata un caballero, frente á frente y con peligro; y si vosotros los dos cayéreis en la demanda de nuestra venganza, aquí queda vuestra madre pa

ra vengaros ó morir como vosotros. Y de esto no hablemos más, que el hablar de ello me parte el corazon, hasta el dia en que Dios quiera descubrirnos el asesino.

Y en efecto, doña María no habló de esto más que otra vez, cuando llegó á Salamanca su otro hijo don Juan.

Este, como Pedro, juró á su madre vengar la sangre de su padre, y no meterse en banderías.

Y así lo cumplieron en lo tocante á lo último.

Y como los distintos bandos veian que los Rodriguez y Enriquez no ambicionaban cargos públicos, ni mando alguno en la ciudad, y que en su casa se estaban al lado de su madre y que cuando se armaba una travacuenta, no aparecian sino como otros caballeros neutrales para poner paz, todos los estimaban, como que nadie los tenia en frente, ni á nadie hacian contra, ántes bien, como eran tan ricos, y entre los esplendores de la córte se habian hecho generosos, servian con su hacienda á los que creian sus amigos.

Y creian con facilidad en la amistad de cualquiera, porque tenian el corazon sano y bueno, y más sensible y más confiado que lo que hubiera sido menester.

CAPITULO VII

Lo que eran los hijos de doña María de Monroy y los de doña Teresa Ridáura de Sotomonte.

Honrados por sus linajes, y considerados por sus grandes riquezas los Rodriguez y Enriquez, nada tenian que desear.

Habia además sobre esto, que don Miguel del Manzano corregidor de la ciudad, como ya sabemos, por muerte de su padre, desde el momento que Pedro Rodriguez volvió á Salamanca para permanecer en ella, le distinguió de tal manera, que se hicieron grandes amigos, y sucesivamente cuando su hermano don Juan llegó, amigo se hizo del jóven corregidor y de su hermano.

Pero eran muy diferentes los hijos de doña

Teresa de Ridáura de los de doña Maria de Monroy.

Estos últimos, que parecian ser cortados por una tijera, eran noblejones y sensibles, con el mejor corazon del mundo.

Pero los otros, criados en la universidad, y con mal padre y mala madre, eran unos bandidos, cuyas diabluras habian pasado más allá de las calaveradas de jóvenes, llegando á veces á los delitos.

Pero como tenian el padre alcalde, ninguna mala consecuencia les habia producido sus desórdenes.

Que alguno de ellos habia deshonrado á alguna pobre doncella, y despues habia maltratado al padre ó al hermano.

Sobre esto se habia echado inmediatamente tierra, se habian acallado las murmuraciones, se habia hecho, en fin, como si la cosa hubiese sido la más inocente del mundo.

Que los dos juntos se iban de ronda con buen número de estudiantes amigos suyos, y apaleaban á los rondadores de damas, y maltrataban hasta los perros vagabundos que por las calles andaban en busca de algun hueso, y rompian los faroles de las imágenes puestas sobre la via pública.

Aquello habia sido una gracia estudiantil, en la que no se decia hubiesen tomado parte y no

pequeña los soberbios hijos del señor corregidor.

Que se encontraba una mañana á todas las mozas de partido de una mancebía en la calle atadas á una reja, desnudas y acardenaladas, medio muertas algunas de frio.

Otra gracia de que se reia todo el mundo, y que no se castigaba, porque aunque no se decia, habian andado en ello los hijos del señor corregidor.

Que algun enamorado de la hermosa doña Fulana ó doña Zutana, era acuchillado inpíamente y de una manera villana por siete ú ocho juntos, y el pobre hombre estaba entre la vida y la muerte, ó se moría.

Lance habia sido de amores.

Provocacion habia habido.

Liviandades de la doña Fulana habian dado lugar á ello.

No se sabia quienes fueron los del atropello y tal vez del homicidio.

Ni se sabia tampoco que no se averiguaba nada, á lo ménos judicialmente, porque los hijos del corregidor habian andado en el lance.

En fin, los dos endiablados mancebos aleccionados, hasta que se murió, por su madre, que era una brava hipócrita, y acabados de enseñar por su padre, que siempre habia sido solapado y disimulador hasta de su propia deshonra, los tales jóvenes eran, como suele decirse, candil de puerta ajena, mirados, decorosos y sérios durante el

dia, noblemente vestidos y con la espada al cinto y ricas galas bajo las características balletas como convenia á estudiantes nobles y ricos, muy cuidadores de su decoro donde habia gente principal ó de alguna valía, y que no llevaban su libertinaje á las casas de buen solar, porque de ellos no se dijese ni de su padre.

Pero cuando llegaba la noche, bajo la cual todos los gatos parecen pardos, nuestros mancebos se salian por un postigo de su casa, armados de puñal y espadas, y defendidos por una loriga, y reuniéndose con otros estudiantes *ejusdem furfuris*, venian á ser la calamidad de Salamanca, contra la cual no habia ronda posible, porque eran muchos y bravos, aconteciéndole al corregidor, que era muy aficionado á salir de ronda, tener que correr con sus alguaciles de sus propios hijos, lo cual tambien quedaba cubierto, porque nunca actuaba el corregidor sino despues de haber visto á sus hijos por la mañana y de haberles preguntado:

—¿Estábais vosotros entre los que anoche me hicieron correr?

Si con el desenfado del mundo los mancebos decian que sí, todos los procedimientos por resistencia á la justicia se reducian á que aquel extraño corregidor apercibiese á sus hijos diciéndoles que á otro nuevo desafuero hecho contra su propia persona, emplearia todo el rigor de las leyes

A lo que contestaba Miguel, que siempre, como mayor, tomaba la palabra:

—¿Y qué se os dá á vos, padre, si nada os ha de acontecer? que todo ello será que los alguaciles salgan apaleados, sin que á vos os toque ni á cien leguas el lomo de una espada.

—Pues no ha dos meses estuve bastante malo de una pedrada en un ojo, y allí andábais vosotros;—contestó en una ocasion el corregidor.

—Inadvertencia fué,—dijo tranquilamente Miguelito,—pero no volverá á suceder, porque ya se ha dado órden de que en los encuentros con la justicia, donde vos vayais, no se use ballestilla ni se tire piedra, ni se emplee género alguno de arma arrojadiza.

No embargante esto, una noche, espetaron de tal manera á los alguaciles, picados en su negra honrilla, que se revolvieron todos y le alcanzó al corregidor una cuchillada mal tirada que se convirtió en cintarazo, por fortuna, de resultas, de lo cual el corregidor anduvo con la rabadilla torcida más de un mes.

Cuando sanó se encerró con su hijo mayor y le dijo:

—Yo te ví en frente, y en desagravio del sacrílego golpe que de tí recibí, ya que sin trabajo puedo enderezarme, voy á torcerte á palos con mi vara de justicia.

—Yo no lo pude remediar, padre, que fué que le tiré al alguacil Tresdientes con intencion de partirle en dos, y el pícaro, llevaba coraza y resbaló la espada, y con la fuerza que iba os dió de rebote en el espinazo, y por una cosa que yo hice sin intencion, no hay que castigarme.

Por lo mismo que el corregidor sabia á ciencia cierta que aquellos dos galopos no eran sus hijos, calló, porque lo eran de su doña Teresa los adoraba.

Es más, creia que lo eran, lo hubiera jurado á siete cruces, y lo que no hubiera disimulado á los hijos de su propia sangre, lo disimulaba á aquellos sus hijos allegadizos.

Quedó, pues, Miguel, impune del desaforado cintarazo que habia hecho sufrir al que juzgaba autor de sus dias.

Habia, además, por entonces, la costumbre de la impunidad.

Y de tal manera, que nadie se asombraba de que no se persiguiesen los delitos, porque estaba en la conciencia de todos que para perseguir los delitos hubiera sido necesario que la justicia hubiese prendido á medio mundo, y despues de prenderle, ella misma se hubiera constituido en prision, porque los mayores desmanes y delitos eran los que de la justicia provenian.

Los dos, pues, hacian la vista gorda y procu-

raban aparecer en público y á la luz del sol, las mejores personas del mundo.

Y como los hijos de doña María Monroy se recogian á buena hora como las personas honradas, no conocian el mal lado del jóven corregidor y de su hermano.

Convenia á don Miguel engañar á don Pedro y á su hermano don Juan y aparecer ante ellos como un buen corregidor y un cumplido caballero, y recomendado habia á su hermano observase la misma conducta.

Y el interés que don Miguel del Manzano tenia, era que habia contraido una pasion terrible por doña María de Monroy, y no ambicionaba ménos que hacerla su mujer.

Así era que habia aprovechado la llegada de Pedro á Salamanca para establecerse definitivamente en ella, le habia honrado, le habia encomiado, le habia encariñado, y por este medio se habia hecho grande amigo de Pedro y se habia abierto de par en par la casa de doña María, en la que como amigos de don Pedro, entraban él y su hermano á toda hora.

Como la hipócrita doña Teresa Ridaura de Sotomonte no se habia mostrado jamás hostil con doña María de Monroy, á quien tanto habia aborrecido, sino que por el contrario como á grande amiga la habia tratado como el difunto corregidor, aunque del bando contrario, habia

siempre tratado con grande respeto á don Alonso Rodriguez y Enriquez, doña María no tenia prevencion alguna, y como buena madre, se alegraba mucho de que sus hijos estuviesen en tan buena armonía y tan en amistad con la primera autoridad de Salamanca.

Y tratando al corregidor y á su hermano con la noble y encantadora lisura de su noble carácter, habia llevado hasta el frenesí del delirio, por más que se encubriese, la pasion de don Miguel del Manzano por ella.

Don Miguel, que habia heredado, que lo tenia en la sangre, aquel humor del disimulo y de la traicion, que en la sangre de Alonso Perez de Vivero, su padre, habia, ocultó su amor á la viuda como su padre se lo habia ocultado, y con la misma fuerza con que Alonso Perez se habia enamorado de doña María, de ella se habia enamorado don Miguel.

Pero no habia que pensar en ello.

Doña María no daba indicios de estar dispuesta á contraer unas segundas nupcias á los veinte años de viuda.

Por lo contínuamente que á su esposo recordaba, no podia dudarse que le amaba todavía como si no hubiera muerto, y que otro amor no cabia en su alma.

Don Miguel sufria.

Se hacia firme y apuraba su fuerza de vo-

luntad para no demostrar la pasion terrible que por doña María le abrasaba el alma, y esperaba una ocasion en que poder imponerse en alguna manera á la hermosísima viuda.

Pero como esta ocasion no se presentaba, don Miguel, casi enloquecido ya, la procuró por sí mismo.

CAPITULO VIII

En que se empieza á tratar de una hermosa criatura que se llamaba doña Retruénica.

No se tenia entonces por mal hecho en un caballero, el galantear á las villanas, comprarlas ó engañarlas y perderlas.

Los villanos eran entonces vasallos no sabemos por cuántos conceptos.

Vasallos primero del señor rey, vasallos despues del señor obispo, vasallos despues del preste, del arcipreste, del abad ó del cura, segun que era la localidad, y vasallos luego del mayorazgo propietario de la tierra en que vivian y que labraban generalmente como censatarios.

De modo que ellos, el cuarto estado, eran siervos de los otros tres estados sobrepuestos á ellos, es decir, el rey, el brazo eclesiástico y el brazo noble.

Por consecuencia, un caballero no faltaba en nada á su nobleza ni á su honra, satisfaciendo en una hermosa villana su apetito, por cualquier medio que fuese.

Con reconocer luego al hijo como hijo de ganancia y dar á la madre un dote para que se casase con un pelon cualquiera, ó hidalgo campesino que no se paraba en pelillos, todo estaba arreglado y nadie tenia que decir una palabra.

Ahora, cuando se trataba de una dama hidalga, no vasalla más que del rey, la cuestion era distinta.

Se consideraba feo el hecho, y siempre habia padre, hermano ó pariente, que saliese á la demanda de su honor, armado de los piés á la cabeza.

Pedro, pues, y sus hermanos, aunque eran unos buenos jóvenes participaban de las ideas de su tiempo, y se divertian, pagando bien sus diversiones con cuanta labradora les incitaba el deseo, que como se sabia que ellos eran generosos, las incitaciones menudeaban.

Habia en Salamanca, en el Rincon de Vagos, un zapatero remendon que habia estado más de tres veces en *gurapas* (léase galeras) por enamorado de lo ageno, valiéndonos de la frase de uno de los galeotes á quienes libertó el loco de Cervantes, al que batanado habian las espaldas,

ginete en un burro á son de pregonero y por los lugares de costumbre, más de veinte veces, y con todo esto no se habia podido hacer carrera de él.

De galeras habia vuelto peor que habia ido, y cada azotaina le habia puesto la sangre más ágria y más rebelde.

Al fin habia logrado le dejasen campar por su respeto, á causa de que él era el reñidor más bravo, el alborotador más terrible de la hueste villanesca y mediante á que ayudaba al bando de los Manzaninos, al que pertenecia el corregidor difunto y continuaba perteneciendo el corregidor nuevo.

Maese Retruénica, que así se llamaba este honrado zapatero de viejo porque se oponia al parecer de todo el mundo y de todo el mundo se mofaba, hurtaba cuanto podia, armaba pendencias, se embriagaba, se metia con todo el mundo y escandalizaba sin que nadie le fuese á la mano, por lo que todo el mundo le temia y le guardaba las vueltas.

Cuando más cuando más, y por una fechoría enorme, el corregidor le tenia ocho dias en la cárcel, de la cual salia más insolente, más comprometedor y más peligroso que antes.

Tenia este tio Retruénica una hija que no se sabia de donde le habia venido, porque nunca habia sido casado, como de diez y seis años, tan

hermosa, que casi con doña María de Monroy partia la primacia de la hermosura en Salamanca, y tan encopetada y altiva, que más que hija de un zapatero de viejo, que habia estado en galeras por ladron y por brujo, de un principal caballero lo parecia, por su atavio, y por su apostura, y la noble apariencia que se permitia.

Contra las leyes y las ordenanzas era esto, en aquellos tiempos en que todo estaba reglamentado por categorías, y era cosa que no podia consentirse ni por las leyes ni por las costumbres el que una villana, á más de esto hija de un hombre tan gravemente infamado como galeote, como azotado, como puesto á la verguenza, como zapatero de viejo, se diese tales tufos y tales apariencias en trajes y boato de gran señora.

Ella no salia á la calle sino en silla de mano, y con rodrigon, y dueña, y terciopelos, y brocados, y perlas y dijes; y aun llevaba su atrevimiento á irse con cogin, alfombrilla y silla de tijera, á ponerse en el presbiterio en la iglesia en el lugar donde las damas se colocaban.

Y esto se consentía por la justicia, porque sí.

Y las damas, agraviadas por aquello, no se apartaban cuando llegaba doña Retruénica, como ellas la llamaban, de miedo al terrible zapatero; las unas, porque lengua de hacha tenia ma[illegible]

Retruénica y un entendimiento del diablo para inventar historias que parecian verdad, y sabia además muchas historias; y las otras, porque le necesitaban para que las diese untos y bebedizos á fin de que las quisiesen.

En todos tiempos, y áun en los nuestros, se han conocido y se conocen hijas y mujeres de hombres empleados en bajos oficios, que se han permitido apariencias de dama.

Deciase, pero donde no lo oyese nadie que pudiese contárselo á su padre, que todo aquel lujo que doña Retruénica gastaba, se sostenia con los untos de su padre, y con lo que el padre cogia de cada motin, de alguna casa del bando contrario, que con los suyos saqueaba.

Apesar de esto, tan hermosa, tan gentil, tan simpática, tan aseñorada, tan dulcemente melancólica y tan hechicera era Clara, que asi se llamaba la que nadie conocia en Salamanca sino por doña Retruénica, que desvividos andaban por ella los principales caballeros de Salamanca, casados los unos, mozos los otros; y aun habia alguno de grande hacienda y rico solar, que llevado ya á la locura del amor, con ella se hubiera casado, y dijese el mundo lo que quisiese.

Pero conocia bien la pobre doña Retruénica su verdadera posicion social, que no podia ser más extraña, y no gustándola los pelgares, por que su imaginacion volaba más alto, de los amo-

res de la gente nobie se defendia, conocien do hombre que no la hiciese su esposa, no la ama ba verdaderamente, y que el enamorado lo que á casarse con ella se atreviese, satisfecho que fuera el apetito y recobrada la razon, habia nece sariamente de arrepentirse y hacerla sufrir el infierno, cuyos tormentos ella no se sentia con fuerzas para soportar.

Dábansela músicas, enviábansela billetes de sesperados, ofreciansela presentes, y ni ella abr las ventanas de su cámara, que cámara tenia aun camarin en la casa de madera vieja del Ria con de Vagos, en que vivia con su padre, ni re cibia billetes, ni aceptaba flores ni presentes, po ricos que estos fuesen.

Con todo esto, doña Retruénica se habia he cho una atmósfera de respeto, y si por hija de galeote y zapatero de viejo se la rehusaba, po virtuosa y honrada y altiva, en gran estimacion se la tenia.

Y habia quien pensaba que no era la sangre del tio Retruénica la que por sus venas corria sino que ella debia ser el resultado de algun triste historia de amores de algunas principales personas desventuradas.

Más de cuatro enamorados habian querido penetrar el insondable misterio del orígen de do ña Retruénica.

Pero nada habian podido sacar en claro, por

que no se sabia dónde habia nacido, ni maese Retruénica lo decia á nadie, ni quien hubiese sido su madre, porque si se le preguntaba acerca de esto al tio Retuénica, decia:

—Basta con que yo diga que es mi hija, y lo demás á nadie le importa un bledo, y pasemos á otra cosa que esta conversacion me enfada.

Y cuando maese Retruénica decia que le enfadaba una cosa, quien con él estaba hablando pasaba á otro asunto, porque todos sabian que el tio Retruénica tenia malas vueltas.

Se recordaba además que hacia diez y seis años (cabalmente la edad de doña Retruénica) que por más que el zapatero habia hecho lo bastante, y aun sobrado para que duramente se le castigase por la justicia, si se le castigaba era blandamente.

Y se reparaba, además, en que el tio Retruénica era de los del bando del condestable, por lo cual habia quien, echando á volar la imaginacion, aventuraba la extraña hipótesis de que tal vez doña Clara (entónces se la llamaba por su nombre) era alguna hija á trasmano del magnífico condestable don Alvaro de Luna, no se sabia por qué misterio confiada á un zapatero tal como el tio Retruénica.

Y aún habia quien creia encontrar entre doña Clara y el condestable ciertos rasgos fisonómicos comunes en ámbos.

Se ha dicho que don Miguel del Manzano, corregidor de Salamanca, pertenecia al bando de los Manzaninos, como si dijéramos que era en cuerpo y alma partidario é instrumento del condestable don Álvaro de Luna, en Salamanca.

Maese Retruénica era á su vez uno de los ajentes más poderosos del condestable, y podia llamársele el jefe de la canalla de Salamanca.

Estaban, pues, en íntimo contacto y en grandes relaciones el noble y altivo señor don Miguel del Manzano, con el miserable é infame maese Retruénica.

Y esto desembozadamente.

Porque podia muy bien encontrar dificultades para ver al corregidor en su casa el más noble, el más rico y el más estirado de Salamanca, pero no las encontraba jamás maese Retruénica, que se entraba por el terreno del corregidor como por terreno propio, importando poco la hora y que el corregidor estuviese ó no en el lecho, que hasta el lecho se iba á hablarle el zapatero.

De la misma manera el corregidor se entraba en el Rincon de Vagos por la denegrida puerta de la casa de madera de maese Retruénica.

Apropósito:

Los comienzos de la casa del zapatero, es decir, el zaguan donde tenia su banquillo, y sus hormas, y su coleccion de botas viejas y demás trebejos, en fin, de su oficio, y unas menguadas

escaleras y el piso bajo donde el tio Retruénica vivia, eran lo más negro, lo más miserable, lo más abyecto que darse puede.

Pero una vez superadas, y no sin peligro aquellas escaleras que temblaban bajo el peso del que las subia, y habiendo atravesado un corredor lóbrego, se llegaba á un conjunto de habitaciones compuesto de una antecámara, una cámara un camarin tocador, un dormitorio adjunto á él y un pequeño oratorio, un comedor y otras dos cámaras, donde se albergaban una dueña y dos doncellas, y en la otra cámara un escudero y dos esclavos.

Toda esta habitacion, aunque de piezas pequeñas, era de un lujo pasmoso, un verdadero nido riquísimo, labrado, dorado, matizado, alfombrado, entapizado y amueblado ricamente, un pequeño palacio, el templo, en fin, de la divinidad que en él habitaba.

Nadie conocia estos interiores más que maese Retruénica, la servidumbre de doña Clara, y don Miguel y su hermano, que entraban allí como en su casa, y que trataban á doña Retruénica con el afecto de una hermana, y con el respeto con que hubiera podido tratarse á una gran dama.

La mesa de doña Retruénica era excelente.

Con ella comian de contínuo su padre y alguno de los dos hermanos.

No se sabia de dónde salia el dinero para sostener este boato y las comodidades de doña Retruénica.

Pero los que la suponian un alto orígen, de allí hacian provenir los dineros que sostenian aquellos gastos.

No se explicaba á primera vista cómo maese Retruénica continuaba siendo zapatero de viejo y vestido á lo pelgar, cuando podia muy bien haberse dado importancia y haber servido, no en el Rincon de Vagos sino en cualquiera de las grandes casas que en Salamanca habia pertenecientes á antiguas familias extinguidas y que representaban todas ellas un viejo solar.

Pero maese Retruénica tenia un gran cariño á su oficio y á su trabajo, y no hubiera vivido bien sin remendar algunos pares ds zapatos ó de botas al dia con largos intervalos de escursiones á la taberna, y por otra parte, así estaba mucho más en contacto con la canalla y más al corriente de los chismes de la ciudad, y mejor situado, dada su posicion.

En un ángulo del viejo soportal se veian perpétuamente una pica, y en la punta de ella un capacete, y á ambos lados, colgados de la pared, una enorme ballesta con su correspondiente racion de saetas, un broquel, una espada y un hacha, amen de una vieja coracina.

Estas eran las armas ofensivas y defensivas

con que en los dias de motin se salia á la calle maese Retruénica.

Nadie sabia, como hemos dicho, á ciencia cierta en Salamanca, por qué la que pasaba por hija de maese Retruénica aparecia, (sea cualquiera la faz por que se la mirase) como una rica y noble dama.

Pero nosotros lo sabemos y vamos á decirlo á nuestros lectores.

CAPITULO IX

En que se acaba de saber quién era doña Retruénica, con otros particulares.

Las altas relaciones de maese Retruénica con la primera autoridad de Salamanca existian mucho tiempo antes de la muerte del corregidor padre de don Miguel.

Los jóvenes habian conocido toda su vida al zapatero, entrando con gran confianza en su casa, y desde muy niños, con gran confianza habian entrado en la del zapatero y habian conocido muy pequeña á doña Retruénica, como que el que ménos de ellos la llevaba nueve ó diez años de edad.

A los doce años doña Retruénica era completamente una niña y harto delicada.

Parecia que habia de ser pequeña y flaca.

Y aunque simpática y graciosa, estaba muy lejos de ser bella.

Pero fué desarrollándose lentamente al principio, más rápidamente despues.

Al fin, á los catorce años, habia crecido hasta tener una estatura aventajada, se habian desarrollado y modelado sus formas, se habia esclarecido y suavizado su tez, y á los quince era la magnífica criatura que ya hemos descrito.

Aconteció que los dos hermanos fueron cambiando de manera de ver á Clara y enamorándose fueron.

Al fin, un dia, don Miguel, que la encontró sola, la dijo:

—Clara, tú no extrañarás lo que voy á decirte: yo te amo.

—Y yo tambien te amo, Miguel,—respondió Clara.

Miguel abrió los brazos para estrechar en ellos á la jóven.

Pero esta le rechazó, diciéndole:

—No te amo ya así.

Retiróse mortificado don Miguel, y apretó el gesto como pareciéndole cosa enorme que la hija de maese Retruénica no se creyese altamente favorecida y extraordinariamente feliz por el amor ó el deseo del noble caballero don Miguel del Manzano.

Irritóse doña Clara al ver la expresion des-

preciativa y la airada extrañeza del corregidor, y le dijo:

—Como hermano, pase, que al fin te conozco toda mi vida como á tu hermano. ¿Pero quién te ha dicho á tí que tú valgas, no ya para que yo sea tu amiga, que esto no hay ni aun que pensar en ello, sino para que te haga mi esposo? Anda, anda de ahí, Miguel, y apéate de tu soberbia, que no me ha hecho Dios para tí.

Y como doña Clara viese que don Miguel estaba á punto de excederse, dejándole con la cólera en los labios, se metió en otro aposento y cerró la puerta.

Bajó como un jabalí herido, ó como un toro agarrochado, don Miguel, al soportal, donde maese Retruénica cosia á más y mejor una media suela á una bota de gamuza, y le dijo pasando:

—A ver si te vienes detrás de mí, Retruénica, y me das razon de una injuria que acabo de recibir de tu hija.

El tio Retruénica canturreó un aire popular de entonces, no muy edificante.

Soltó las botas y el tirapié, y sin quitarse el mandil, se echó una media capilla, se caló una caperuza de piel de conejo, se metió debajo del brazo su tizona, que no era él hombre que saliese jamás desprevenido á la calle, y apretó el

paso para alcanzar á don Miguel, que con su loba y su vara afianzada en la mano derecha, y blandiéndola irritado, iba por el Rincon de Vagos adelante.

Entróse al cabo de él en una hostería ó pastelería el corregidor, y tras él se metió en un aposento, en la trastienda, maese Retruénica.

—La culpa la tuvo mi padre,—dijo irritado don Miguel,—y continúo teniéndola yo. Mi padre te dejó robar y saquear y atropellar y asustar á las gentes en tu provecho, sin irte nunca á la mano, y lo mismo te dejo yo hacer, y por eso tú has podido criar á tu hija como si fuera una dama y hacerla soberbia y desvergonzada.

—Pues tengamos la fiesta en paz,—dijo maese Retruénica,—que si no fuera mirando á que eres hijo de quien eres, ya te habia yo tendido la mano, y no habia quedado ni señal de tí. ¿Pues quién crees que eres tú, corregidor, para atreverte á mí, que cuando quiera lo meto todo á barato y no dejo ni fundacion de Salamanca? Y no te me pongas blanco de cólera, por que te corto las orejas y las curto y las estiro y hago con ellas un par de chapines para esa señora.

En efecto, no podia hablar de cólera don Miguel del Manzano al verse de tal manera tratado por maese Retruénica.

Pero al ver que este llamaba señora y no hi-

ja á doña Clara, un nuevo efecto que sintió en su alma, cortó el efecto de la cólera, porque le pareció entrever un misterio en aquellas palabras, y retirando la mano del puño de la espada, donde la habia llevado, dijo:

—Tengamos en buen hora la fiesta en paz, que no quiero tomar por lo que queman las palabras que acabas de decirme, sino creer mejor que estás muy sobre tí, de lo que yo tengo la culpa, y que eres muy soberbio por falta de castigo que te haya escarmentado. Vamos claros: ¿por qué nas llamado á Clara señora y no hija?

—Porque señora y muy señora es, y no hija mia, y esto lo digo para atajar inconvenientes; y si tu señoría se quiere casar con ella, y gran fortuna será para tí el lograrlo si lo deseas, sabrás quién es, pero bien entendido que este es un secreto que no ha de saber más que tu hermano, porque le veo á punto de irse con pretensiones á Clara, que no eres tú el solo, ni es solo tu hermano, quienes la quiere; solo que con otros golosos me he reducido yo á espantarlos, y á vosotros espantaros no quiero porque no conviene, y además porque os tengo cariño. ¿Y qué se ha de hacer más que perdonar despropósitos y atrevimientos á aquel á quien se quiere?

En fin, el zapatero, despues de haber hecho

jurar y perjurar á don Miguel que guardaria el secreto y encargaria lo mismo á su hermano le guardase, empezó de esta manera, habiéndose procurado un gran jarro de vino para remojar la palabra:

—Mi padre fué zapatero como yo, y mi madre bruja.

Quiero pasar por alto la historia de mi ilustre familia, que nada importa.

Vivieron bien, y acabaron mejor.

Quedéme huérfano, y aprendido el oficio, á los diez y ocho años.

Me agarraron en una leva y me llevaron á servir al rey.

Diéronme un caballo, un arnés y una lanza y tan extremado salí yo en la equitacion y en la maestría del justar y correr una lanza en batalla, que el condestable tiró de mí y me llevó á sus lanzas cuando yo tenia ya pasados los veinticinco años, y con unos puños que si acometia á una muralla la abria brecha.

Ingenio encontró en mí el condestable, y otras muchas é inapreciables prendas, y de sus lanzas me sacó para hacerme su escudero.

Y no habia empeño de cuantía para el cual necesitase él un buen servidor de buenos puños, buenas tripas y buen ingenio para salir adelante para el cual no se valiese de mí.

Confieso que tantas alas me dió el condesta-

ble, que yo estiré el pié más allá de las sábanas, quiero decir, que atreviéndome á todo y creyendo por mi audacia que bien podia yo crecer arrimándome á su brial, dí en la locura, ó más bien en la necedad imperdonable de irme con mi atrevimiento no ménos que á la misma esposa del condestable.

Porque yo decia:

Agarrado á la mujer me meto debajo del brazo al marido, y héteme aquí rey de Castilla.

Por esto sufrí los primero azotes que en público se me dieron, y que me bajaron de tal manera la soberbia, que bien hubiera yo dado cien escudos de oro por no haber nacido, porque el juez habia mandado al escribano mandase al verdugo me apretase de tal manera la mano, que más allá de la primera docena no pudiera vivir.

Pero el ejecutor fué piadoso, ó más bien, mi carne fué más dura que lo que sus puños podian, y en el hospital estuve si me muero ó no me muero, pero con la piél escapé y fuí á entretenerme cuatro años apaleando agua á las gurapas, y allí conocí que no se acaba nunca de aprender, porque yo creia que lo sabia todo, á los dos meses de *gurapas* me encontré con que era cien veces más sábio que el dia que me echaron el grillete.

Cumplióse mi tiempo de galeras.

Soltáronme.

Volvíme con las orejas gachas á Salamanca, y metíme al oficio de mi padre, que no habia olvidado, en el Rincon de Vagos.

Tomé parte por el condestable (bien sabia yo lo que me hacia) en el primer tumulto que se armó en Salamanca.

Pero cuando se está muy bajo, cuesta mucho trabajo el levantarse.

Achacáronme no sé que hurto, (y Dios sabe que fué un falso testimonio.)

Tuviéronme tres meses en la cárcel, cargado de hierro, á oscuras y á pan y agua.

Me adobaron otra vez las espaldas y me enviaron por otro año á galeras á llevar el compás en la palamenta.

Soltárome á su tiempo, y por aquella vez á Valladolid me fuí, donde el condestable estaba.

Esperéle un dia cuando de su casa salia y á sus piés echéme.

—Alce y diga lo que decir tenga;—dijo el condestable con aquella voz hueca y terrible con que hablaba á todo el que no conocia y á buscarle iba.

Alcéme, y al verme le ví demudarse, y al cabo, tartamudeando, me dijo:

—¿Tan mal estás con tu cabeza que en ocasion vienes á ponerte de perderla?

—A que vuestra señoría me mate vengo, ó me perdone; sin culpa estoy, y tal amor á vuestra señoría tengo, que sin que vuestra señoría á su buena gracia me vuelva, vivir no puedo.

Miróme todo amenaza y cólera el condestable, y al fin dijo, arrojándome un mediano bolsillo.

—Entretente con eso por ahí hasta que viniere la noche, y cuando hubiere venido vete á esperar á las tapias del Verdugo, y á uno sigue que allí irá á buscarte.

Apartéme yo resucitado, como quien dice, porque veia que para algo me queria el condestable, que si para algo no me quisiera no me hubiera dado aquel bolsillo, en el cual habia cien escudos de oro.

Tratéme aquel dia á cuerpo de rey.

Compréme vestidos y armas, que bien los habia menester, y cuando cerró la noche á las tábias del Verdugo fuime, y á pasear me puse.

Aún no habia dado dos vueltas, cuando se me presentó un embozado que me dijo ahuecando la voz y desfigurándola para que yo no le conociese:

—Venios conmigo.

Por más que hizo para desfigurar la voz, yo conocí al señor Alonso Perez de Vivero.

Pero me guardé bien de manifestárselo, yéndome tras él, que á buen paso atravesó Vallado-

lid hácia el Campo Grande, y parándose en una esquina de la iglesia de Santiago, cuando llegó á él me dijo:

—Por aquí ha de pasar un hombre envuelto en una capa negra, solo, con capacete de acero liso, y para que no os equivoqueis cuando le sigais, vereis que llegará á la primera casa á la derecha de la iglesia y llamará á ella. Ahora bien, procurad matarle ántes de que la puerta se abra.

—¿Y si le abren tan presto que yo no pueda alcanzarle?—dije.

—Os pasais de largo y esperais á mañana á la noche.

—De manera, que si me dieseis más señas...

—No puedo daros otras.

—¿Y si tengo la buena suerte de matarle?

—Os vais mañana á la noche á las tapias del Verdugo, y esperais allí, y quedad con Dios, que ya es hora de que nuestro hombre venga.

Como me habia hablado más tiempo que ántes, me afirmé en que él era el señor Alonso Perez de Vivero, y esto me hizo creer en que el hombre á quien se habia de matar, era enemigo del condestable, que por aquel tiempo el señor Alonso Perez de Vivero servia al condestable sin que hubiese cosa que al condestable le pidiese, á que él negase.

Mientras yo pensaba esto, estaba atento y pegado á la pared de la iglesia, en un pequeño hueco que hacian dos pilastras.

La noche era muy oscura, y bien podia pasar junto á mí una persona que fuese descuidada sin verme.

De repente oí pasos reposados, aunque no muy lentos, como de quien va descuidado por su camino.

Agucé la vista, que bien era menester, y ví pasar uno que por su talante parecia caballero, embozado en una capa negra, con un bacinete liso en la cabeza.

—Pues este es mi hombre,—dije yo,—¿á qué he de esperar á que llame á la puerta, que se me puede ir?

Y saliendo a él en cuanto pasó, le tiré una estocada que le atravesó de parte á parte.

Cayó aquel hombre sin decir palabra.

Aseguréme yo de que era difunto, y tomé la vuelta para mi posada, habiendo ántes limpiado la espada en tierra, que por haber llovido ántes muchos dias, estaba blanda.

Dormíme contento, porque entre el condestable y yo habia un secreto, y por la mañana me sali á la plaza á ver lo que se decia del muerto.

Y halléme que todo era corrillos.

Acercándome á ellos, oí que se hablaba de que la noche antes habian matado á don Perafan de

Castro, anciano caballero, regidor perpétuo de la villa de Valladolid, y que no se sabia quien le hubiese muerto, ni por qué causa la muerte hubiese sido.

Achacábanla algunos á haberse casado con mujer jóven y muy codiciada por su hermosura, y que algun amante, ó tal vez celoso ó quizás bien amado y favorecido, debia haber sido quien aquella muerte habia hecho.

Andaba rodando miserablemente la honra del muerto por aquellos corrillos, que todos decian que doña Blanca se habia casado muy á su despecho por mandato de su padre, y que si no era por esto, no se sabia por qué se hubiese matado á don Perafan de Castro, porque él no tenia enemigos.

Contábase que habia estado seis meses ausente en la montaña, donde tenia hacienda, dejando su mujer en Valladolid y que habia que reparar en que solo hacia dos dias que don Perafan de la montaña habia venido.

Tal vez habia importado grandemente que no pasase mucho tiempo al lado de su mujer.

Yo iba mirando todas estas cosas y me parecia que iba viendo claro.

Negocio de honra era aquel sin duda que tal vez doña Blanca, estando ausente su marido, se habia entregado al condestable, y en cinta se encontraba.

Y á fé que no me engañé, que esto era, por lo que despues se vió.

Acudí yo á las Tapias del Verdugo á la noche, y á poco sobrevino el señor Alonso Perez de Vivero.

Me dió un bolsillo bien repleto, y me dijo:

—Habeis de saber que el mayordomo de la casa de don Perafan de Castro, de tal manera se ha atosigado con la muerte de su señor, que de un accidente que le ha dado ha fallecido. Vestíos como conviene, echad cara de hombre de bien, y dentro de cinco ó seis dias id á solicitar el oficio de mayordomo á casa de la viuda, que estad seguro, se os recibirá, y cuando recibido seais, ya sabreis cual sea vuestra obligacion al servicio de doña Blanca.

Fuése el señor Alonso Perez de Vivero.

Volvíme yo á mi posada más contento que la noche anterior, y al dia siguiente me entretuve en asistir á las exequias y en acompañar el entierro de don Perafan de Castro, que fué en el cementerio de Santiago.

Proveíme de unas honestas y respetables ropas de mayordomo de casa grande, y á los seis dias presentéme casa de doña Blanca de Toledo, que así se llamaba la viuda, que me miró muy fijamente, me preguntó algunas cosas acerca de las obligaciones de un mayordomo, y al fin me dijo:

—Quedaos en mi casa, parecéisme bien.

Doña Blanca hacia las mayores apariencias de dolor que podian hacerse por el difunto.

A veces se ponia como loca y se mesaba los cabellos pidiendo justicia á Dios y al rey á grito herido, y á veces de casa se escapaba y se iba al alcázar demandando justicia y llorando á lágrima viva, y todo el mundo creia que doña Blanca estaba loca del dolor que la habia causado la muerte de su marido.

Aun no habian pasado ocho dias desde que yo entré á servirla, cuando doña Blanca me llamó, y encerrándose conmigo, me dijo:

—Cristóbal, desde esta noche, todas, antes de las doce, esperareis junto al postigo del huerto, y le abrireis á quien diere tres golpes pausados y luego algunos más precipitados, y por la puertecilla de la casa que al huerto da, y que bajo mis habitaciones cae, lo entrareis hasta las escaleras y allí esperareis á que baje para ir despues á soltarle por el postigo. Creo que no es menester encargaros el secreto, y que la persona que habeis de esperar os pagará bien y cumplidamente el servicio que á los dos nos hareis.

Llegó la hora.

Púseme junto al postigo.

Llamaron como se me habia dicho.

Abrí, y entró un hombre, en el que no se me despintó el condestable.

Llevéle á unas escaleras escusadas por donde se subia al camarin de doña Blanca, y allí esperé hasta que poco antes del amanecer bajó el condestable.

Llevéle al postigo.

Echéle fuera sin que él me hablase una palabra ni yo le dijese á él otra, y así se pasaron dia por dia tres meses, sin que faltase ni una sola noche al mediar el condestable, mi señor, y sin que jamás me hablase.

Pero á los tres meses me dijo:

—Con pocos criados háse quedado doña Blanca, y habráse de quedar sin ninguno de los antiguos; te se dirá cuáles son los que debes ir recibiendo, que serán personas de confianza, que ya se va llegando á términos en que no podrá ocultarse el secreto.

Nada más el condestable me dijo.

A todo esto, doña Blanca, no cesaba de darme dinero y de distinguirme y de honrarme.

Se renovaron, por último, todos los criados, y se les redujo á muy poco número, porque eran solos una dueña, una doncella, una cocinera y dos mozos de limpieza, todos buscados y elegidos cuidadosamente por buenos servidores del condestable.

Doña Blanca entretanto, á pretexto de su luto, no se dejaba ver de nadie, ni aun á la calle salia.

En fin, á los seis meses de la muerte de su marido, doña Blanca, en medio del mayor secreto, á la media noche, y en presencia del condestable, dió á luz una niña.

Pero con tan mala suerte para ella, que en el alumbramiento murió.

Hizome el condestable sacar la niña recatadísimamente de la casa, y que la llevase á criar donde me dijo.

Al dia siguiente apareció la muerte de doña Blanca, declarando los médicos que de melancolía y tristeza del corazon la muerte habia provenido.

A la noche siguiente, el condestable, por una escritura secreta, reconoció como hija suya bastarda, y de una señora cuyo nombre se callaba por grandes respetos á su honor, á doña Clara de Luna, que Clara se puso por nombre en el bautismo, que fué inmediatamente, á la niña.

Tres años en el campo estuvo, cerca de Tordesillas en poder de unos labradores, criándose doña Clara.

A los tres años, el condestable me mandó buscase una buena mujer con quien casarme ó con quien por lo ménos aparecer casado, que criase á doña Clara estando esta en su poder, y que con ella y con su hija me volviese á Salamanca.

—¿Y para que,—dije al condestable,—quiere

vuesa señoría que yo me case, si el matrimonio me horroriza segun el ejemplo que en otros casados he visto? Hija mia llamaré yo á doña Clara, y criarésela bien, que tengo yo en Salamanca una prima beata que es un sol de virtudes y de hermosura, y con ella me casaré si es que ella puede perder el horror que tiene á los hombres.

Tú has conocido, Miguel, á mi prima Genoveva.

Tú sabes como ella ha criado á Clara hasta que cumplió los doce años, en cuyo tiempo Genoveva murió.

Sabia ella el secreto, y como á dama, ella y yo, hemos criado á Clara.

Dineros han sobrado siempre, y si tú con ella quieres casarte, cosa será de que te vayas á Valladolid, á buscar al condestable y le digas que habiendo tú solicitado á doña Clara, yo te he dicho, que siendo todo hechura y persona del condestable, no quiero hacer nada sin su licencia.

Pero no; mejor será que yo envie un correo á su señoría manifestándole lo que sucede, si es que como veo, tú te allanas á ser marido de doña Clara.

Llamóse á sus adentros el corregidor, y pidió al zapatero tiempo para resolverse.

Pensó y repensó.

Ajustó todas sus cuentas.

Vió que aunque se trataba de una bastarda era una bastarda no ménos que del condestable don Alvaro de Luna, y al fin se resolvió á casarse con ella si el condestable la reconocia públicamente.

Díjolo así al otro dia al zapatero, y este le dijo:

—Tal es la soberbia de su señoria el condestable, que puede ser muy bien que no te dé su hija.

—¿Pues qué hay en mi nobleza ó en mi hacienda,—exclamó don Miguel,—que no sea bastante para que el condestable se dé por muy satisfecho y muy contento con que yo quiera casarme con su hija?

—Figúrate que pretendes por esposa á la hija de un rey,—contestó maese Retruénica,—y además de eso te advierto que hay alguien, que si te viera casado con doña Clara, podria ser un grande enemigo tuyo, y tal, que diese de través contigo.

—¿Y quién es él?—dijo el corregidor.

—Eso no puedo decírtelo yo ni te lo diré en todos los dias de mi vida, por lo mismo que aunque viejo, aun todavía morir no quiero. Yo te advierto porque estimé mucho á tu padre, y te conozco desde muy pequeño, y te tengo un cierto amor que al de padre se parece.

—Sea como quieras,—dijo don Miguel,—escríbele al condestable, que tal me tiene de amor doña Clara, que sin ella vivir no puedo.

Más que amor, era ambicion lo que el corregidor sentia á causa de Clara.

Escribió al condestable maese Retruénica, enviándole la carta por un correo de confianza, y se encontró á los pocos dias con esta respuesta, escrita, al parecer, con mano trémula:

«No, y á la puerta el enamorado.»

A estas palabras se reducia toda la respuesta del condestable.

Mostrósela al corregidor.

Irritóse éste.

Juró que habia de ser suya doña Clara, y sobre este juramento el zapatero le afirmó que á la primera muestra que diese de asechanza ó de violencia contra doña Clara, armaba una tormenta en Salamanca, y sin pararse en si conoció al anterior corregidor, ni de si le estimó y estimó á sus hijos porque los conoció niños, los quitaba de este mundo á él y á su hermano, y les quemaba la casa, y se la arrasaba y araba el terreno y lo sembraba de sal.

Y como quien verdaderamente mandaba en Salamanca, por la mano que tenia con el condestable, era aquel zapatero del Rincon de Vagos, galeote y perdido, que se llamaba maese Retruénica, y sobre todo, porque con el condestable no

habia quien se atreviese á bromas, don Miguel tuvo paciencia, y tuvo paciencia su hermano, que al fin, teniendo paciencia, se les quitó el empeño por doña Clara, y se entretuvieron como mancebos donde los recibieron, hasta que al fin don Miguel vino á apasionarse con toda la pasion de su alma, de doña María de Monroy, y rechazado por ella, buscó medios para obligarla.

Y este medio fué traidor é infame, como no podia serlo ménos, tratándose del hijo de aquel miserable que habia sido corregidor de Salamanca.

CAPITULO X

De cómo no sufre violencias el amor.

La iglesia de Santo Tomé estaba y está en Salamanca á la derecha de la casa de doña María de Monroy, mediando entre ámbas una calle.

A misa primera iban todos los dias á Santo Tomé, la viuda y sus hijos, y los dias de precepto á misa mayor.

Allí, á poco de estar en Salamanca de vuelta de la córte, conoció don Pedro á doña Retruénica, y verla y prendarse de ella, fué todo junto.

Notó doña María que su hijo miraba con insistencia á la insolente zapatera, que de tal modo á lo dama vestia y entre las damas se metia, y lo que más irritó á doña María, fué el ver que, habiéndose apercibido de que su hijo la miraba,

doña Retruénica de él habia apartado la vista con enojo y altivez, y como despreciándole, cosa que ninguna otra madre hubiera podido sufrir, y que para doña María Monroy fué un motivo de cólera mortal y de ódio, ya por su altivez como noble, que ella no se hubiera cambiado por el rey, ya por el amor delirante que sentia por su hijo, del cual estaba orgullosa.

Apenas á su casa volvieron, doña María manifestó á don Pedro quién era aquella jóven que de tal manera le habia prendado, y concluyó diciendo:

—No creo que necesito prohibirte que ni aun á mirarla vuelvas, porque tu propio decoro te aconsejará de tal manera, que en astío y desden se tornen el amor que, desprevenido, ha podido causarte esa muchacha. Y advierte que no debe ser muy honrada, porque mal puede ganar un zapatero esas ricas galas ataviadas con las cuales tan insolente se muestra.

Enamorado estaba don Pedro, pero las palabras de su madre, el conocimiento de quien era el padre de doña Retruénica, y lo fundado de las sospechas de su madre acerca de la deshonra de la jóven á causa de sus galas, hicieron que don Pedro impusiese silencio á su amor y se retrajese.

Pero aunque se retrajo, y aunque se propuso de aquel amor curarse, lo que consiguió fué em-

peñarse más y más el alma, y hacer su amor más y más voluntarioso.

Estúvose bien un año sacando fuerzas de flaqueza sin buscar á doña Clara, rechazando su recuerdo y viéndola todos los dias de precepto en misa mayor, pero sin mirarla, como si tal mujer no hubiera habido en el mundo, con lo que para ser amado hizo don Pedro lo mejor que hubiera podido pensar y hacer, porque cuando a la misa mayor siguiente á aquella en que se vieron, vió doña Retruénica que don Pedro no la miraba, ántes bien se entretenia en la contemplacion de otras, supuso la verdad, esto es, que le habian dicho quién ella era, (doña Retruénica ignoraba su verdadero orígen) y que por saber quién era, don Pedro la despreciaba.

Irritóse ni más ni ménos que lo que se hubiera irritado en semejante caso otra cualquiera, que la vanidad y la soberbia son, por lo general, el gran flaco de las mujeres, y se propuso castigarle, que acostumbrada estaba doña Retruénica á que los más altos y los más soberbios la rindiesen párias y la importunasen con sus amores.

Continuó todo aquel año don Pedro afectando su indiferencia, sin que ni aun por casualidad volviese su mirada hácia la jóven.

El empeño de ésta se fué convirtiendo, sin que ella pudiese explicárselo, en amor, y en

amor violento, capaz de arrostrar por todo.

Pero la soberbia la impedia humillarse.

Creíase desdeñada y lloraba en silencio.

Pero se mantenia firme, y si indiferente para ella se mostraba don Pedro, más indiferente para con don Pedro ella aparecia.

Al fin, ya bien pasado un año, encontráronse un dia, porque el amor así lo quiso, que no consiente rebeldías prolongadas, las miradas de ámbos jóvenes, y el uno vió en la mirada del otro, que durante un año se habian estado engañando y adorándose en secreto, y alimentando un amor que al fin los vencia.

Alegráronse ambos y revivieron.

Solo se puso en cuidado doña María, que observó lo que pasaba, y al volver á su casa, volvió á la carga con su hijo.

Propúsose éste no mortificar á su madre, y la dijo que en efecto, á causa de la gran hermosura de doña Retruénica habia sentido una contraccion, pero que aquello habia pasado, y él haria no volviese.

Tranquilizóse su madre.

Disimuló don Pedro.

Pero aquella tarde se fué á pasear por el Rincon de Vagos, y á las dos vueltas que dió se abrió la ventana en la casa desvencijada del zapatero, y asomó á ella resplandeciente de amor y de hermosura doña Retruénica.

Y como por ser dia de fiesta el zapatero no estuviese en su banquillo, y apareciese cerrada la puerta de la casa, y apenas sí pasase gente por el Rincon de Vagos, acercóse don Pedro y díjola con la voz trémula de amor:

—Yo he de hablaros y sabré de vos si he de vivir para ser venturoso, ó he de morir por desesperado.

—Venid, pues, esta noche á las doce,—dijo doña Retruénica,—y por esa reja que hay al lado de la puerta os oiré y os diré, y ahora idos, que es lo prudente.

Y mirando con todo el fuego de su alma á don Pedro, y con la sonrisa más gloriosa que ha podido ver un hombre amado, se metió para adentro, y cerró la ventana.

Fuése del Rincon de Vagos don Pedro entre loco y desesperado, que loco le volvia la ventura de la certeza de que era amado, y las grandes dificultades de aquellos amores, le desesperaban.

Veíase además obligado á engañar á su madre.

Y esto le dolia, por que la tenia acostumbrada á que fuese á recojerse á punto que sonaban las ánimas, y no sabia como salir de su casa á la media noche, sino engañando el descuido de su madre.

¿Y cómo habia de faltar á la cita de aquella beldad que ya era dueña de su alma?

Resolvióse pues, pero no sin un gran sufrimiento don Pedro, á salirse recatadamente aquella noche de su casa por el postigo del huerto, y así lo hizo, yéndose al Rincon de Vagos y arrimándose á la reja que junto á la puerta de la casa del zapatero habia.

CAPITULO XI.

Del mal efecto que tuvo para don Pedro Rodriguez y Enriquez su primera conversacion con doña Retruénica.

Apenas hubo llegado y tocado don Pedro á la reja, cuando esta se abrió y apareció en ella doña Retruénica.

La noche era oscura como hemos dicho, y don Pedro se hacia todo ojos por ver á pesar de la oscuridad, la portentosa belleza de la jóven.

Pero si no la veia, aspiraba un perfume delicioso que de ella fluia; el perfume de la juventud, de la vida, del ser conmovido por el amor; ese perfume porticular, irresistible que emana de ciertas mujeres, que es un atractivo más, una fuerza más añadida á la incontrastable fuerza que nace de la hermosura.

—He bajado á hablaros, señor mio,—dijo

doña Retruénica,—por que os amo; ¿á qué he de negároslo? Si yo no os lo confesara, muy poco favor me haria, por que solo por un amor como el que por vos siento, podia yo bajar á estas horas á hablar con un hombre por la reja.

Sí, yo os amo, yo os amo con toda mi alma, con toda mi voluntad; vos sois el primero á quien he amado y sereis el último; y con vos y por vos seré dichosa, y sin vos, moriré.

Encantado por estas razones que habian sido dichas con una vehemencia apasionada, con un acento opaco y ardiente, con una emocion infinita, don Pedro no pudo hablar en algun tiempo, y cuando hizo una demostracion de lo que sentia, esta demostracion fué asir una mano que doña Retruénica tal vez de intento habia puesto en uno de los hierros de la reja, y besarla trasportado bañándola de lágrimas, que de contento lloraba el enamorado mozo, y agonizaba con la más dulce agonía que ha podido sentir un enamorado.

Estaba agitado de tal manera, que temblaba todo, y no parecia sino que el corazon queria arracársele del pecho.

Dejóle ella la besase la mano por algun tiempo, y estrechaba la suya de una manera nerviosa.

Su poderoso aliento se sentia agitado, como dando muestras de la emocion de su alma.

—Reparad, señor mio,—dijo doña Retruénica al retirar su mano de la de don Pedro,—que palabra y mano de esposo me habeis dado.

—Y con ella el alma,—contestó don Pedro enloquecido por su amor, sin acordarse de que Clara era hija de maese Retruénica, y de la formidable oposicion que su madre habia de hacer á aquel casamiento.

—Pues siendo eso así,—dijo doña Clara,—no pudiendo vos dudar de que os amo, que harto claro lo estais viendo, ni pudiendo soñar que yo haya amado á otro por que bien clara está mi vida, y podeis informaros; sin que deje de amaros, por que la pérdida de vuestro amor seria mi muerte, ya sabeis el camino que teneis que andar para que ambos seamos felices, que es corto y fácil. Venid mañana á ver á mi padre y pedidme á él por esposa, que no se negará siendo vos quien sois; y ahora adios, y tened en cuenta que yo no he bajado á la reja sino para deciros esto, y que no volvereis á hablarme hasta que llegue el dichoso momento de nuestra union.

Y sin decir más, cerró la reja, dejando á don Pedro estático y desesperado, porque aquella exigencia de que al dia siguiente la pidiese por esposa á maese Retruénica, habia vuelto de improviso la razon á don Pedro, que por más que amase con toda su alma á Clara, ni aun habia

pensado en casarse con ella, ni supuesto que ella tal pretension tuviese.

Lo que habia pensado sí, don Pedro, era tener unos amores secretos con doña Retruénica, tan secretos, que nadie pudiese conocerlos y considerarla como su esposa para el efecto de no casarse con otra; que tener amores con una villanaun noble, y del gran estado de don Pedro Rodriguez Enriquez y Monroy, era cosa corriente, y que los hijos fuesen reconocidos, y bien criados y honrados.

Todo esto estaba en las buenas costumbres y aun en las leyes.

Pero ¿cómo enlazar las antiguas estirpes de los Rodriguez y Enriquez y de los Monroy, juntas en don Pedro, con la sangre ruin de aquel zapatero de viejo, pícaro, ladron, homicida, marcado con la infamia de los azotes y de las galeras, y en el cual habia algo de la mala sangre, esto es, de judío, segun por Salamanca se murmuraba?

No habia que pensar en esto.

Por desesperado que se viese don Pedro, hubiera sido capaz, antes de casarse con aquella prenda de su alma, de arrojarse sobre la punta de una espada y morir, no pudiendo vivir sin el logro de sus amores.

Estúvose una gran pieza inmóvil al pié de la reja, aturdido, como si le hubiera caido un peso enorme sobre la cabeza.

Suspiró al fin, y echó á andar lentamente, desesperado, anonadado, loco.

Se volvió á su casa.

Entró por el postigo del huerto tan recatadamente como habia salido, entró en su cuarto, y sin quitarse capa, ni espada, ni casco, allí se estuvo sentado en el sillon, con la cabeza inclinada sobre el pecho, abatido, y casi moribundo.

De dia era ya cuando se levantó del sillon, se desnudó, y se metió en la cama para hacer que habia reposado.

Porque todas las mañanas, su amoroso hermano don Juan que ya hacia algun tiempo vivia con su familia, iba á despertarle para llevarlo á dar una vuelta por Salamanca; era un paseo matutino, que tenia por objeto el cazar algunas de las aldeanas que á la ciudad iban con su abasto, ó algunas de las hermosas criadas que concurrian al mercado.

Cosas de jóvenes en que los acompañaban otros de su misma edad, y casi siempre el otro hermano del corregidor.

Apenas se habia metido en el lecho don Pedro, cuando su hermano don Juan abrió la puerta y entró.

Don Pedro se guardó muy bien de decir que no habia descansado ni un momento.

Disimuló.

Sonrió.

Besáronse como de costumbre en las mejillas, y don Pedro, como si hubiera dormido á su placer, se levantó, se vistió, salió con su hermano, se encontraron junto á Santo Tomé al horno del corregidor, y un poco más allá otros cuatro ó cinco amigos, yéndose todos juntos al mercado.

CAPITULO XII

De como don Pedro tuvo razones para enamorarse más y más de doña Clara.

A causa de su gran carácter, puéstose habia don Pedro sobre sí, y por más que le doliese, habia renunciado á la hija del zapatero.

Tan determinada habia dicho doña Retruénica á don Pedro que solamente por medio del matrimonio podian tener buen logro sus amores, que don Pedro no esperaba sacar gran cosa de la seduccion.

A más de esto, le habia hecho contraer sospechas el que doña Retruénica, tan en los principios de su inteligencia con él, hubiese salido con aquello del casamiento y con lo de que no habia de volver á hablarla sino cuando llegase el dia de las bodas.

Podia suceder muy bien que la hija del zapatero no le amase como ella decia, sino que le quisiese para marido por su gran estado y por su gran riqueza.

A la verdad, don Pedro estaba irritado contra Clara por las dificultades en que ella misma le habia puesto, y en lo álgido de su desesperacion, parecióle que habia dominado su amor, que habia rechazado completamente el recuerdo de doña Retruénica, y que en ello habia hecho muy bien, cuya idea pareció como que por el momento le tranquilizaba.

—A otra,—se dijo.

Esto era una locura.

Y como en aquel momento pasase junto á ellos, en una pollina cargada de hortaliza, una aldeana como de diez y ocho á veinte años, morena y de una grande hermosura, aunque un tanto ruda con el perfume campesino que es tan embriagador como otro cualquiera, y mirase á don Pedro, y al verse mirada por el se ruborizase y bajase los ojos y volviese á alzarlos y á mirar á don Pedro y se sonriese, el jóven dijo para sí:

—Aquí tengo la cura de mi enfermedad: un clavo saca otro clavo, y villana por villana, á buen seguro que esta no será hija de un pícaro azotado y curtido en las galeras por ladron, asesino y mal hombre.

Y á la aldeana se fué, y hablándola de tú la requebró, y agarrándose á la carga, entabló conversacion con ella.

Ella empezó primero con medias palabras, y luego siguió en conversacion larga y tendida, hasta que al mercado llegaron.

—Pues he aquí, señor caballero, que habeis de ires,—dijo la aldeana, que ya estaba más que medianamente interesada por don Pedro, saltando de la borrica al suelo,—que aquí voy á ponerme á vender mis verduras, y no querrais que de vos se burlen los de la ciudad que á comprar mis coles vengan, viéndoos tan gallardo y con tantas galas en el puesto de una pobre campesina.

—¿Y cuánto valen las coles que traes, hermosa?—la preguntó don Pedro.

—¿Por qué quereis saberlo?—dijo sonriendo con una graciosa malicia la muchacha.

—Por saber si tardarás mucho en tu venta.

—Pues á maravedí por col, ya podeis echar la cuenta, que si vinieren veinticinco coles será todo lo del mundo.

Las coles eran enormes.

—Ea,—dijo don Pedro,—pues toma un escudo, que yo te las compro.

La muchacha, que como aldeana era interesada, porque nadie estima más el dinero que aquel que le arranca á fuerza de sudores de la tierra, tomó el escudo y dijo á don Pedro:

—¿Y dónde las echo, señor caballero!

—Echalas ahí en el suelo, que no faltará quien se las lleve, y vente á almorzar conmigo á la hostería del mercado.

—Lo de echar las coles en el suelo, vaya que mejor seria llevárselas á los niños de la doctrina; pero lo de ir á almorzar con vuestra merced ya es otra cosa, que no estoy yo acostumbrada á almorzar como los caballeros, y el almuerzo me podria hacer daño.

A todo esto, habia volcado en el suelo las coles y habia vuelto á montar en su borrica y á arrearla, con la intencion manifiesta de volverse á su aldea.

Los acompañantes de don Pedro se habian apartado, dejándole seguir en libertad en su aventura en el momento en que habia entablado conversacion con la aldeana.

La horadez y la pureza que se desprendian de aquella muchacha, y su dignidad empeñaron á don Pedro, y echando mano á la jáquima de la borrica, la volvió hácia la puerta de la hostería que no estaba distante.

—Mire, señor caballero,—dijo la aldeana, ya con sobreceño,—que no es el camino tan andadero como vuesa merced piensa á lo que veo, y que con esas licencias que se toma, me ofende, que cada cual, por pobre que sea, tiene su alma en su almario, su honra y su vergüenza. Suelte

vuesa merced la borrica, y ya que me ha hecho la caridad del escudo que me ha dado, déjeme volverme á mi casa, ó tome su escudo, si con alguna deshonesta intencion me lo dió, y vamos andando. Y mire vuesa merced que si la borrica no deja, llamo á un alguacil y de él me amparo, que no porque seamos villanos hemos de estar á la merced de los señores, y á qué quieres boca para ellos.

—La borrica suelto,—dijo don Pedro,—no por miedo al alguacil, sino por no enojarte. Pero dime, por tu vida, niña, ¿es que tienes amores en la aldea, y por ellos no quieres los amores mios?

—Pudiera tenerlos, que como moscas á la miel á mí vienen los mozos del lugar, y aun los hidalgos; pero amor no sentí todavía, y yo digo que oir amores de quien no se quiere es gastar el tiempo en balde, y dar esperanzas que no han de cumplirse y que pueden traer inconvenientes.

—¿Y si yo te dijera que estoy muerto por tus ojos?

—Vaya, señor caballero, que eso no puede ser,—dijo la muchacha bajando los ojos y poniéndose encendida como una guinda,—y déjeme en paz que es una heregía que me troqueis esta vida que traigo yo tan contenta y tan descuidada en congojas y zozobras, y quédese con Dios vuesa merced, y nunca yo á verle vuelva.

Estas últimas palabras tales como fueron pronunciadas, eran la declaracion de amor más inocente y más tentador que podia darse.

Don Pedro estaba despechado, y á puro despecho se creia curado del amor de doña Retrónica.

Pero el ánsia que en él, sin que él de ello se diese cuenta, mordia, le hacia desear inconscientemente algo que la calmase.

La aldeana era una flor campestre.

Peinada y vestida como una dama, hubiera estado admirable.

Don Pedro se iba sintiendo más y más ganado por una tentacion. y ya lo hemos dicho, los caballeros de aquel tiempo, por caballeros que fuesen, consideraban á las villanas como cosa que se debia tomar y dejar sin escrúpulo alguno de conciencia.

Las villanas, por su parte, tal era la costumbre, se sentian orgullosas cuando un caballero las pretendia.

Insistió don Pedro, rogó, prometió.

La muchacha se defendió, pero perdiendo rápidamente terreno, y al fin se la llevó á la hostería, no sin grande envidia de sus amigos, que se dispersaron, dejando á don Pedro entregado á su buena fortuna.

A más del hermano y de los amigos de don Pedro, habia sido testigo de la rápida conquista

de la aldeana, un hombre que no lejos de la jóven estaba en la tabla de un carnicero haciendo una buena provision como para una casa grande.

Este hombre era maese Retruénica, y hay que decir que estaba en antecedentes.

La noche anterior Clara le habia dicho:

—Padre, yo no quiero que podais decir jamás que vuestra hija ha hecho nada que pueda traer grandes consecuencias sin que vos lo sepais.

Habeis de saber, que hace más de un año desde que nos conocimos un dia en misa mayor en Santo Tomé, aunque sin mirarnos á caso hecho, y sin dar ninguno de los dos muestras de lo que por nosotros pasaba, nos estamos queriendo don Pedro Rodriguez y Enriquez y yo; él triste y apesarado por que no me hablaba, y yo melancólica y malcontenta por que no venia á hablarme, y esta tarde delante de la casa á pasear se ha puesto, y yo he abierto la ventana, y él me ha hablado, y yo le he dicho que venga á hablarme esta noche á las doce por la reja.

—Gran persona es don Pedro Rodriguez y Enriquez,—dijo profundamente el zapatero,—y aunque hijo de un enemigo del condestable, no creo haya grandes inconvenientes.

Y al decir esto, pensaba el zapatero en el

condestable, y deducia que por la gran nobleza y la gran riqueza de don Pedro y sus buenas prendas, el condestable no le negaria la mano de doña Clara, como se la negó al corregidor, á pesar de que de su bando era.

—Hablarle puedes,—continuó el zapatero,—pero brevemente y por una sola vez, que no sabemos las intenciones con que don Pedro viene, y podria suceder te diese motivo para que le despreciases; por el buen camino ha de llegar á tí quien te busque, y así dile que á hablarme venga, que si él me habla, tales cosas le diré yo, que si te quiere como ciento te querrá como mil.

Doña Retruénica habia seguido segun se ha visto, los consejos del zapatero.

Este, pues, no pudo ménos de extrañar el ver á don Pedro metido en una aventura de amores á las pocas horas de haber solicitado á doña Retruénica, y supuso lo que no podia ménos de suponer, y era que Clara valia sobre poco más ó ménos para don Pedro, lo que la aldeana, á la cual habia logrado al fin meter en una hostería.

Fuése con su provision á su casa el zapatero.

Dejóla á la cocinera, y como doña Retruénica se trataba á lo dama y por ello se levantaba tarde, en vez de ponerse en el banquillo el zapa-

tero, se volvió á rondar la hostería, y vió que á las dos horas salian de ella muy trocados de como entraron, don Pedro y la aldeana.

Ella iba triste y conmovida y le miraba de una manera ansiosa, y él no parecia ni con mucho tan empeñado como antes, que más bien parecia que se hacia fuerza para mostrarse enamorado.

Al fin poco más allá de la salida del mercado, la aldeana montó en su borrica y partió, y don Pedro tomó el camino de su casa.

Pasaba á la sazon un muchacho desarrapado, liado en una media capilla, con las piernas desnudas y descalzos los piés, y una caperuza grasienta agujereada por lo alto.

Maese Retruénica, que conocia toda la canalla de Salamanca, llamó al muchacho, y le dijo:

—Toma estos cuatro reales con los cuales puedes pasar un buen dia, y sigue á aquella aldeana que va en aquella borrica, sin que ella conozca que la sigues, hasta que llegue á su pueblo, que debe ser cerca, y en el pueblo con maña y con arte averigua quién esa aldeana sea.

Partió el muchacho, contentísimo por los cuatro reales que habia recibido, y maese Retruénica se volvió á su casa, se puso en su banquillo, y echó sus cuentas.

—Bien puede suceder,—dijo,—que don Pe-

dro esté perdido de amores por doña Clara y que sin embargo no le sea desagradable el entretenerse con las aldeanas, que para estos señores ha hecho Dios el mundo; doña Clara está loca de amores por don Pedro, que harto se la conoce, y es necesario ser prudente y ahorrarla amarguras, y ante todo no partir de ligero, que puede suceder muy bien que don Pedro á verme venga y á hablarme de ella, y á pedírmela, aunque para mujer legítima no sea, que tal vez él puede creer que por su mucha riqueza y su gran valía, la que pasa por mi hija podía yo darle por manceba. Si muy enamorado le veo diréle quién ella es, y mucho será que se pare en lo de la bastardía tratándose de una hija del Condestable. Esperemos, en fin, que si pasado mediodía á verme no viene, yo haré lo que debo hacer, que no quiero yo que mañana el condestable me pida cuentas de su hija y no pueda yo dárselas.

Siguió en su banquillo el zapatero hasta la hora del almuerzo, y se encontró con que doña Clara estaba tan pálida y tan ojerosa, que harta claro se comprendía que el amor y la ansiedad lo habían desvelado.

Nada la dijo el zapatero, ni nada le dijo ella.

Acabado el almuerzo, volvióse maese Retruénica á su banquillo, y ya cerca del mediodía se

le presentó el muchacho que habia enviado en seguimiento de la aldeana.

Era huérfana de padre.

Tenia madre, ciega y enferma.

Labraba ella misma un huertecillo, con cuyos productos vivia miserablemente con su madre, y tenia tal fama de honrada, que decian los del pueblo que á montones se la habia puesto el oro por delante y le habia despreciado.

La llamaban en el lugar la *Hermosa*, y no la conocian por otro nombre.

Dijo además el pícaro que cuando él andaba en estas averiguaciones, habia llegado al pueblo, ginete en un poderoso caballo, don Pedro Rodriguez y Enriquez.

Que don Pedro llevaba tras sí una gran litera con mulas, en la que cabian bien dos personas, y dos mozos de espuela.

Que habian ido á la casa de la *Hermosa*.

Que habia estado allí como media hora, y que al cabo, la jóven y la madre habian salido llevando la madre un cesto y un envoltorio de ropa, que uno de los del pueblo se habia entregado de la casa, que las dos se habian metido en la litera, y don Pedro con ellas se habia salido del pueblo.

—Amancebado le tenemos,—dijo para sí maese Retruénica,—y no creo yo que lo haga muy á su buen placer, que como arrepentido

parecia cuando salia de la hostería con ella, pero á lo que parece, como hidalgo paga una deuda: en fin, veremos.

Y añadió alto:

—¿Y nada averiguaste en el pueblo de lo que se decia ó no se decia por haberse venido la *Hermosa* y su madre con don Pedro á Salamanca?

—No tuve que preguntar,—dijo el muchacho,—porque en la taberna donde á almorzar me metí, todos hablaban del suceso, y decian que el caballero aquel era sobrino de un canónigo, y que á servir á una parienta del canónigo iba la *Hermosa* y con su madre, que de otra manera no hubiera podido ser.

Y á todo esto se cruzaban malicias, y habia quien decia:

—»No es mala parienta de canónigo aquella á quien va á servir la *Hermosa*.

Ya sabeis, los villanos son la malicia andando, y no ha de haber motivo para que murmuren y murmurarán, y deshonrarán á su abuela.

Dió maese Retruénica otro real al pícaro, y este se fué dando zapatetas.

Esperó con muy poca esperanza el zapatero á don Pedro.

Ya á la siesta, viendo que don Pedro no parecia, subió al aposento de doña Clara y la dijo

—Un recado me ha enviado don Pedro para que vaya á verle á su casa, y aunque él venir debiera, no quiero reparar en esto y allá voy.

Nada dijo doña Clara, y maese Retruénica se salió de su casa, y lo primero que hizo fué irse á la catedral y preguntar á un pertiguero quién fuese el canónigo que tenia una parienta con la cual no vivia.

Díjole el pertiguero, que el canónigo Gil Gutierrez tenia una tia beata, que vivia frente al convento de Santa María y San Damian, y que se llamaba doña Beatriz, que vivia sola en su solo cabo y con olor de santidad.

Fuése á la casa de la beata maese Retruénica.

Llamó y á abrir la puerta salió una vieja acartonada, que olia á bruja de una manera terrible.

—¿Y qué se le ofrece?—dijo con acento ágrio aquella especie de arpía con tocas.

—Creo que los dos somos del oficio, y yo no sé como no nos conocemos,—dijo maese Retruénica entrándose de rondon.

—¿De qué oficio habla el hombre, que no le entiendo?—dijo doña Beatriz.

—Del que teneis, y que debe ser muy sin noticia del canónigo, vuestro pariente.

—Váyase enhoramala á la calle,—exclamó la vieja,—que quien así tan adentro de mi casa se

mete, y sin conocerle yo, no puede venir con buenas intenciones.

—Mire no le cuente yo al corregidor quién es y lo que hace, que con el corregidor tengo yo mucha mano, y á pesar de ser parienta de canónigo, salga por esas calles á la vergüenza con pluma sin ser gallina.

Amansóse un tanto la vieja

Cerró la puerta y dijo á maese Retruénica,

—Véngase á este aposentillo, que la casa es pequeña, y hay en ella persona que no hay necesidad de que nos oiga.

Y entróse en un cuartucho que en un rincon del patio junto al zaguan habia.

Sentáronse en dos malas sillas, y maese Retruénica la dijo:

—¿De qué conoceis vos á don Pedro Rodriguez y Enriquez?

—En mi vida le habia visto,—contestó doña Beatriz,—ni podia conocerle, porque yo conozco á tan poca gente, que fuera de las monjas de Santa María mis vecinas, y las otras vecinas de al lado y algunos pocos amigos y amigas, á ninguno más conozco, ni á ninguna parte voy.

—Eso importa poco con tal de que vengan á vuestra casa,—dijo maese Retruénica;—y aunque no sean más que aquellos que necesitan untos

y brujerías, vuestros conocimientos, paréceme á mí que han de ser largos.

—Yo no sé á qué viene todo eso,—dijo con impaciencia doña Beatriz,—y todavía estoy esperando á que me digais por qué y á qué sois venido.

—Decidme, pues, lo que sepais acerca de una aldeana que en vuestra casa habeis recibido con su madre ciega y enferma.

—Pues nada,—dijo doña Beatriz,—cosas del mundo. Esta mañana como á las nueve, vino una doncella conocida mia á decirme que un señor necesitaba hablarme y que estaba esperando, y que ella era conocida de uno de los amigos de aquel señor, y que la habian buscado para que á hablarme viniese.

Como no está bien ni conviene hacer afear á los señores, recibíle, y él me dijo que tenia deudas de amor con una villana del lugar de Villamayor, y que era menester que yo me prestase á tenerla en mi casa con color de criada, para que en el pueblo no murmurasen de ella.

Y regalóme y convencióme.

Y yo, por hacer una obra de caridad á esa pobre, recibíla. Y esto es todo, y no ereo yo que en ello haya nada que le importe tres ardites al señor corregidor ni á nadie, que si es que el señor corregidor en algo se interesa por esa jóven, ya se buscará medio, y no tardando, para que

pueda verla sin que el otro señor se aperciba. Y pues que somos del mismo oficio, segun me habeis dicho, estemos en paz y ayudémonos.

Maese Retruénica sabia ya lo que tenia que saber, esto es, que amancebado estaba don Pedro, y tenia la manceba en Salamanca.

Y como era ya la hora en que don Pedro hubiera dormido la siesta, despues de la cual á la calle saldria, se fué á esperarle cerca de su casa, y cuando salió con su hermano, acercóse á él y le dijo:

—Hacedme la merced, señor don Pedro, de apartaros un espacio conmigo que tengo que hablaros, y si os parece, aquí en el átrio de Santo Tomé podemos hablar sin testigos.

Dijo don Pedro á su hermano le esperase en la plaza, que él allí iria, y entróse en el átrio de Santo Tomé con maese Retruénica, apresurándose á decirle:

—Yo no he ido á veros, aunque á vuestra hija se lo prometí, por lo que podeis entender muy bien.

—Sí es cierto, señor don Pedro,—dijo tranquilamente maese Retruénica,—la hija de un galeote, de un azotado, no puede buenamente ser la esposa de un tal caballero con vos; manceba ya es otra cosa; un hombre tan rico como vuesa merced puede tener hermosas mancebas á docenas.

—Pues mira no te tienda yo la mano por la licencia que te tomas en insolentarte conmigo.

—Tenderáme vuesa merced la mano,—dijo maese Retruénica,—y yo lo aguantaré, que más dura era penca del otro, y la aguanté como un hombre, sin dar un grito, y por dos veces. Pero como aquí no se trata de mí, sino de doña Clara, si vuesa merced sigue adelante con su empeño, y porque ella esté enamorada á algun mal propósito la lleva, mire vuesa merced que pueden tenderle la mano de tan alto, que no tenga lugar de sentir el golpe, porque al recibirle se quede en el sitio. Y no lo digo esto en son de amenaza, sino porque basta que doña Clara ame á vuesa merced, para que yo por vuesa merced me interese.

Escuchaba, confundido por la cólera, á maese Retruénica don Pedro, que no comprendia que el zapatero pudiese atreverse á tanto, aunque sabia que era un maton, un pendenciero un asesino, el caudillo de todos los pícaros de Salamanca, y que el corregidor le protegia porque contaba con él para servir al condestable.

—Porque sé,—continuó maese Retruénica,—que vuesa merced es un caballero de los buenos, y que un secreto que se le diga ha de guardarle, para que vuesa merced sepa lo que ha de

hacerse, y si está enamorado, como yo lo creo, hasta las entrañas de doña Clara, se aliente y no se desespere, voy á decirle quién doña Clara es, que si fuera hija mia, ni vestiria galas de dama, ni como dama se trataria, ni yo dejaria de mirarme muy honrado con que vuestra merced la quisiese por manceba.

—¡Que no es hija vuestra!—exclamó don Pedro.

—No, dijo maese Retruénica,—porque yo no soy el muy temido, muy alto y muy magnífico señor condestable de Castilla don Alvaro de Luna.

El zapatero pronunció estas palabras con voz sorda que parecia imponer el secreto, y un secreto profundísimo.

Aturdióse don Pedro.

Los oidos le zumbaron.

Se llevó la mano sobre el corazon.

Miró luego anhelante á maese Retruénica, y le dijo:

—¡Que es hija esa señora del condestable! ¿hija bastarda, sin duda?

—Pero reconocida, aunque secretamente,—dijo maese Retruénica.

—¡Y en vuestras manos la puso!

—Como dama se trata, como dama vive, crianza de dama se la ha dado, y cuando ella se case, que no se casará sino á gusto de su padre,

se descorrerá el velo, y muy poco importará que la haya guardado maese Retruénica, y cuando se vea quién es y de donde viene.

—No sé si me habeis dado la vida ó si habeis acabado de matarme, que mirad, maese Retruénica, que despues de Dios, lo que más amo en este mundo es la que yo creia vuestra hija, y no digo que la amo más que á mi madre porque son dos amores tan diferentes, que no se estorban

—¿Pero la amais lo bastante,—dijo maese Retruénica,—para casaros con ella, aunque no lo quiera vuestra madre?

—Antes que dar yo un disgusto á mi madre moriria,—contestó don Pedro.

—Pues entonces no hablemos más. No os digo que hicisteis mal en requerir de amores á doña Clara porque mi hija la creiais, y nada de extraño tiene que creyéndola mi hija, creyérais que ella y yo habíamos de darnos por muy contentos y aun creernos muy honrados con que vos la quisiérais; pero debo hablar muy en verdad, señor don Pedro; ella está loca por vos, y yo creo que vos por ella estais loco, á pesar de esa aldeana que os habeis traido á Salamanca.

—¡Por desesperacion de mis amores!—exclamó desolado don Pedro.

—Así lo creo, y me dais compasion,—dijo maese Retruénica.—Pero como ya sabeis que do-

ña Clara de Luna es quien es, yo espero seais tan hidalgo y tan prudente como es menester lo seais, y que os aparteis de ocasiones que pudieran traer grandes desdichas; que bien sé yo que vuestra altiva madre no pasará por lo bastarda de doña Clara, ni podria pasar ni pasaria aunque doña Clara fuese la bastarda de un rey. Dejad, que jóvenes sois, y lo que ella ha de amar lo ha amado ya. Esperad, que quién sabe.

Se puso pálido y tembló don Pedro.

Miró con una expresion de muerte á maese Retruénica, y le dijo.

—Vos sois un mal hombre y un asesino; pedid á Dios que mi madre no muera, porque podria suceder que yo creyera la habiais emponzoñado, y vive Dios, que en vez de casarme con doña Clara, os haria desposaros con la muerte.

—Pues yo os digo á mi vez,—exclamó maese Retruénica,—que como saqueis de quicio, prevaliéndoos de la locura con que os ama, á doña Clara, el desposado con la muerte lo sereis vos, sin que os valga ni el asiros al manto de la Vírgen, y acabemos; Dios ó el diablo no quieren que ni el uno ni el otro seais felices. Culpa es de esto la soberbia de vuestra madre; y pues que vos la amais tanto que por no disgustarla la desventura de doña Clara y la vuestra labrais, sed noble y leal, y ya que por vos la ventura

pierde, que no pierda la honra, ni tenga el dolor de lloraros muerto. Yo haré lo que hacer debo. Esperadme aquí dentro de cuatro dias á esta misma hora, que yo os diré.

Y maese Retruénica se fué dejando aturdido á don Pedro Rodriguez y Enriquez.

CAPITULO XIII

De como se iban enmarañando los sucesos.

Fuése á su casa maese Retruénica y á doña Clara presentóse, no triste y mohino, sino alegre en la apariencia, y de tal manera, qne engañada doña Clara, sonrió de felicidad al verle.

—¿Qué os ha dicho?—exclamó ansiosa.

—¿Qué habia de decirme?—exclamó maese Retruénica,—sino pedirme encarecidamente la felicidad de hacerte su esposa.

—¡Oh Dios mio!—exclamó doña Clara llevándose la mano sobre el corazon.

Y faltándola las fuerzas, fué á sentarse sobre un sillon.

Llegaba un momento de prueba para maese Retruénica.

Doña Clara se creia su hija.

Así, pues, doña Clara no debia pensar en dificultades para su casamiento inmediato con don Pedro.

Este casamiento no podia ser, ni Retruénica queria que Clara se sintiese desdeñada por doña María de Monroy, y á causa de ella, imposibilitada de ser esposa del hombre á quien tanto amaba.

Era necesario buscar un vado, y no habia otro que revelar á doña Clara la verdad de su orígen.

—El casamiento se haria muy en breve, mañana; pero no puede hacerse tan pronto,—dijo maese Retruénica,—por que se necesita el consentimiento de alguien.

—¡Ah! ya sé,—dijo doña Clara levantando la cabeza con altivez.—El consentimiento de la orgullosa doña María de Monroy, de la rica-hembra de solar, de la diosa.

—No ciertamente; la rica hembra de solar como tu la llamas, y no sin razon, que infanzon de solar era su marido, é infanzon de solar fué su padre, ama tanto á su hijo, que por no verle desventurado cerraria los ojos á mi tirapié, y á mis azotes y á mis galeras.—Pero se necesita la licencia de alguien que es por lo ménos tan altivo y tan soberbio como doña María de Monroy, y que mucho más que doña María puede.

—¿Y quién es esa persona?

—El magnífico condestable don Alvaro de Luna,—dijo maese Retruénica.

—¿Y qué tiene que ver conmigo el señor condestable?—preguntó doña Clara.—¡Ah! sí, pero si no tiene que ver conmigo, tiene sin duda que ver con doña María de Monroy, ó ha tenido.

—Si se conocieran, bien pudiera ser que su señoría hubiese querido tener que ver con la hermosa doña María; pero no se conocen.

—¿Por qué, pues, entonces se nececita la licencia del condestable?—dijo doña Clara alentando apenas porque empezaba á adivinar.

—Las grandes noticias que pueden alterarnos gravemente, deben recibirse de una vez,—dijo maese Retruénica.—El muy alto, muy poderoso y muy magnífico señor condestable de Castilla don Alvaro de Luna, es tu padre.

—¡Que es mi padre ese poderoso señor!—dijo Clara levántandose de una manera violenta,—¡que vos no sois mi padre! ¡oh Dios mio! Yo no sé que mal os he hecho para que me hayais dado tan de improviso un tan insoportable golpe. ¡Ah! ¡yo hija del condestable! ¡yo noble, yo grande, yo infanzona! Sí, tan infanzona como doña María de Monroy, como su hijo don Pedro, sí, porque aunque yo sea hija bastarda, una hija bastarda del poderoso condestable, vale tanto como una infanta.

—¿Y quién lo duda, hija mia, quién lo duda?—exclamó maese Retruénica,—tu estás, aunque secretamente, reconocida; el dia en que te cases se publicará el secreto; te reconocerá tu padre, pero para que te cases, es necesario que el señor condestable dé su consentimiento.

—Pues bien, id, id, decidle que yo muero de amor; que yo no vivo, que yo no quiero vivir sin su amor; que no me niegue mi ventura, porque si me la niega, yo no sé lo que haré.

Asustóse mucho más maese Retruénica, y maldijo la hora en que el condestable le habia hecho aquel peligroso depósito.

—Yo iré á ver á tu padre, hija mia,—la dijo;—entretanto, silencio, mucho silencio; tu no sabes nada

—¿Y cuándo vais á partir?—exclamó doña Clara.

—Esta misma noche,—contestó maese Retruénica,—alquilaré un caballo, le echaré encima las bardas, me pondré el viejo arnés arrumbado, que no pensaba volver á ponerme, y mañana al medio dia estaré en Valladolid.

En efecto, aquella noche recomendando una gran prudencia á doña Clara, partió para Valladolid maese Retruénica

La situacion se habia hecho muy difícil, atendido el estado de locura amorosa á que ha-

bia llegado doña Clara, y el zapatero no se atrevia á afrontar la enorme responsabilidad que tenia sobre sí.

Iba, pues á declinarla, avisando de lo que sucedia al condestable.

CAPITULO XIV

De como el que tiene que guardar una mujer enamorada no debe ausentarse ni perderla de vista.

Apenas delante de su casa, con asombro de los vecinos, habia cabalgado armado de todas armas maese Retruénica, y partido, cuando á pesar de lo prudente que doña Clara habia prometido ser, aprovechando la ocasion, se agarró á doña Toda, su dueña, y la dijo:

—Os daré un rosario de oro y corales, y todo lo que querais si me servís.

—¿Y para qué me ha hecho á mí Dios, más que para serviros?—dijo doña Toda.

—Pues mirad, os vais á ir ahora mismo á la casa de doña María de Monroy, que está junto á Santo Tomé, una casa grande, muy noble.

—Sí, sí, ya sé—dijo doña Toda;—una casa que tiene la puerta de arco y encima un balcon y en los lados del balcon dos piedras de armas y otras piedras de armas encima con corona de infanzon.

—Sí, sí, eso es,—dijo doña Clara.—Id y haced de manera que hableis á don Pedro sin que se aperciban, y decidle que le espero á la media noche para hablar por la reja.

Fuése doña Toda armada de mongil y camándula, y con las apariencias de la dueña más honrada del mundo, bien es verdad que nadie creia honradas á las dueñas, y llegándose á Santo Tomé metióse en la iglesia, y luego en la sacristía, y echó mano de un monaguillo, al que dió dos maravedís, con la condicion de que se fuese á casa de don Pedro Rodriguez y Enriquez y hiciese por verle, y le dijese que una honrada dueña, para un asunto en que mucho le iba á don Pedro, le esperaba en la iglesia de Santo Tomé.

Desempeñó de tal manera el monago su comision, que no habian pasado diez minutos, cuando don Pedro se entró por la iglesia, y viéndole la dueña echóse afuera, y en la misma cancela le dió el recado de doña Clara, por el cual se le llenó el alma de alegría á don Pedro y aseguró á la dueña que á la media noche en punto estaria junto á la reja de la casa del za-

patero, y la despidió regalándola una docena de escudos de oro y un cintillo que valia por lo ménos ciento.

Volvióse la dueña, y llevó la alegría á doña Clara con la respuesta de don Pedro.

Este, cuando llegó la hora, se vistió lo más galantemente posible, que él no sabia si más allá de la reja pasaria, que los enamorados adelantan los discursos hasta allí á donde alcanza su deseo, y armándose bien por lo que pudiera acontecer, salióse recatadamente de su casa por el postigo del huerto, y se fué al Rincon de Vagos y á la reja de la casa del zapatero.

CAPITULO XV

En que se ve que la dueña doña Toda tuvo motivos para asombrarse.

Esperando estaba, sin duda, de la parte de adentro doña Clara, porque no fué necesario que don Pedro tocase á las maderas de la reja, pues habiendo oido sin duda sus pasos, doña Clara abrió las maderas en el punto en que á la reja se acercó don Pedro.

—Vos direis lo que querais de mí,—le dijo doña Clara,—y siento mucho que el haberos buscado yo sea parte para que no me estimeis en tanto como me estimábais. Yo os dije que no volveria á hablaros hasta que estuviéseis á punto de ser mi esposo. Pero á mi padre habeis llamado, por esposa me habeis pedido á él, dificultades han asomado, desventuras nos ame-

nazan, grandes novedades han sobrevenido, y yo he necesitado de todo punto hablaros, y para no faltar á lo que habia dicho, dígoos que ya por mi esposo y señor os tengo, y vuestra esclava soy, y cuanto me mandáreis otro tanto obedeceré. Así es que cumplo con lo que os habia dicho y me habia propuesto, y con mi amor y con mi alma, porque mi alma es toda amor para vos.

No estuvo demás que doña Clara dijese á don Pedro que él habia llamado al zapatero para pedirle que con su hija queria casarse; que si doña Clara no hubiera dicho esto, tal vez á la conversacion hubiera salido la verdad, que hubiera disgustado grandemente á doña Clara y la hubiera hecho cambiar de propósito.

Con las alas que con lo que acababa de decir doña Clara habia dado á don Pedro, este la asió las manos, se las besó, metió un brazo por la reja, atrajo á sí la hermosa cabeza de doña Clara, la besó gimiendo en la boca, y se atosigó de tal manera, que le acometió una como congoja, tembló todo, se cubrió de sudor frio, y hubo de agarrarse á los hierros de la reja para no caer, que fuego habia aspirado en la fresca y fragante boca de doña Clara, y con tal fuego y tan intensamente delicioso, que creyó que de felicidad habia llegado á su última hora.

Y como ella le viese de tal manera acongo-

jado y traspuesto, asustóse, y yéndose á la puerta que inmediata estaba, porque la reja daba al zaguan, abrió violentamente la puerta, porque el amor la habia vuelto loca, y asiendo de don Pedro le metió para adentro, y cerró y llamó á grandes voces á doña Toda, importándole muy poco que los otros domésticos la oyesen ó no, porque ella pensaba limpiamente, y por otra parte estaba resuelta á soportar todo lo que la pudiese sobrevenir por don Pedro.

Este estaba mal repuesto aun del desmayo que le habia acometido, y se habia sentado al pié de las escaleras.

El delirio de amor de doña Clara crecia al ver el mortal efecto que los primeros favores de su amor habian causado en su enamorado.

Doña Toda, que no se habia recogido, sino que en el piso alto velaba esperando á lo que su señora la mandase, al ver el ahinco con que ésta la llamaba, acudió presurosa con una luz.

Entonces se vió que don Pedro estaba pálido como un muerto, y anhelante, y que miraba á doña Clara como si ella hubiese sido su alma y su vida.

—En buenas trabacuentas nos metemos,—dijo doña Toda al ver dentro de la casa á don Pedro,—y quiera Dios que esto no salga por donde á nadie nos convenga, que cuando el se-

ñor Cristóbal vuelva y se aperciba, tal puede acontecer, que solo de suponerlo se me despega á mí la carne de los huesos.

—Mi esposo es don Pedro,—dijo doña Clara,—y como á esposo he de mirarle y obedecerle, y dejaos de temores, doña Toda, que si el señor Cristóbal cuando vuelva se apercibe, valor tengo para arrostrar todo el mal que sobrevenirme pueda. Y á más, que si vos me ayudais como os conviene ayudarme, no habrá medio de que nadie se aperciba de nada, y esposa por ante Dios y secreta seré de este amado señor mio, hasta que Dios quiera que ante los hombres lo sea. Y no tardará eso, porque si el señor Cristóbal se ha ausentado ha sido para buscar la licencia de quien tiene poder y derecho para ello, y con la licencia volverá y el secreto habrá durado muy poco tiempo.

Asombróse doña Toda al ver que doña Clara no llamaba al zapatero su padre, sino señor Cristóbal, y don Pedro, á quien se le iba pasando el paroxismo, se comia con los ojos á la hermosísima doña Clara, y la dejaba ver en su mirada y en su semblante y en la alteracion de su boca entreabierta, un amor que acababa de enloquecerla.

—Un cocimiento vais á hacer al instantante de yerba-luisa y ruibarbo,—dijo doña Clara á doña Toda,—que esto es bueno para los vérti-

gos, y no tardeis, y vos asios á mi brazo, señor de mi alma, y venid á mi aposento, que allí estareis mejor.

—No hay necesidad de cocimientos,—dijo don Pedro levantándose,—que la turbacion y el ansia que en mí ha causado el decirme vos que sois mi esposa, ya han pasado, y con más vida que la que tenia, del desmayo he vuelto; y os digo que si vos por mi lo arrostrais todo, yo todo por vos lo arrostro, y no habrá cosa que impida el que cuando vuestro padre vuelva os lleve yo al altar ante todo el mundo, para que todo el mundo me envidie la felicidad de poseeros.

Y así diciendo, don Pedro, asido de la mano de doña Clara, subió con ella por las fementidas escaleras, yendo detrás la dueña, que en aquellos momentos se encontraba en el lleno de todas sus funciones naturales; que dueña que en semejantes trapisondas no anda de contínuo y mereciendo siempre una paliza hasta el rompimiento de los huesos, no es dueña, ó es dueña en desuso ó jubilada, que Dios ha hecho todos los bichos, así los buenos como los malos, para su efecto.

Metióse doña Clara ébria de amor con su adorado don Pedro en su aposento, y la discreta dueña en la puerta detúvose.

Volvióse á ella doña Clara y la dijo:

—Id doña Toda, y ved si los otros se han apercibido de algo, y si se han apercibido, de vuestra cuenta corre que callen, y no os andeis corta en las promesas; que regalos tendrán tales, que les importe guardar el secreto, y para que yo esté tranquila volved y decidme si están dormidos ó despiertos, que yo atribulada por ver como mi don Pedro estaba, he gritado para llamaros más de lo que hubiera debido.

Fuése la dueña, y como el enamorado don Pedro cogiese en sus brazos á doña Clara y la estrechase en ellos, y uniese su rostro al suyo, doña Clara le separó de sí suavemente, y le dijo encendido de rubor el bello semblante:

—Vuestra esposa soy, ya os lo he dicho; en ello me afirmo, vuestra esclava, me confieso, que de tal manera os amo, que en mí no hay otro deseo ni otra voluntad que lo que vos desearéis y quisiereis; vos me amais al tanto de lo que yo os amo; por esposa me aceptais, y esto hace que yo sea para vos una prenda tal, que debeis querer que sobre esta prenda no caiga una mancha. Y ved, señor mio, que la resolucion de estas cosas no ha de ser larga, y dejadme mi honra, que si vuestra soy antes de que Dios nuestra union bendiga, aunque el mundo no conociere mi deshonra, la conocereis vos, y eso tal vez en vos arguya el menosprecio de mí, y yo no quiero que me menospreciéis, ni que podais

acordaros de que por el exceso de mi amor yo no he mirado la limpieza de mi vida, y tal vez podria acontecer que creyérais que no de enamorada, sino de liviana, os habia abierto mis brazos y vuestra hubiera sido antes que Dios y los hombres os hubiesen dado mi posesion legítima.

—¿Qué podeis vos querer, señora,—dijo don Pedro,—que yo tambien no quiera, ni cómo he de dejar yo de mirar por vuestra honra, que es mi honra? que si entre mis brazos os he estrechado, y el amor he libado ansioso en vuestra boca, fuerza invencible del amor ha sido, y no premeditacion mia. Y estad tranquila, señora de mi alma, que de aquí en adelante me hallareis tan respetuoso como á la honra de los dos conviene.

Sobrevino á este punto doña Toda diciendo que los otros, es decir, las dos doncellas, la cocinera y el rodrigon, dormian como postes, y que ella habia cerrado dos puertas, y que por lo tanto era imposible que aun que se despertasen y se levantasen, de nada se apercibiesen.

—Pues entonces, doña Toda,—dijo doña Clara,—traednos la cena, que en verdad esta va á ser la mejor cena que he hecho en toda mi vida.

Se veia claro en esto que la enamorada doncella se habia resuelto á meter en la casa á su

enamorado, y que aunque este no hubiera llegado á trastornarse, por la vehemencia de su amor al conocerse tan venturoso, de la misma manera se hubiera abierto para él la puerta de la casa de maese Retruénica.

—Contenta estoy,—dijo doña Clara mientras doña Toda iba por la cena,—y con un tal contento de inefable felicidad, que me parece que hasta ahora no he vivido, y tanto más contenta cuanto que veo que esa misma felicidad que á mí me ilumina el alma con luz de gloria, la sentís vos en vuestra alma; y sabed que esta felicidad es tanto mayor, cuanto que ya no es sola mi altivez nativa lo que á vos me iguala, que bien creo que el señor Cristóbal de quien hasta ahora yo me he creido hija, os habrá revelado de dónde vengo yo, y quien soy. Y siendo tal mi padre, lo de bastarda nada implica, que bien mirado no hay uno en Castilla que bastardía no tenga, y á más que por bastardía reyes han sido de Castilla los que han venido desde don Enrique II, bastardo del padre de aquel desventurado rey á quien robó vida y corona.

—En eso no nos pararemos,—dijo don Pedro,—que nosotros, y no solamente por parte de madre, de sangre real por bastardía venimos, y por esa bastardía infanzones somos; y á más que el amor, luz de mi alma, no conoce linajes, y para quien bien ama, su amor es lo más

grande y lo más noble que hay en el mundo.

—Pues no hablemos más de esto,—dijo doña Clara;—que nada de esto sabe doña Toda, y fuerza es guardar todavía el secreto, y ya la siento venir, y ella ha de estar á nuestro lado sin perdernos de vista no solo esta noche, sino todas las otras que viniéreis á verme; que aunque yo no necesito que nadie me guarde, ni de vos tengo necesidad de guardarme, porque vos sois el primer guardador mio, fuerza es que esta vieja no pueda ni aun sospechar en nosotros nada que mi honra empañar pueda, y como ya la siento venir, concluyamos.

Cubrió primeramente la mesa con un rico servicio doña Toda, y volvió á salir en busca de los manjares.

Trájolos, y exquisitos, y doña Clara la dijo:

—Allí os habeis de estar, mi dueña, como es vuestra obligacion, hasta que llegue el momento de que mi esposo á su casa se vuelva, que puesto que yo por mi esposo le tengo, no ha de ser otra cosa que mi esposo del alma, hasta que al pié de los altares vayamos, que en Dios espero no tardará mucho tiempo.

Pero se engañaba en esto doña Clara, como se verá más adelante.

Cenaron, no con mucho apetito, los enamorados, que casi no les dejaba pasar bocado el

amor, y puede decirse que el manjar mejor que en la cena tuvieron fueron las tiernísimas miradas con que se estuvieron acariciando mientras duró la cena, terminada la cual, doña Clara, pidió encarecidamente á don Pedro se fuese, y este obedeció, quedando citados para la noche siguiente.

Sacóle de la casa la dueña.

Recibió una nueva dádiva y se volvió para ir á desnudar á su señora y á acostarla toda asombrada de aquel amor, que siendo tan grande, de tal manera en los términos de la honra se contenia.

CAPITULO XVI

De cómo recibió el condestable el mensaje de maese Retruénica.

A buen paso iba entretanto, camino adelante hácia Valladolid, maese Retruénica, estudiando cómo habia de abordar la cuestion con el condestable, lo que no dejaba de ponerle en un gran cuidado.

Pero en fin, él no habia podido evitar el amor que habia unido ya los espíritus doña Clara y de don Pedro, ni la situacion que á causa de aquel amor habia sobrevenido, y se afirmaba más en la creencia de que él cumplia con lo que debia al condestable, yendo á darle cuenta de lo que sucedia.

Creia además maese Retruénica que el condestable se daria por muy satisfecho por casar

á su hija bastarda con un rico-hombre tal, y de tal riqueza, como don Pedro Rodriguez y Enriquez.

Y esto le alentaba, porque aunque el condestable tenia muy mal genio, parecíale cosa segura que en sabiendo de lo que se trataba, habia de alegrarse.

Llegó al mediodía á Valladolid maese Retruénica sin haber descansado más que una hora á mitad de camino para cenar y dar un pienso á su caballo, y se fué en derechura á la casa del condestable, que más allá de la plaza Mayor, por la parte de la del Ochavo, estaba.

Metióse á caballo por el zaguan maese Retruénica como uno de los íntimos de la casa, y allí le conocian todos, porque dos ó tres veces al año iba él á Valladolid á dar al condestable noticias de su hija.

Comiendo estaba su magnífica señoría, y en mesa de estado segun costumbre, cuando llegó maese Retruénica, por lo que este hubo de esperarse, y aprovechó el tiempo para quitarse el arnés y vestirse un decente traje que en la maleta á propósito llevaba, que al condestable le gustaba que sus criados y todos los que de él en alguna manera dependian, vistiesen galanamente y cuidasen del aliño de su persona.

Acabóse á las tres de la tarde la comida y aun tuvo que esperar una hora maese Retruénica á que el condestable durmiese la siesta, despues de lo cual un camarero anunció á su señoría que allí estaba el zapatero su antiguo escudero.

Recibióle al punto el condestable, y díjole:

—A algo vienes tú, que no es ordinario, que hasta San Miguel yo no te esperaba, y en la cara te conozco que te allegas á mí como con miedo de hablarme.

—Grandes cosas tengo que decir á vuesa señoría, y creo que de gusto para vuesa señoría han de ser.

Frunció ligeramente el ceño el condestable, porque era de una penetracion muy viva, muy experimentado, y entrevió que para algo referente á su hija le buscaba Retruénica, y que aquello debia ser cosa de amor.

—Pues lo que se ha de decir en cien palabras, se dice en una, señor,—dijo Retruénica;—y si vuesa señoría se ha de tornar contra mí, cuanto más pronto vuesa señoría se torne y me destruya, más pronto habré salido del aprieto que aquí me trae.

—¡Ah! ¿te trae un aprieto?—dijo el condestable con la voz ya un tanto dificultosa.

—Sí señor,—dijo maese Retruénica poniéndose

dose pálido porque veia que se le iba nublando el alma al condestable;—y este aprieto es que mi señora doña Clara se ha enamorado...

—¡Ah... ah... ah!—dijo el condestable.

Y le voltearon los ojos.

Y si no pronunció más que aquellas tres exclamaciones, fué porque se le atosigó la voz en la garganta de la oleada del negro cuidado que se le subió del corazon á la cabeza.

—Sí señor,—contestó empezando á aturdirse maese Retruénica,—pero no se ha enamorado así de un cualquiera, sino del más alto, del más grande, del más rico, del más galan de Salamanca, de su señoría el rico-hombre don Pedro Rodriguez de Enriquez.

—¿Y quién... quién... te ha dicho á tí que podias tú venirme, venirme, pí... pí... pícaro, con... con... este... este men... men... mensaje?

Tomó distancia maese Retruénica, dispuesto á escapar, si no podia por la puerta, por la ventana, porque el condestable tartamudeaba demasiado, lo que probaba que le habia acometido terriblemente la cólera, porque cuando no estaba cólerico hablaba liso y corriente como cualquier otro.

—Yo, señor, no he podido evitarlo,—contestó, no tartamudeando, pero sí enredándosele las palabras, maese Retruénica; que tal era el miedo que sentia porque estaba viendo cuando el

condestable se arrojaba sobre él y le tendia, que cosas de estas tenia el condestable, y no era necesario excitarle mucho para ello.—No, no, señor; yo no he tenido la culpa, vuesa señoría me mandó, cuando me entregó su señora hija, que como dama la tratase y la tuviese servidumbre y estado, y doña Clara ha entrado y ha salido siempre que ha salido con su dueña y su rodrigon, y á causa de esto he tenido yo que dar muchos golpes en Salamanca, porque desde que su señoría llegó á mujer como lobos hambrientos la han buscado chicos y grandes; pero ha habido la fortuna, señor, hasta ahora, de que ninguno de sus enamorados haya encontrado gracia en los ojos de su señoría, y así hemos ido tirando.

—Aca... aca... acaba de una, de una buena vez,—dijo el condestable,—y ve... ve... veamos, ve... veamos que es... que es... lo que tengo que hacer, mal... mal... nacido.

—Con que vuestra señoría me ahorque cumple,—dijo Retruénica afrontando al fin por desesperado la situacion que tan negra se le ponia;—pero no hay motivo, por que con lo que yo he hecho he puesto en respeto bastante para no tener que matarle, al enamorado de su señoría, y para que su honra no peligre.

—Pues... pues... pues por ahí has debido empezar.

—Matar á don Pedro hubiera sido lo mismo que matar á su señoría, que tal está su señoría loca de amor por él; y yo creia que vuesa señoría se alegraria.

—¡Mis ene... mis enemigos!—exclamó el condestable.

—Don Pedro está fuera de los bandos, señor.

—Quién... quien... quien no está conmigo es... está contra mí,—dijo el condestable acreciendo en lo letal de su expresion, y en lo terrible de su mirada, y sobre todo, en lo difícil de su tartajeo.

—Pues no suene esto á que yo, humilde esclavo de vuestra señoría, me atreva á darle un consejo; pero á mí me parece que casando vuesa señoría á su señoría, con su señoría, el rico hombre don Pedro Rodriguez y Enriquez, tendria vuesa señoría en él un grandísimo amigo.

—Mi... mi... señoría,—dijo el condestable,—es mu... mu...cha señoría, pa... para sufrir so... so...bar... badas.

—No creo, señor, que vuesa señoría haya de sufrir sobarbada alguna.

—Yo... yo sé lo que me... me digo,—contestó el condestable, cuyo tartamudeo no pasaba, señal clara de que se le iba condensando la cólera.—¿Pero... pero veamos, qué es, que es, que es lo que tú, lo que tú has hecho pa... para poner un buen reparo á mí... á mi honra?

Llegó el momento crudo.

El zapatero se cubrió de sudor frio, se le nublaron los ojos, le zumbaron los oidos, pero no habia medio de detenerse.

—Me he visto obligado,—dijo temblando,—á decir á don Pedro y así mismo á la señora doña Clara, que ella es vuestra hija.

—¡Ah... hí, ah... hí, hi... hi .. de tal!—exclamó el condestable soltando la frase en toda su fuerza,—ladron, la... dron, y judío.., que tú.. que tú eres.

Y yéndose á una panoplia echó mano á un montante y se lanzó sobre el zapatero, que en dos saltos ganó la puerta, de la cual, de un tajo, sacó el condestable un astillazo enorme.

Calcúlese cual hubiera sido la suerte de maese Retruénica si aquel tajo le hubiera alcanzado; con que digamos que el montante se rompió del golpe, á pesar de que era una durísima hoja de Fez á toda prueba, que el rey habia regalado al condestable.

Cayó la una mitad sobre el pavimento de mármol, produciendo un ruido vibrante y sonoro, y el condestable arrojó con la rica empuñadura de oro y ricas piedras preciosas, la otra mitad.

Retruénica estaba en la otra puerta de la antecámara, dispuesto á escapar de nuevo si el condestable recargaba, y á no parar de cor-

rer hasta estar á cien leguas de Valladolid.

—Ven... ven... yo.. yo te lo mando,—exclamó el condestable,—que... que... ven... vengas, digo.

Y se volvió hácia el centro de su cámara.

Haciendo un heróico esfuerzo, volvió á entrar maese Retruénica.

La expresion de la cólera, del disgusto, de la terrible contrariedad, parecia como que se iba borrando del semblante del soberbio é iracundo don Alvaro.

—Pues mira,—dijo ya con la voz más segura,—componte allá como puedas, y á ver... á ver como, como pruebas tú que... que esa mujer es mi hija.

Como se ve, el condestable tartamudeaba ya mucho ménos.

—Señor, señor,—exclamó verdaderamente asustado maese Retruénica;—pues esto es peor, mucho peor que si vuesa señoría me hubiera hecho dos de un fendiente, y yo lo prefiero: ¿qué culpa es en su señoría el haberse enamorad ? Qué, ¿hay alguien libre del amor? ¿Desheredarla quiere vuesa señoría porque á la ley natural ha obedecido? ¿Y no es el rico-hombre, don Pedro Enriquez y Rodriguez digno de emparentar con vuesa señoría?

—¡Su madre!—esclamó don Alvaro.—Yo no conozco á su madre, es decir, no la he visto

nunca, y sin embargo, la conozco mejor que tú; ¡su madre, doña María de Monroy, la altiva, la soberbia rica hembra, que habia de bajar enviada del cielo, una de las gloriosas once mil Vírgen espara ser esposa de su hijo, y habia de despreciarla! ¿Y crées tú, miserable, que yo puedo ir á doña María de Monroy á decirla, esta que tú has creido la hija de un vil zapatero, de un galeote, de un ladron, es mi hija, para que doña María me vuelva las espaldas y me desprecie? No, no, y cien veces no. Y como porque ella tiene mi sangre se que ha de ir hasta donde su empeño la lleve, sin reparar en nada, por eso levanto la mano y me desentiendo, por mas que esto me duela, que mi hija es y la amo: en tu poder la puse porque tú estabas en el secreto de mis amores con su madre, y ahora me arrepiento. ¿Y quién habia de creer que ella habia de enamorarse justamente de un hijo de la soberbia doña María de Monroy? No; allá vosotros los dos enamorados y tú; y si mi hija quiere que yo la conozca por hija, que de ese hombre se olvide.

—Imposible, señor, yo lo aseguro á vuesa señoría.

—Pues mátale y así le olvidará.

—Yo no puedo matar á mi hija,—esclamó irguiéndose el zapatero,—y si yo matara al que Dios ha querido sea su esposo, la mataría. Y bien, señor, yo estoy ya desesperado, y me im-

porta muy poco lo que suceda; hasta ahora vuestra señoría dinero á manos llenas me ha dado para su hija. Yo no necesito dinero, que rico soy, mientras haya ricos en el mundo; ni me importa de la honra tres ardites, y si vuestra señoría levanta mano y abandona á su hija, yo la dejaré que haga lo que quiera, y nada tendrá vuestra señoría que decirme, porque nada tendrá ya que ver con ella.

Cuando pasado un acceso de cólera el condestable se ponia sobre sí, no podia acometerle fácilmente otra vez la cólera.

No contestó ni una sola palabra á Retruénica.

Se fué á la puerta y dijo:

—¡Hola! ¡un caballo, cuatro contínuos y un resguardo de cuarenta lanzas! ¡Uno á mí!

Entró un camarero y siguió al condestable, que habia desaparecido por otra puerta de la cámara.

—¡Bah!—dijo Retruénica,—hemos escapado en una tabla A lo que yo veo, todo consiste ahora en doña María. ¿Y quién sabe? La grandeza del condestable puede ser que la deslumbre. A veces el irse derecho al negocio es lo mejor.

Y Retruénica se quedó esperando de pié é inmóvil.

Apareció el camarero.

—Su señoria os manda,—dijo,—os armeis, cabalgueis y le espereis en el camino.

Fuése Retruénica.

Se echo su viejo arnés á cuestas.

Bajó.

Mandó le encubertasen su caballo, montó y partió.

Esperó á un cuarto de legua de Valladolid sobre el camino de Salamanca.

Una hora despues vió una nube de polvo por la parte de Valladolid.

A poco llegaba el condestable.

Le seguian cuatro contínuos ó gentiles hombres, que como rey se trataba, y le escoltaban cuarenta lanzas gruesas ú hombres de armas, con unos tales arneses y unos tales caballos, que mostraban bien la grandeza del señor á quien servian.

Un ancho ropon cubria el rico traje de corte que el condestable vestia.

No parecia sino que se habia preparado para visitar á una alta dama, lo que demostraba que no queria pasar en Salamanca más que el tiempo necesario para hablar á doña María de Monroy.

Maese Retruénica habia adivinado este intento en el condestable.

Y no se habia engañado.

CAPITULO VII

De como fué el recibimiento que doña María de Monroy hizo á don Alvaro de Luna.

Llegaron á Salamanca al otro dia á las diez de la mañana.

Habian descansado un tanto en el camino para hacer tiempo.

El condestable se habia salido de Valladolid sin decir á donde iba, y sin pensar siquiera lo que habia de responder al rey, si el rey le llamaba durante su ausencia.

Era mucho hombre aquel.

A las puertas de Salamanca hizo que sus contínuos, y el capitan, y los cabos, y las lanzas que le resguardaban, esperasen en una venta, y siguió adelante con maese Retruénica.

Al llegar á las puertas de Salamanca, el condestable echó pié á tierra, y dijo al zapatero arrojándole las riendas de su caballo:

—Espera aquí á que yo vuelva ó á que envie á alguien.

Y sacando de su rica limosnera un antifaz, se lo puso, y entró por la ciudad.

Habíale dado Retruénica las señas de la casa de don Pedro Rodriguez y Enriquez.

Llegó á ella, y dijo al portero:

—Decid á su señoría la noble señora doña María de Monroy, que un gentil hombre de la casa del rey, la pide la merced de besarla las manos.

Y no se detuvo, sino que siguió para adentro.

Asombrado el portero por el olor indudable de grandeza que del condestable emanaba, se apresuró á precederle y á ordenar á uno de los criados de escalera arriba, anunciase á aquel gentil hombre de su alteza.

El condestable al entrar en la casa se habia quitado el antifaz.

No era fácil que la servidumbre de doña María le conociese.

Pero antes de llegar á las habitaciones de doña María, se tropezó con don Pedro.

Inmutóse éste, y se hizo atrás.

Pero reponiéndose, se fué para el condestable, y asiéndole las manos, le dijo:

—Dios os lo pague,—señor,—que me pare-
ce adivinar á lo que venís.

—Pedid á Dios, mozo,—dijo seca y severa-
mente el condestable,—que vuestra madre tenga
juicio, y por que es necesario abreviar, id vos
mismo á pedirla la vénia para que yo la vea y
la bese las manos.

—En mi casa, señor condestable,—dijo don
Pedro,—no habeis menester vénia para que se
os reciba y con gran contento y honra. Ahora,
dadme vos licencia para que os guie

—Vamos, pues,—dijo el condestable, cuyo
semblante estaba nublado y sombrío.

Le conmovia la violencia que se hacia, y
acaso no iba él allí solo por el interés de su hi-
ja, que tal vez le llevaba un interés político.

En recia batalla se encontraba con los ban-
dos, y pareciale que una alianza con don Pedro
Rodriguez y Enriquez, podia serle altamente be-
neficiosa.

Abrió al fin don Pedro una puerta, y dijo al
condestable:

—Paso delante de vos, señor don Alvaro,—
para que mi madre no se sorprenda al veros de
improviso, que no os conoce.

Don Pedro estaba sobresaltado.

Temia, como lo habia temido el condesta-
ble, que su madre se negara al casamiento.

Estaba doña María junto á una papelera re-

volviendo unos papeles, cuando entrando don Pedro y tras él condestable, el primero le dijo:

—Madre mia, en casa tenemos honrándonos...

—¿Quien es quien puede honrarnos?—dijo doña María sin dejar continuar á su hijo.

El condestable al ver á doña María habia palidecido, se habia detenido, y habia permanecido inmóvil y como asombrado.

Pero reponiéndose inmediatamente, dijo:

—Don Alvaro de Luna, señora, es quien se honra y se cree dichoso besándoos las manos.

Y se acercó.

Se inclinó y besó una blanca mano que doña María rehaciéndose, y adoptando una actitud séria, pero tranquila y cortés, le tendió.

—Permitidme que me asombre señor condesble,—dijo doña María,—al veros en mi casa sin estar prevenida para ello. No importa; enemigo fuísteis de mi esposo, y como mi esposo en mi vive, enemiga vuestra soy, señor condestable, pero en mi casa tengo yó una silla más pronto para mis enemigos que para mis amigos.

—Desdichado recibimiento me haceis en verdad, señora,—dijo el condestable,—y gran desventura es para mí que una tal persona como vos, que tanto vale, mi enemiga sea. Y ved que yo no perseguí á vuestro esposo, ni contra él me valí de malas artes; y en una palabra, señora,

que si él fué mi enemigo, no lo fuí yo suyo.

—¿Y quien me lo cuenta eso á mí, y quien me lo asegura?—exclamó doña María.—A traicion me lo mataron, justicia pedí, y justicia espero aún, y la espero ansiosa, porque siempre esto y viendo delante de mis ojos el ensangrentado cuerpo de mi bien amado.

Alzóse el condestable de la silla en que habia tomado asiento, y dijo poniéndose la mano sobre el corazon:

—Juro á Dios y á su santa madre la vírgen María, y por mi honor y mi honra, que ninguna parte tuve en aquella desgracia, y que la deploré.—No soy yo señora quien puede mandar se mate á traicion, ni lo mandé jamás, y para matar á la luz del sol y como caballero, un ejército tengo; y si homicidios y asesinatos en Castilla han sucedido gobernándola yo por el rey, cosa ha sido de estos desdichados bandos con los cuales yo no puedo acabar, y por ambiciones particulares, que no por servir al rey ni por servirme á mí.

—Si así es cierto,—dijo severa y grave doña María,—Dios os lo premie, y si no, os lo demande. Sentaos, señor don Alvaro, y veamos que es lo que á mi casa os trae.

—Antes, señor don Pedro,—dijo el condestable,—hacedme la merced de dejarme á solas con vuestra señora madre.

Don Pedro salió alterado y cuidadoso, y como la nobleza de su carácter no le permitia ponerse de escucha por más que le importase, se fué á una galería que sobre el huerto daba, y se puso á pasear por ella.

CAPITULO XVIII

Del resultado que tuvo la visita del condestable á doña María de Monroy.

—Yo me atreveria á pediros,—dijo el condestable que aparecia como fascinado por la hermosura de doña María,—que me otorgaseis una gran merced, señora.

—¿Y qué merced es esa?—dijo con una gran reserva la hermosísima viuda.

—La de contarme en el número de vuestros amigos, señora; ¿qué digo amigos? en el de vuestros criados.

—Yo no puedo creeros, don Alvaro,—dijo doña María,—ni con vos disimular: artero fuísteis siempre y cruel, y enloquecido por la ambicion nunca mirásteis si eran infames los medios de que os valíais. Mi esposo cayó de una manera os-

cura, misteriosa. Justicia he pedido: venganza he buscado, y ni justicia ni venganza he podido encontrar; por que ¿cómo herir en lo que no se conoce, en lo que no se ve, en lo que no se sabe dónde está? Mi marido estaba apartado de los bandos; pero no podia estarlo completamente porque vos lo habeis dicho y habeis dicho muy bien, el que no está conmigo está contra mí. Vos no sois el primero que habeis dicho esto; lo dijo Jesucristo y antes de Jesucristo lo dijo todo el mundo que pensó bien. Mi marido no estaba con vos; por consecuencia estaba contra vos; os negaba su gran valía, aunque no se la concediese á vuestros enemigos, y debia haber algo, algo que yo no veo, que si yo algo viera, por lo que viera, llegaria á verlo todo. Yo no puedo ser vuestra amiga sino siendo vuestra amiga del corazon, porque yo concedo ó no concedo. ¿Quién me asegura, por más que jureis, que ya sabemos lo que son juramentos de los que gobiernan, que vos no tuvísteis parte en la muerte de mi marido? y advertid que yo no afirmo que la tuviérais, que podrá suceder muy bien que de ello estéis inocente. Pero como yo no puedo probar vuestra culpa, vos no podeis probar vuestra inocencia. Y además, aunque yo tuviera la certeza de que inocente estais de la muerte de mi marido, cosas habéis hecho y haceis, que no podeis negar, y que yo no puedo consentir en un

amigo mio. Ante todo, vos suplantais al rey, vos esclavizais al rey, vos le tiranizais.

—Señora, el rey no ha nacido rey,—exclamó el condestable,—el rey no sirve para gobernar estos reinos, tan necesitados de buen gobierno. Vos sentís, vos pensais, permitidme que os lo diga, vos sois todo corazon, yo soy todo cabeza; yo me debo á esta desventurada Castilla, yo tengo el deber de salvarla, y lo que vos veis y otros ven en mi vida que os parecerá enorme, terrible y aun criminal, no es obra mia, es obra de los sucesos, obra de los bandos. Necesario es imponer el terror para que haya gobierno; necesario es dominar los bandos, y no se les domina más que á sangre. Y creedme, señora, no siempre puede verterse la sangre por medio de la justicia de una manera solemne y pública, precediendo un juicio; no; hay momentos en que es necesario herir con la rapidez del rayo y sin reparar en la manera: el fin justifica los medios.

—La eterna disculpa de la tiranía,—contestó la terrible viuda,—la carta blanca de que se proveen todos los tiranos, el Dios humano poseido por Satanás que se cree con autoridad bastante, con permision de Dios, en nombre de la cosa pública, para llegar á todos los crímenes, á todas las infamias, á todos los atropellos, oponiendo siempre á las acusaciones severas

ile la virtud, aquello de: «Así conviene al nterés general.» Señor don Alvaro, yo os he recibido en mi casa, yo os he puesto en ella una silla, os he tendido la mano y departo con vos; pero esto no es más que una obligacion de mi dignidad y de mi cortesía; yo no pertenezco á ningun bando, creedme; pero no puedo ser vuestra amiga; por consecuencia, y siendo cierto lo que vos decís, que el que no está con vos está contra vos, contra vos estoy yo, y así mismo contra vos están mis hijos que son mi sangre, y si mi sangre no se bastardea ni la del buen esposo cuya muerte lloro y lloraré eternamente, contra los que como vos sean, estarán mis nietos, toda mi descendencia.

—¡Si vuestra sangre no se bastardea!—dijo profundamente el condestable.

Y como doña María se hubiese puesto de pié indicando de este modo que la visita habia terminado, tambien de pié se puso el condestable.

Miró á doña María de una manera avara, no pudiendo mantenerse en la fria reserva que le era habitual, y la dejó ver claramente en aquella mirada, ansia, enamoramiento, un principio, en fin, de adoracion.

Esto mismo habia aparecido constantemente en la fisonomía del condestable, desde el momento en que empezó la visita.

Pero no tan marcado, tan indudable como al terminarse esta.

Doña María se irritó, aunque se contuvo.

Y se engañó.

¿Cuál podia haber sido el objeto de aquella extraña visita de don Alvaro de Luna?

¿Acaso una injuria que no habia tenido ocasion ni lugar de hacerla de una manera ostensible, pero que tácitamente habia tenido lugar?

Don Alvaro de Luna era casado.

¿Qué habia creido, pues, don Alvaro?

¿Que ella, la altiva rica-hembra, la mujer intransigente en materia de honor, la enamorada de su marido, la viuda digna y severa, se deslumbraria con el poder y la grandeza del condestable?

Como don Alvaro no habia podido tenerse firme ante la influencia de la magnífica é irresistible hermosura de doña María, y habia demostrado al verla asombro, y despues interés y aun enamoramiento, por respetuosas que estas expresiones fuesen, y al ver el recibimiento que doña María le habia hecho, no se hubiese atrevido, ó mejor dicho, hubiese creido inútil manifestar el objeto de su visita, doña María continuó en su error y en él quedó, cuando despues de haberla besado las manos el condestable, se despidió de ella.

Salió.

Si algo consolaba á doña María de la injuria tácita que creia deber al condestable, era lo tácito de esta injuria, el respeto que habia sellado los labios del condestable.

—¡Ah! estos hombres,—exclamó doña María,—están dejados de la mano de Dios; no hay cosa en que no pongan, por respetable que sea, su audaz pensamiento y su tiránica voluntad.

Entretanto el condestable se habia encontrado en las galerías á don Pedro, y le habia dicho:

—Dios no ha querido que vuestra madre tenga juicio. Me voy como vine, sin haber tenido ocasion de decir á esa noble señora á qué era venido. Levanto la mano; he hecho más de lo que yo podia esperar de mí mismo. Quedad, pues, con Dios, señor don Pedro.

—Ved, señor...—dijo el jóven.

—Ni una palabra más,—exclamó el condestable;—yo no veo nada, no quiero ver nada, he hecho demasiado

Y el condestable llegó al zaguan acompañado de don Pedro.

Allí se despidió de él.

Se puso el antifaz y se fué á buscar á maese Retruénica al lugar donde le esperaba con el caballo.

Montó en él en llegando el condestable, y sin decir ni una palabra á maese Retruénica, apretó las espuelas al caballo.

Este partió á escape.

Maese Retruénica, que no sabia á qué atenerse, apretó tras el condestable.

Sintióle

Este, volviéndose, refrenó su caballo, y le dijo:

—Me parece que te permites seguirme.

—Como que necesito órdenes de vuestra señoría,—dijo maese Retruénica.

—Yo levanto mano,—dijo el condestable;—allá, allá vosotros todos; yo no tengo nada que ver con nada de esto: pasado mañana vendrá mi contador mayor con ciertas escrituras de tierras, con cuya renta podrá vivir como dama: hemos concluido: vuélvete, y de aquí en adelante ni aún pienses en mí.

—Pero señor... —exclamó maese Retruénica.

—Vuélvete, digo, ó por Dios vivo que no lo cuentas.

Y el condestable echó mano á su espada.

Aunque no tartamudeaba entonces, maese Retruénica no se atrevió á insistir.

—Vuélvete,—repitió el condestable.

Maese Retruénica revolvió su caballo, y se

fué al paso hácia la inmediata puerta de la ciudad que era la del Rio.

El condestable volvió á poner su caballo al escape.

Llegó á la venta donde le esperaba su escolta, y continuó hácia Valladolid.

En cuanto á maese Retruénica, se fué al Rincon de Vagos.

Entró en su casa.

Desenjaezó su caballo.

Arrojó su arnés, y dijo á doña Clara.

—Es necesario que te olvides de ese hombre, tu padre ha renegado de tí á causa de estos amores; ha venido por ellos á Valladolid á ver á doña María de Monroy, y mal deben de haberle recibido, cuando me ha dicho que nada tiene ni quiere tener respecto á tí; que te dejará heredada, para lo cual vendrá dentro de dos dias su contador mayor, y que por lo tocante á él puedes hacer lo que quieras; y lo que hay que hacer es satisfacerle, hija mia, y olvidarse de esos amores, que como están en sus principios, no ha de serte muy dificultoso.

Doña Clara disimuló.

Pero tomó su partido.

Aseguró á maese Retruénica que puesto que aquellos amores disgustaban á su padre, ella los abandonaba, que lugar tendria para casarse y bien casada, y á gusto de aquel noble y podero-

so padre con quien se habia encontrado de repente y sin sospecharlo.

Maese Retruénica creyó que podian más en doña Clara la soberbia y la ambicion, que el amor, y se quedó tranquilo.

CAPITULO XIX

De cómo el corregidor obtuvo de una intriga el resultado que deseada.

Maese Retruénica estaba satisfecho y se acostó.

Prevaliéndose de esto, doña Clara envió inmediatamente á doña Toda para que avisase á don Pedro, de que en dos noches no fuese á verla.

Doña Toda cumplió su comision y volvió encareciendo á doña Clara la tristeza y la desesperacion de don Pedro, y lo resuelto que estaba á casarse con ella á despecho de todo el mundo, empezando por su madre.

En aquellos momentos, el dolor, la desesperacion, habian enloquecido á don Pedro.

—Pues si él está resuelto á todo por mí,—

dijo doña Clara,—yo estoy resuelta á todo por él. Pero ¿cómo haremos, mi dueña, para que yo pueda recibirle en mi aposento todas las noches, aunque siempre en presencia vuestra?

—Si no encontrais más dificultad que vuestro padre,—dijo doña Toda, que no estaba en el misterio,—no hay dificultad ninguna, que á mi se me alcanza algo de bebedizos, y filtros y polvos eficaces, y como quiera que el señor Cristóbal no se acuesta nunca sin beberse un buen jarro de vino, aliñado estará el vino de manera que no despierte á tres tirones, y eso será desde esta misma noche.

—Pues entonces, doña Toda, y puesto que mi padre dormirá, volved y decid á don Pedro que venga esta noche.

Salió doña Toda á su nueva comision y volvió trayendo la respuesta de don Pedro de que al mediar la noche estaria á la puerta del zapatero.

Así sucedió.

A las diez, despues de bebido en la cena su gran jarro de vino, maese Retruénica se recogió, y á poco se quedó dormido como un tronco.

Acudió poco despues doña Clara.

Movióle, y viendo que no despertaba más que si hubiese sido una piedra, vió que podia recibir á don Pedro sin cuidado cuando llegase, y le recibió.

La dueña asistia á las entrevistas de los dos amantes, y se asombraba de aquel amor que no pertenecia, ciertamente, al género de otros amoríos que ella habia conocido.

Así pasaron los dias y las semanas.

Maese Retruénica habia buscado á don Pedro y le habia dicho:

—Vuestro casamiento con doña Clara es imposible; así pues, renunciad á ella, y guardad el secreto que sabeis, de que es hija del condestable; yo lo espero de vuestro honor.

Respondióle ágriamente don Pedro, porque convenia el mostrarse ágrio, que tantas dificultades habian acabado por cansarle, que por otra parte, la aldeana que habia elegido para amiga le parecia tan hermosa como doña Clara, y le habia curado de aquellos amores.

En cuanto á lo de guardar el secreto acerca del orígen de doña Clara, podia tenerlo por bien guardado, porque se habia olvidado de ella y de todo lo que la atañia.

No se fió mucho maese Retruénica de esta respuesta de don Pedro, y observó, y andando el tiempo se tranquilizó.

Tan reservado era, y tan prudente, don Pedro, y tan profundamente dormia maese Retruénica la noche en que don Pedro entraba en su casa, que de nada pudo apercibirse.

En cuanto á doña Clara, como su amor era

un amor del alma, que reposaba en otro amor tan del alma como el suyo, estaba tranquila y satisfecha, porque su amor no habia pasado aun de ese período en que el amor se alimenta de si mismo.

Y tal era su felicidad, que su hermosura habia acrecido hasta hacerse resplandeciente.

En la iglesia ni aun se miraban don Pedro ni doña Clara.

Doña María de Monroy ignoraba completamente estos amores de su hijo.

Sabíalos solo don Juan Rodriguez y Enriquez, porque como su cuarto estaba inmediato al de su hermano, este habia tenido que confiarse á él.

Pero guardaba á su hermano el secreto.

Don Pedro no iba nunca al Rincon de Vagos sino cuando la noche era densamente oscura, y no podia ser apercibido.

Las noches de luna eran un tormento para los dos amantes.

Y don Pedro, que por amar con toda su alma á doña Clara, no prescindia del entretenimiento de los amores de su manceba, (tales eran las constumbres) á casa de ella se iba las noches que no podia ir á casa del zapatero.

El amor en el hombre es muy distinto del amor en la mujer.

La mujer ha nacido para un solo amor com-

pleto, y Dios la ha hecho para ser madre, y ha previsto la familia.

En el hombre el amor del alma no escluye el de los sentidos.

La libertad de su educacion le vicia, constituye en él otra naturaleza.

Sin que empalideciése en nada el amor que don Pedro sentia por doña Clara, le incitaba la sencilla y enérgica hermosura de Inés, y sentia por ella una especie de pasion.

Las mujeres son muy perspicaces.

Inés acabó por reparar en que las noches oscuras don Pedro no iba á verla, y que cuando eran entre claras ó de luna no faltaba.

Figuróse lo que era, que don Pedro tenia algunos amores que debian ser tan secretos, que solo los satisfacia en las noches completamente tenebrosas.

Dió celos á don Pedro, y este la contestó que estando como estaba tan revuelta por los bandos Salamanca, y teniendo él enemigos, no creia prudente atravesar la ciudad entre las tinieblas, exponiéndose á ser asesinado como lo habia sido su padre.

Por este tiempo el corregidor, don Miguel, habia empezado á empeñarse en amores por doña María de Monroy, como ya digimos, y su hermano menor, don Diego, estaba gravísimamente empeñado por Inés.

Habia tanteado todos los medios.

Pero como Inés estaba ciegamente enamorada de don Pedro, nada habia conseguido, y disimulaba por respeto á don Pedro, con el cual y con su hermano don Juan seguian en buena amistad el corregidor y don Diego.

Llegó á sentir de una manera demasiado dolorosa, Inés, el aguijon de los celos.

Don Pedro continuaba faltándola las noches oscuras.

De improvisó don Diego se sorprendió viendo que doña Beatriz, aquella vieja en cuya casa con su anciana madre vivia Inés mantenida por don Pedro, le dió una cita para la primera noche oscura que viniese para hablar con Inés por la reja.

Acudió, en efecto, á la noche siguiente, que fué oscura.

Bajó á la reja Inés, y le dijo:

—Importunándome estais hace ya tiempo con vuestros billetes y con las dádivas en que insistís, aunque yo no haya recibido ninguna. Cada billete que me escribís me dice, con más desesperacion el amor que me teneis. Vos sabeis, porque sois amigo de don Pedro, cuánto yo le amo. Pero voy á ser muy franca con vos, estoy celosa; yo creo que don Pedro tiene otros amores. Averiguadlo, y si ello es cierto y yo lo sé, á don Pedro despido y á vos os acojo, que si

él otros amores tiene, me desprecia, y no he de amar yo á quien me desprecie, sino más bien á quien me estime.

Vió el cielo abierto don Diego.

Supo que las noches oscuras no iba don Pedro á ver á Inés, y se propuso averiguar lo que hubiese.

—Mañana á la noche,—dijo,—yo acecharé á don Pedro, le seguiré y veré lo que haya en vuestros recelos. Esperadme, que si yo en alguna casa le viere entrar, á avisaros vendré, y si quereis verlo, yo os acompañaré para que lo veais.

Acechó, en efecto, á la noche siguiente don Diego á don Pedro, y figurándose que solo por el postigo del huerto podia salir, á alguna distancia del postigo se puso.

Poco antes de las once oyó que el postigo se abria.

Llevaba don Diego en vez de borceguíes una especie de abarcas de paño para no ser sentido.

La noche era densa, y así es que pudo seguir á don Pedro, que llevaba una linterna, y que descuidado, no volvió para atrás continuando hácia el Rincon de Vagos.

Poco antes de llegar á él cerró la linterna, lo que indicó á don Diego que ya se acercaba don Pedro al punto de su cita.

Continuó siguiéndole, y se cercioró de que habia entrado casa de maese Retruénica.

Luego don Pedro era amante de la hermosísima doña Retruénica, aquella á quien tan en vano habian solicitado los mas ricos y los mas nobles y los mas preciados de Salamanca y él mismo y su hermano, sin haber obtenido más que desdenes.

Creció una cierta envidia que ya se labraba tanto en don Diego como en don Miguel contra don Pedro, y don Diego se apresuró á ir á casa de doña Inés, que bajó a la reja en cuanto hubo oido la seña.

Contóla lo que habia visto don Diego, y se brindó á acompañarla para que lo viese por sí misma.

Inés no solamente consintió, sino que se apresté á salir para ir acompañada de don Diego á achechar á don Pedro.

Allá, bajo un soportal, en silencio, estuvieron hasta poco antes del amanecer, que se abrió la puerta de la casa de maese Retruénica, y salió don Pedro.

Inés no podia dudar ya.

Se desesperó.

Se irritó.

Juró vengarse, y don Diego la dijo:

—La venganza, cuanto mas secreta es y más paciente, es mas terrible. Esperad, y no come-

tais ninguna imprudencia, que todo lo echariais á perder. Disimulad cuanto podais, que de nada se aperciba don Pedro, y ved si en vuestro corazon, pasado algun tiempo, dura al deseo de la venganza ó si apesar de todo puede más en vos el amor que los celos.

Don Diego habia heredado la sangre de su padre, es decir, del contador mayor del rey, Alonso Perez de Vivero.

La traicion solapada y astuta era ingénita en él.

Llevó á Inés á su casa y la persuadió á que disimulase.

Por otra parte, Inés tenia las pasiones enérgicas de las gentes de los campos que no han sido modificadas por una educacion conveniente.

Era reservada y ladina como todos los campesinos.

La comprobacion de sus celos, que habian dejado de serlo para convertirse en evidencias, la habian irritado hasta el punto de que su amor por don Pedro, tan grande como era, se convirtiese en aborrecimiento y saña.

Dejóla en su casa don Diego, y se mostró satisfecho, porque veia que todo el terreno que, respecto á á Inés habia perdido don Pedro, lo habia ganado él.

Por aquel tiempo, no pudiendo ya don Mi-

guel resistir la pasion que le devoraba por doña María de Monroy, se fué á ella, como hemos dicho, con una pretension de matrimonio; y rechazado por ella, se obstinó, se irritó, se le ennegreció el alma y se decidió á apelar á un medio villano, como digimos tambien.

Sabia por su hermano don Diego, que para él no tenia secretos, los amores de don Pedro con doña Clara.

Estos amores eran, sin duda á trasmano de maese Retruénica, cuando tan recatadamente y esperando las noches oscurísimas, don Pedro iba á ver á doña Clara.

Llamó, pues, el corregidor á maese Retruénica y le dijo.

—O eres tonto, ó eres embustero; tu te jactas de que mientras vivas, no habrá quien se arrime á tu hija sino para ser su marido, porque tu quieras y ella quiera. Disgustos has tenido con más de un caballero por tu hermosísima hija, y sin embargo, ó ella te engaña recibiendo en tu casa y en su aposento, las noches que hace oscuro, á un enamorado, ó engañas á todo el mundo y no poneis otras condiciones al rico-hombre don Pedro Rodriguez y Enriquez para consentirle las satisfaciones de sus amores con tu hija, que las de un gran recato y un gran secreto.

—Quisiera yo saber si eso era cierto,—dijo

maese Retruénica, que habia escuchado lívido de cólera al corregidor.

—Tan por cierto podeis tenerlo,—dijo don Miguel,—como que yo mismo le he visto entrar tres noches seguidas que ha hecho oscuro, en vuestra casa, y permanecer en ella hasta una hora ántes de amanecer.

—Pues mira,—corregidor,—dijo maese Retruénica,—no se lo cuentes eso á nadie, porque, ya sea verdad, ya sea mentira, si yo se que á persona alguna viviente te has ido con ese cuento, vive Dios, que sin valerte la vara te mato.

—Ni yo quiero matarte ni que me mates, amigo Cristóbal,—le dijo don Miguel,—ni tengo que contar á nadie lo que he visto yendo á caso de ronda y solo, porque muchas veces ya lo sabes, yo rondo solo para ver mejor. Y si te he dado noticia de lo que he observado, ha sido por lo mucho que te estimo y por tu honra.

—Pues si así es, Dios te lo pague,—dijo maese Retruénica,—y se retiró á su casa.

Sentóse en su banquillo y se puso á meditar como no faltando él de su casa ninguna noche, doña Clara se atrevia á recibir á don Pedro en su aposento.

Dió entónces en el medio de que doña Clara se valia.

Porque se explicó lo que no habia podido ex-

plicarse, esto es, que desde hacia seis meses siempre despues de cenar se le cargaban los ojos más de lo natural, y que apenas si el sueño le dejaba tiempo para desnudarse.

Recordó que esto le habia acontecido las noches os curas.

Se le daba algo en la cena para aletargarle.

Nada dijo.

Se irritó y concibió horribles proyectos de venganza.

Claro estaba cuando don Pedro, arrostrando por todo, no se casaba con doña Clara, que la reducia á la situacion de manceba, que ella loca de amores aceptaba, porque maese Retruénica no podia suponer la inmaculada pureza de aquellos amores, ni lo hubiera supuesto nadie, á juzgar solo por las apariencias.

Disimuló maese Retruénica.

Se fué como todas las noches al oscurecer á la taberna, donde se reunia con sus compiches, á puerta cerrada se entiende, porque segun las órdenes de aquel tiempo, las tabernas se cerraban al oscurecer.

Se estuvo allí como de costumbre hasta las diez.

Pero bebió muy poco y habló ménos.

Se volvió á su casa, y, como todas las noches, encontró la cena servida, y al lado de su plato el gran jarro lleno de vino.

Sin decir una palabra, maese Retruénica asió de Clara, y violentamente la llevó á un cuarto interior y la encerró.

Despues volvió y dijo á doña Toda que estaba aturdida y agonizante de miedo:

—Mala vieja, infame y ladrona que tu eres, ó haces lo que yo te mande, ó ha llegado el último instante de tu vida.

Sometióse la vieja.

Protestó que ella era inocente, que si habia consentido en las visitas misteriosas de don Pedro, habia sido por amor á doña Clara, y porque en aquellas visitas en nada faltaba doña Clara á su honestidad, sino que tenia unos muy limpios amores con don Pedro Rodriguez y Enriquez; que nunca con él habia estado á solas doña Clara, y que no habia que atosigarse de tal manera.

No era fácil creer á doña Toda, y maese Retruénica no la creyó.

La impuso silencio, y la dijo:

—Cuando esta noche venga don Pedro, habeis de franquearle la puerta como todas las noches sin advertirle con una sola palabra, y habeis de llevarle como siempre al aposento de mi hija.

La aterrada vieja prometió que así lo haria.

Poco antes de la media noche bajó como de costumbre, y se pegó á la puerta.

Estaba agonizante de terror.

A poco oyó los leves golpes que sobre la puerta daba cuando llegaba don Pedro.

Abrió doña Toda.

Pero en cuanto hubo abierto le acometió tal terror, que se salió á la calle y dió á correr diciendo al partir á don Pedro.

—No entreis, que ese hombre os va á matar.

Esto bastó para que don Pedro comprendiendo la situacion, se hiciese atrás, tirase de la espada, se terciase la capa, empuñase su broquel, y se quedase delante de la puerta abierta y á poca distancia de ella.

Maese Retruénica, que estaba en una ventana oscura observando, y que habia visto la fuga de la vieja y el movimiento de don Pedro, cuyo bulto se apercibia, aunque negro, entre la oscuridad, y viendo que la dueña habia advertido á don Pedro, y que don Pedro Rodriguez y Enriquez le esperaba; irritado y frenético, revuelta toda su sangre de lobo, sin pensar más que en la venganza, salió, del aposento descendió rápidamente la escalera, y se lanzó espada en mano á la calle.

Hay que advertir, que antes de la media noche el corregidor con una ronda de veinte alguaciles, escogidos de los más bravos, habia acudido al Rincon de Vagos y se habia apostado con su gente, extendiéndola de modo que don

Pedro Rodriguez y Enriquez no pudiese escapar.

El corregidor no dudaba de que una vez en un lance don Pedro con maese Retruénica, éste era hombre muerto.

Tal concepto tenia y tenian todos en Salamanca, de la destreza y del valor de don Pedro Rodriguez y Enriquez.

Maese Retruénica salió con la violencia con que un toro sale del toril.

Pero deteniéndose á poca distancia de don Pedro, le dijo:

—Ahora mismo vais á morir si no venís conmigo á donde yo os mandare, y ha de ser á la parroquia á buscar al cura para que en el momento os case con quien ha de ser vuertra esposa querais ó no querais, ó sin vos ha de quedarse, porque yo os haya matado.

—Tú estás loco, pícaro,—exclamó con desprecio don Pedro,—cuando así te atreves á hablarme; y no eres tu aquel á quien yo he de buscar para casarme ó no casarme con el alma mia, ni yo soy hombre á quien se casa á la fuerza. Vete y deja la puerta franca para que yo entre, que vive Dios que si yo me recato no es por tí, sino por su honra.

A todo esto don Pedro estaba prevenido, porque conocia bien al hombre que tenia delante espada en mano.

Imprudente anduvo en prevenirse; porque, maese Retruénica, que conocia bien á hasta dónde llegaban el valor, la fuerza y la destreza de don Pedro, cuando vió que de nada le valia la amenaza, que nada conseguiria sino que don Pedro hiciese públicamente su manceba á doña Clara, así lo creia él, tomó de repente una guardia baja, á lo pícaro, y se fué con una estocada á traicion á don Pedro, resuelto á matarle de una herida en el vientre.

Saltó atrás don Pedro.

Tomó la misma guardia y se trabó la lucha.

Don Miguel pudo bien haberlo estorbado, porque diestros ambos, la pelea se prolongó algunos minutos, hasta que al cabo don Pedro, esforzando su maestria, alcanzó con una estocada tal en el cuello á maese Retruénica, que llegando la punta á la juntura de la primera vértebra cervical, le dejó muerto en el sitio.

Don Pedro saltó por encima del cadáver para ganar la puerta de la casa de la que se habian alejado riñendo.

En aquel momento lucieron acá y allá linternas, y se oyó una voz ronca y poderosa que exclamaba:

¡Ténganse á la justicia!

Don Pedro, sorprendido, se detuvo; el círculo de las linternas se estrechaba al rededor de él.

Al fin reconoció al corregidor.

—¿Qué es esto, señor corregidor?—dijo,—es que vos venís á prenderme? ¡Ah cuerpo de tal, exclamó el corregidor, fingiendo sorpresa y contrariedad,—que sois vos, señor don Pedro, ¡y que me pesa! pero mi durísimo deber me obliga á prenderos.

—En vuestro derecho estais,—dijo don Pedro,—un hombre he muerto; razon para ello he tenido, que en defensa propia le he matado; pero cuestion de proceso es esta; tened, pues, mi espada y mi broquel, que á prision me doy.

El corregidor dejó algunos alguaciles de guardia junto al cadáver, y se fué con don Pedro rodeado por los otros alguaciles.

—Ved á dónde me llevais, don Miguel, que yo ir á la cárcel no puedo, dijo don Pedro,—rico hombre soy y habreis de respetar mis inmunidades y privilegios.

—¿Y cómo habeis podido creer, amigo y señor don Pedro,—dijo con una hipócrita dulzura el corregidor,—que yo habia de olvidarme de lo que por tantos títulos se os debe? Duro caso es este; que á vuestra casa voy á llevaros para que en ella en prision quedeis y gran disgusto voy á dar á vuestra madre, á quien tanto estimo como os estimo á vos. Pero tened en cuenta que esto no es más que cumplir con lo que las leyes mandan; que si yo solo hubiera sido testigo del

lance, dejara ir libre, y tanto más que en el sitio se ha quedado ese ladron de Retruénica; pero testigos han sido los alguaciles, y yo no me atrevo á dar escándalos y á que se diga que porque sois mi amigo no hago justicia. Pero descuidad, que esto se arreglará y muy en breve, como que he de ser yo quien lo arregle. Por muerte en defensa propia, como así es pondráse, cosa será esta de quince dias.

—Ved, don Miguel,—dijo don Pedro,—que durante esos quince dias sola en su casa se queda doña Clara, que para que lo sepais, ha de ser mi esposa, opóngase quien se oponga; y ved que ella ninguna culpa tiene en lo que ha sucedido, y no la prendais ni la hagais proceso, antes bien avisad a mi hermano para que por ella mire mientras esto se arregla como vos decis, y vive Dios que me alegro, que ya estaba yo en términos de desesperacion, y esto que sucede, motivo es bastante para que yo, olvidado de todo y mirando solo á mi corazon y á mi obligacion, con ella me case.

En su gran lealtad y en su gran corazon, don Pedro ni aun habia sospechado la infame intriga del corregidor, y le creia su amigo.

Llegaron á casa de don Pedro, y aunque doña María estaba recogida, no pudo escusarse supiese que á su casa habian llevado preso á su hijo don Pedro por haber matado á un hombre.

CAPITULO IX

En que se ve que doña María, más que rica-hembra y altiva, era madre.

A don Pedro se le habian encerrado en su cuarto y se le habia dejado dos alguaciles de guardia de vista y otros dos á la puerta que debian relevarse con otros cuatro que en la casa habian quedado.

No se le permitia hablar con nadie ni aun asomarse á los balcones.

Los alguaciles que le guardaban debian servirle.

Este rigor cuadraba muy mal con lo amistoso que se habia mostrado el corregidor con don Pedro.

El otro hermano, don Juan, habia recibido tambien del corregidor la seguridad de que to-

do acabaria en bien, y le habia manifestado que si él aparecia tan armado de severidad para con don Pedro, era porque todo el mundo sabia la amistad que mediaba entre don Pedro, y él.

Don Juan hubo de contentarse con estas manifestaciones del corregidor.

Pero ménos confiado que su hermano don Pedro, sospechó que algun interés grave debia haber para el corregidor en el fondo del asunto.

Doña María no sospechó, sino que comprendió la verdad.

Para ella era indudable que allí habia una miserable intriga en la que habia sido envuelto su hijo, y que el corregidor no habia hecho aquello sino para obligarla por su amor de madre á casarse con él.

Por lo mismo que doña María dejó apresuradamente el lecho cuando supo que habian llevado preso á su casa á su hijo, no se presentó al corregidor.

No hubiera podido contenerse, y las circunstancias reclamaban una gran prudencia.

Cuando el corregidor se fué, don Pedro pretendió sobornar á los alguaciles que se habian quedado de guardia.

Pero eran los cuatro incorruptibles.

Don Miguel los habia escogido entre los de su mayor confianza y le eran fieles de miedo.

No solamente se negaron á la evasion de don Pedro, sino que ni aun permitieron que su madre y don Juan le hablasen.

No sabian estos otra cosa que la que habian dicho los alguaciles, esto es, que yendo de ronda el corregidor por el Rincon de Vagos, habian oido ruido de espadas, y que acudiendo á la riña, habian encontrado á don Pedro espada en mano, con un hombre muerto á sus piés, y que aquel hombre era maese Retruénica.

Los alguaciles mentian en parte aleccionados por don Miguel; porque como sabemos, no iban de ronda cuando aconteció el lance, sino que se habian apostado anteriormente á las inmediaciones de la casa del zapatero.

La noticia de que el muerto era maese Retruénica, demostró claramente á doña María que aquella muerte habia sucedido por doña Clara.

En cuanto á don Juan, como los hermanos no tenian secretos el uno para el otro, conocia los amores de don Pedro y de doña Clara, como ya sabemos.

Inmediatamente don Juan se armó, y acompañado de dos criados por lo que pudiera acontecer, se fué á casa del zapatero.

Encontró allí á la justicia que se ocupaba en levantar el cadáver.

Don Miguel llamó á parte á don Diego, y le dijo que si iba por ver á doña Clara podia verla, porque

como nada resultaba contra ella, y la riña habia sucedido en la calle, no procedia ni la detencion de doña Clara y de las otras gentes que la casa habitaban, ni el embargo de esta, despues de lo cual volvió á asegurarle que todo acabaría en bien.

Con esto, y como ya se hubiese levantado el cadáver, la justicia se fué con él para llevárselo al hospital, donde los médicos debian dar su declaracion acerca de la herida.

Entróse don Juan casa del difunto, y encontró ya con el manto puesto á doña Clara, que se le arrojó llorando en sus brazos.

—Aquí ha habido una traicion infame,—dijo doña Clara,—en que debe andar ese villano de corregidor que me tenia ódio, porque yo no habia acogido sus amores. Pero el corregidor se engaña, que yo haré que el esposo de mi alma sea libre, y tan pronto, que no ha de tener mucho tiempo para que le pese, y en gran manera, á ese traidor, y como á vuestra casa iba, don Juan, que para eso me habia puesto el manto, os ruego que á vuestra casa me acompañeis que así iré más segura.

—¿Y para qué quereis ir á mi casa, doña Clara?—dijo don Juan.—A mi hermano no podeis verle porque encerrado está en su cuarto, y guardado de vista por alguaciles que no dejan que nadie hable con él.

—Pero yo voy á hablar á vuestra madre,—dijo doña Clara

—¡A mi madre!—exclamó con asombro don Juan.

—Sí, sí, á vuestra madre; porque yo no voy á decirla que soy la esposa de vuestro hermano, no; lo que voy á decirla es: estad tranquila, porque yo voy á salvar á vuestro hijo, á pesar del corregidor y de todos los corregidores del mundo.

Doña Clara estaba extraordinariamente excitada, y se mostraba claramente en ella la grandeza del amor que por don Pedro sentia.

Don Juan, aunque asustado por temor á la manera que su madre podia tener al recibir á doña Clara, no pudo negarse.

Así es que dió el brazo á doña Clara, y seguido de sus dos bravos escuderos, á su casa se fué con doña Clara y la presentó á su madre.

Recibióla doña María séria y grave, pero no tan hosca como habia recibido al condestable.

—Si yo no me apresurara á deciros, señora,—dijo doña Clara en cuanto se quedó sola con doña María,—que mi amor por vuestro hijo no es más que un entrañable amor del alma, extrañar pudiérais el que ante vos no mantuviese alta la frente, sin muestra de rubor ni más que la indignacion que en mí causa la alevosía que contra vuestro hijo y mi esposo se ha hecho: mi esposo del alma, señora, porque así lo ha queri-

do Dios; que yo bien sé que altiva sois, y para vos seria un quebranto el ver á vuestro hijo casado con la hija de un tal pícaro galeote, ladron y asesino, como Cristóbal Retruénica, aunque esto no sea cierto, y ni que tampoco querais verle casado con doña Clara de Luna, hija de ganancia del condestable don Alvaro de Luna, por causas que no se entienden y sucesos extraños, encomendada para su crianza y guarda, con título de hija, á un tal hombre como el que esta noche ha muerto justamente á manos de mi esposo.

Era esta la primera noticia que doña María tenia de que doña Clara fuese hija bastarda del condestable don Alvaro de Luna.

—¡Hija del condestable sois!—exclamó doña María que se mantenia entera y serena como si no hubiera tenido á su hijo don Pedro preso y con la responsabilidad de un homicidio; y asiendo á la jóven de la mano, la llevó junto á la luz que aun era de noche, y la miró atentamente.

—Sí, sí,—dijo;—en vuestro semblante hay mucho de semejanza con el condestable; hija suya sois Si así es, señora, como yo lo creo, y siendo como sois, famosa en Salamanca por vuestro recato y virtud, llamad á boca llena vuestro esposo á mi hijo, que sea lo que quiera para mí vuestro padre, no he de ser yo quien haga pagar culpas de padres á los hijos, ni quiero tam-

poco hacer la desventura de mi amado Pedro, que oyéndoos comprendo que os ame de tal manera, que solo con vos pueda ser venturoso.

—¡Ah señora,—exclamó doña Clara á la que se le habian nublado los ojos y aparecia poco ménos que desvanecida,—que yo no venia con la esperanza de esta ventura, y no parece sino que se me va á romper el corazon! ¡Oh, madre mia, madre mia!

Y se arrojó en los brazos de doña María, y la besó en la boca.

Doña María estaba muy lejos de ser dura de corazon, y pagó el beso de doña Clara con otro beso de fuego.

—Sí, mi hija, mi hija,—exclamó doña María;—esto es, si el condestable os reconoce como hija suya de ganancia, si os legitima, como puede hacerlo, porque él es el rey, y no dudo que así lo hará. Perdonadme si añado, porque yo no puedo mentir, que mejor quisiera que fuéseis hija de un simple hidalgo de gotera. Pero ¿qué quereis? por rica-hembra y altiva que yo sea, antes que rica-hembra y altiva soy madre; adoro á mis hijos, conozco que vuestra hermosura y vuestro encanto son tales, que mi hijo no ha mirado lo que mirar debia con fria razon. Dios lo ha querido; pero decidme para que yo quede tan contenta como pueda quedarlo, que

del alma no han pasado vuestros amores con mi hijo.

—Por altiva que vos seais, señora, no cede á la vuestra mi altivez, y antes que deshonrarme á los ojos de mi propio amor, hubiera muerto: le recibia, sí, de noche, en secreto, pero jamás á solas. Necesitaba para no morir, verle, hablarle, mirarme en sus ojos, oir su amor, decirle el mio, y como esto no podia ser más que las noches muy oscuras, no sabeis señora, cuanto he aborrecido yo á la luna.

—¿Y sabe vuestro padre vuestros amores con mi hijo?

—Tan lo sabe, señora,—dijo doña Clara,—que á pesar de su altivez, de Valladolid vino á veros solo para pediros consintiéseis en mi casamiento con vuestro hijo.

—¡Ah! pues nada me dijo el condestable; es verdad, hablamos de tal manera, que él debió creer inútil decirme nada acerca de vuestro casamiento con mi hijo; los designios de Dios son incomprensibles; una sola palabra del condestable, y yo hubiera preguntado á mi hijo, yo hubiera comprendido cuanto os amaba, y ya hace seis meses seríais la esposa de mi Pedro. No importa, lo sereis, lo sois ya.

—Cuando vuelva de Valladolid, señora,—dijo doña Clara.

—Qué, ¿á Valladolid vais?

—¿No hubiérais ido vos, madre mia, hasta la fin del mundo por vuestro esposo? ¿por qué no he de ir yo á Valladolid por el mio? Sí, á á Valladolid voy; yo no conozco á mi padre; mi padre no me conoce; alguna vez habíamos de conocernos, y ha llegado la hora. Voy á qué, á su despecho ese corregidor villano, ese infame queporque he despreciado sus amores, de mí ha pretendido vengarse, conozca que contra mi nada puede.

—¡Que os ha requerido de amores el corregidor!—exclamó doña María.

Y creció su indignacion contra don Miguel.

—Perdonadme, señora, si os digo,—dijo doña Clara,—que me tarda el estar ya en camino para Valladolid, y puesto que sola estoy en el mundo y que mi madre sois porque habeis querido serlo, me procurareis quien me acompañe y me guarde, y esto cuanto antes.

Eran, poco más ó ménos, de un mismo cuerpo doña María y doña Clara.

Doña María vistió por sí misma con un traje de viaje y á propósito para montar á caballo, á doña Clara.

Púsola en una maleta un riquísimo traje de los que ella tenia antes de ser viuda, y muchas ricas alhajas.

Doña Clara no debia volver á su casa

Por lo tanto, tenia necesidad de proveerla doña María.

Don Juan se preparó en un breve espacio.

Se prepararon asimismo dos dueñas y dos doncellas para acompañar á doña Clara, y antes del amanecer, á punto que se abrian las puertas de la ciudad, salieron de Salamanca con una escolta de veinte escuderos, armados á la gineta.

CAPITULO XXI

En que parece que se va desvaneciendo la tormenta.

Tanto caminaron, tan deprisa y tan sin descanso, que á puestas del sol á Valladolid llegaron.

Hospedáronse en la hostería más rica, tomando las mejores habitaciones, y sin descansar ni invertir más tiempo que el que necesitó para ataviarse como á su estado correspondia, doña Clara, en silla de manos, seguida de otra silla en que iban las dos dueñas que le habia prestado doña María, y don Juan á caballo sirviendo á doña Clara, y con un acompañamiento de cuatro escuderos con gran librea, se presentaron en la casa del condestable.

Pero se anunció únicamente doña Clara en esta forma:

—Decid al muy excelente señor condestable, que doña Clara, la de Salamanca, le ruega la reciba y la oiga.

Ocupado estaba con algunos de sus parciales don Alvaro de Luna, en una conversacion altamente política, cuando le dieron el mensaje de doña Clara.

Sorprendióse, y pasando á otro aposento, mandó hiciesen pasar á la señora doña Clara de Salamanca.

Entró doña Clara con sus dueñas hasta la antecámara, y dejándolas en ella, pasó á la cámara donde el condestable, todo perplejo, la esperaba.

Detúvose doña Clara á alguna distancia del condestable y le dijo:

—Señor don Alvaro de Luna: yo soy la esposa, diré mejor, la prometida del muy noble y muy poderoso señor rico-hombre don Pedro Rodriguez y Enriquez y Monroy, y vengo por él á pediros justicia.

—¿Que... que... vos... vos sois la... la... prometida del ri... rico hombre de Sala... Salamanca?

Esto demostraba que el condestable habia montado en cólera.

—Sí, su prometida noble y pura,—contestó doña Clara,—á no ser que vos, señor, os negueis á la razon y á la obligacion que teneis,

que entonces yo os pediré me enviéis á un convento para morir allí al rigor de mi desventura.

—¿Y qué... qué obli.. obligaciones ten... tengo yo pa... para con vos?

—Si no mintió aquel hombre, mi padre sois, y reconocida, aunque secretamente, me teneis.

—¡I... I... Ira de Dios!—exclamó el condestable,—que... que he de ahor... ahor... ahorcar á ese mal... mal nacido.

—No se ahorca á los muertos, señor,—dijo doña Clara.

—¡Mu... muerto!—exclamó el condestable.

—Sí señor; muerto á manos de mi esposo.

—Con... con... contadme có... cómo ha sido eso, hija mia.

Esto era el reconocimiento.

Pero la cólera del condestable no cesaba.

Temblaba todo.

Estaba lívido.

Sus ojos vagaban extraviados.

Asió de las manos á doña Clara, y á pesar de su cólera, de su descomposicion, la abrazó y la besó en la frente.

Cuando se retiró, doña Clara vió que por las mejillas del condestable resbalaban dos gruesas lágrimas.

Se conmovió.

Se arrojó á él, y le besó sonriendo y llorando.

—Sen... sentémonos, hija mia,—dijo el condestable procurando dominar aquella su terrible cólera.

Y como era fuertísimo de voluntad, la dominó de tal manera, que rompió á hablar ya sin tartamudear.

—No extrañeis,—la dijo sentándola en el estrado y sentándose á par de ella,—que yo os haya dejado llegar hasta los diez y seis años sin reconoceros. No me corria prisa, os consideraba aun muy niña. Pero os habeis hecho mujer y muy mujer antes de tiempo. Decidme antes de todo si habeis hablado con la altiva, con la soberbia rica-hembra doña María de Monroy.

—Suyo es el traje y las alhajas que sobre mí traigo. Mi madre es; en mi casamiento con su hijo consiente.

—¡Ah! ¡gracias, mi buena doña María!—dijo el condestable como si se hubiera hallado con la misma doña María de Monroy.—¿Y cómo ha pasado la muerte de ese pícaro de Retruénica?

Doña Clara lo contó todo al condestable.

Cuando hubo concluido, el condestable la dijo:

—Idos á descansar, hija mia, pero no á la posada, porque en vuestra casa estais; por mi

hija os reconozco; cosa clara y sencilla, porque no hay más que sacar de una escribanía un pliego cerrado y mientras reposais se sacará; luego ireis conmigo á la córte; os presentaré á sus altezas los reyes, nuestros señores, y vuestra legitimacion será en el mismo punto.

—¡Pero mi esposo!

—Estad tranquila, que por horas más ó ménos ningun mal ha de avenirle.

El condestable condujo á su propia cámara á doña Clara.

Sus dueñas entraron á servirla.

Sabiendo el condestable que allí estaba don Juan Rodriguez y Enriquez, le llamó y le recibió, y despues de hablar con él algunos momentos, y con gran interés y cariño, le aposentó tambien en su casa con sus escuderos.

Al dia siguiente al medio dia, una gran multitud detenida por la curiosidad, se agolpaba delante de la casa del condestable. Admirando las magníficas carrozas doradas que delante de ella se veian y un lucido y reluciente escuadron de hombres de armas, con una nube de caballerizos, de escuderos y pajes.

Hay que advertir que en el momento en que el condestable hubo aposentado á don Juan Rodriguez y Enriquez, escribió rápidamente en un pergamino.

Se fué al alcázar

Se entró en la cámara real.

Presentó el pergamino al rey y le dijo:

—Firmad, señor.

El rey firmó sin mirar siquiera lo que la cédula contenia.

El condestable envió á la cancilleria aquel pliego que fué sellado.

Le refrendó y se volvió á su casa.

Por la mañana hizo llamasen á don Juan Rodriguez y Enriquez.

—A Salamanca, caballero,—le dijo el condestable,—vais á partir con esta real cédula que presentareis al corregidor; os acompaña un capitan mio con sesenta lanzas. Si inmediatamente que reciba esta real cédula el corregidor no pone en libertad á vuestro hermano, vos prendeis al corregidor y me le traeis atado, para lo cual y para poner por vos mismo en libertad á vuestro hermano, aqui en esta otra cédula os doy un poder bastante. De una ú otra manera que vuestro hermano sea puesto en libertad, decidle que yo le suplico en nombre de mi hija, su esposa, venga á fin de que las bodas se celebren como corresponde en Valladolid, y si vuestra señora madre quisiera acompañarle...

—Haremos lo posible, señor condestable,—contestó el bueno de don Juan que lloraba de alegria.

Partió.

Llevaba órden el capitan de matar los caballos para llegar pronto y de prestar mano fuerte á don Juan Rodriguez y Enriquez:

Llegó el medio dia, como hemos dicho, las espléndidas carrozas y el magnífico acompañamiento aparecieron delante de las puertas de la casa del condestable.

Poco despues de las doce se vió salir al condestable de gran gala, resplandeciente, llevando de la mano una dama doblemente resplandeciente por su maravillosa hermosura, y por su juventud y por lo magnífico de su atavío.

La acompañaba otra dama de edad provecta y nobilísima, como parienta que era del condestable.

Llevóla el condestable á la carroza del medio y en ella entraron.

Un alto servidor llevó á la tercera carroza á las dos dueñas de doña Clara, prestadas por doña María de Monroy, y á dos nobles doncellas ataviadas.

El condestable ocupó solo la primera carroza.

Partieron primero las trompetas de las lanzas del condestable.

Luego los caballerizos, los camareros y los pajes á caballo.

Despues la carroza del condestable.

Aseguida una compañía de hombres de armas.

Luego una nube de servidores á caballo.

Despues la carroza en que iban doña Clara y la parienta del condestable, con pajes y caballerizos á las portezuelas.

Aseguida otra compañía de lanzas.

Por último, la carroza de las dueñas y las doncellas con algunos pajes á caballo, y un escuadron entero de lanzas gruesas, con estandarte, en que estaban representadas las armas del magnífico don Alvaro de Luna.

Todo aquello atronaba, crugía resplandecia.

No podia ir con más boato, con más majestad un rey.

El condestable ejercia señorío donde no se habia atrevido á ejercerle nadie, ni aun en los más calamitosos tiempos de Castilla, bajo los reyes más débiles, esto es, dentro de la córte.

Llegaron al palacio real donde estaban citados de ante mano todos los grandes dignatarios de la corona, y allí se hizo solemnemente el reconocimiento de doña Clara y su legitimacion.

Aseguida, con la misma pompa, se volvieron á casa del condestable, donde se celebró un gran banquete, un banquete á que concurrió todo lo que habia de ilustre y de hermoso en Valladolid.

Como al principio del banquete doña Clara

preguntase al condestable dónde estaba su hermano, que así llamaba á don Juan Rodriguez y Enriquez, el condestable la respondió:

—Ha ido por vuestro esposo.

Conformóse doña Clara, aunque bien hubiera querido ser ella la que hubiera ido á libertar á don Pedro, y comió con muy buen apetito.

CAPITULO XXII

De como el corregidor, no pudiendo hacer otra cosa, cumplimentó, al parecer, muy á gusto suyo la órden del rey.

Tanto corrieron don Juan y los que que con él iban, que llegaron á la caida de la tarde á Salamanca.

Cogió en su casa al corregidor don Juan.

—Enteraos de eso, y obedeced,—le dijo don Juan con la voz trémula de cólera.

Con las manos extremecidas por una cólera no menor, abrió, ó mejor dicho, desarrolló la cédula el corregidor y vió que decia:

»El Rey:

»Por cuanto siéndonos manifiesto bastantemente que el rico-hombre don Pedro Rodriguez y Enriquez y Monroy ha matado con razon para ello y á mayor abundamiento en defensa

propia á un tal Cristóbal, apellidado Retruénica, zapatero en esa ciudad de Salamanca y en su Rincon de Vagos, azotado que fué varias veces y galeote por delitos, á vos, nuestro corregidor en la muy noble y muy leal ciudad de Salamanca, os mandamos deis por quito y absuelto de todo cargo al dicho rico-hombre don Pedro Rodriguez y Enriquez y Monroy, y en libertad le pongais y sin costas, quedando finalizado el proceso y anulado y casado por esta nuestra real sentencia ejecutoria, y mandamos, etc.»

Miró hosco y fiero el corregidor, no pudiendo contenerse, a don Juan Rodriguez y Enriquez.

Pero lo compuso inmediatamente, añadiendo:

—Es para desesperarse y ofenderse y encolerizarse el que siendo vosotros tan mis amigos y yo tan amigo de vosotros, hecho hayais esto que me roba la satisfaccion y el contento de hacerlo yo mismo en justicia. El mandato del rey como debo acato y ejecuto con placer.

A seguida el corregidor salió con don Juan.

Llegaron á la casa de doña María, y el corregidor notificó á don Pedro la sentencia ejecutoria del rey, declarándole por ella libre y absuelto.

Comunicó don Juan á su madre y á su hermano las buenas noticias que de Valladolid traia.

—No podreis decir de mí,—dijo doña Ma-

ría que habia escuchado reservada y grave á su hijo don Juan,—que para vosotros no soy buena madre. No miro yo en estas bodas más que el amor que te tengo, Pedro; pero no hemos de apresurarnos de modo que pueda creerse que esta alianza de tal manera nos parece ventajosa, que no perdemos el tiempo, temerosos de que se nos escape.

Sintió mucho don Pedro aquella dilacion y se le apretó el alma, porque le pareció que su amor no iba á lograrse.

Sin embargo, se resignó y no hizo la menor observacion á su madre.

El plazo que la altivez de doña María se habia tomado para acudir á las bodas con sus hijos, dió lugar á que aquella Inés buscase á don Pedro, le suplicase, le rogase, y de tal manera se mostrase desconsolada, que don Pedro fué débil y volvió á sus visitas nocturnas á Inés.

Odio de celos y rabia de amor sentia á causa de don Pedro el corregidor.

En cuanto á don Diego, habia contraido una Pasion furiosa por Inés y le tardaba acabar con don Pedro.

Una noche, la víspera del dia señalado al fin por doña María de Monroy para la partida á Valladolid, cenaban no tan alegremente como otras veces, Inés, don Pedro y don Juan.

Tristes estaban los tres.

A las pocas libaciones empezaron á manifestarse en los tres señales de aturdimiento, mucho más prontas que hubieran debido serlo.

Apareció una alegría que tenia mucho de terrible.

Se fué condensando la embriaguez, y de los tres la primera que cayó completamente fué Inés.

Cuando cayó, los dos hermanos no estaban ya en situacion de juzgar.

Don Pedro fué el primero de ellos que se adormeció completamente.

Despues don Juan.

Cuando éste hubo dejado caer ya aletargada la cabeza sobre la mesa, se abrió la puerta del aposento y entró doña Toda.

Movió una y otra vez á los dos hermanos y se cercioró de que estaban completamente sin conocimiento.

Entónces salió y volvió á poco con dos hombres, al parecer disfrazados; porque apesar de sus trajes de villanos, se revelaba en ellos la nobleza de su continente.

Llevaban cumplidísimos antifaces.

Levantaron á Inés y la llevaron á un lecho

Luego cargaron con don Pedro y lo sacaron al corral.

A seguida llevaron al corral á don Juan y junto á su hermano le tendieron.

La vieja abrió el postigo del corral y salio á reconocer una estrecha callejuela á la que las tapias del corral daban.

Una vez hecho el reconocimiento, cargaron los dos enmascarados con don Pedro y le llevaron á una callejuela algo distante.

Una vez allí, entrambos le dieron de puñaladas, y para tener más seguridad de su muerte le degollaron.

Volvieron, cargaron con don Juan, le llevaron al mismo lugar donde estaba el sangriento cadáver de su hermano, y de la misma cobarde é infame manera le dieron de puñaladas y le degollaron.

Despues de esto, la vieja, que habia permanecido acechando durante el crímen, se retiró á su casa, y los dos asesinos se perdieron en las revueltas callejas de Salamanca.

CAPITULO XXIII.

En que se ve como doña María hacia oficios de alcalde instruyendo por sí misma un proceso en secreto.

Al dia siguiente por la mañana, cuando acababa de levantarse doña María de Monroy, el corregidor se metió con una nube de alguaciles por la casa llevando en dos escaleras los dos cuerpos casi despedazados de don Pedro y de don Juan.

Un asesinato tan misterioso como el de su marido habia quitado á doña María sus hijos.

El corregidor, tomándose muy poca pena en preparar á doña María, escudándose con su obligacion, la notificó que yendo aquella noche de ronda habia encontrado en un lugar solitario y apartado de la ciudad cerca de los muros, á sus hijos asesinados, y que si no los habia traido en

el momento habia sido por no turbarla el sueño con una tan terrible noticia.

Nunca fué doña María más valiente.

Despidió al corregidor impasible, y agradeciéndole los buenos deseos que la habia manifestado de hacer justicia en los asesinos.

Cuando se quedó sola, cuando despidió á su servidumbre de la sala baja donde se habian puesto los cadáveres, se arrojó sobre ellos, y los besó llorando desconsolada.

Luego se alzó terrible y exclamó:

—El corregidor no encontrará á vuestros asesinos, hijos de mi alma; el corregidor no los castigará, pero los he encontrado yo y yo los castigaré.

El funeral fué magnífico, y á él asistió impasible y sombría la desolada madre.

Se les enterró en la capilla y panteon que tenian en la iglesia de Santo Tomé al lado de su padre.

Extrañó á todo el mundo que doña María no pidiese justicia.

No parecia sino que creia que justicia no habia de hacérsela, y habia quien la juzgaba loca por el dolor, y que á esto debia atribuirse el que no se presentase como parte en el proceso.

El corregidor, entretanto, habia hecho una multitud de prisiones, de tal manera, que habia cundido el terror por Salamanca.

Bastaba con que alguno hubiese tenido una disputa más ó ménos acentuada con cualquiera de los dos hermanos, para que el corregidor le prendiese, sin consideracion á su estado ni á su alcurnia.

La noticia habia llegado á Valladolid y habia caido como un rayo en la casa del condestable.

Doña Clara parecia haberse vuelto loca, y excitaba á su padre á la venganza.

Doña Clara acusaba.

El nombre del corregidor y de su hermano salian de sus lábios atribuyéndoles el asesinato.

El condestable habia enviado á altos servidores suyos á dar el pésame á la noble viuda y á asegurarla que ó él habia de dejar de ser quien era, ó la habia de dar venganza.

Doña María recibió cortésmente á los enviados del condestable y no les dijo más que estas palabras:

—Dad las gracias por su buen deseo y sus mejores ofrecimientos al señor condestable y decidle que yo tengo la seguridad de la venganza de mis hijos.

Doña Clara habia escrito una carta conmovedora á doña María, y doña María la habia contestado diciéndola:

«Mucho hemos perdido las dos; yo estoy se-

gura de que vos anhelareis venganza; tenedla por cierta, y no será necesario que esa venganza y esa justicia la haga Dios en la otra vida; vos y yo y antes de mucho, hemos de ser vengadas, sino satisfechas.»

Doña Clara se habia ido á esperar su venganza al monasterio de las Huelgas de Búrgos.

En cuanto á doña María continuaba sin mostrarse parte en el proceso que seguia con una actividad febril el corregidor.

Con el pretexto d poner en conocimiento de doña María el estado del proceso, don Miguel iba á visitarla con frecuencia, y notó muy pronto que doña María no era para él tan de hielo como otras veces.

Empezó á concebir esperanzas.

Al fin un dia reiteró su demanda, pidiéndole encarecidamente le concediese la felicidad de unirse á él.

—Y bien,—dijo doña María,—ya que vos no considerais que os doblo casi la edad, que las desgracias que por mí han pasado han entristecido mi corazon de tal manera, que en él no puede haber ya alegría, ni esperanza, no os digo que al cabo no consienta en ser vuestra esposa, pero eso ha de ser con la condicion de que descubrais y castigueis á los asesinos de mis hijos.

Alegróse el corregidor.

Por que para él no era cosa de gran monta envolver en indicios y malas artes á un par de pelones.

Entrecogió don Miguel á un tabernero y á un zapatero compinches y conmilitones del difunto maese Retruénica.

Negaron ellos.

Probaron la coartada.

Desentendióse de la prueba don Miguel.

Los puso en el potro.

Les apretó los cordeles.

Finalmente, los pobres diablos hicieron una cuenta tristísima.

Prefirieron la muerte en la horca á una muerte infinitamente mas horrible en el potro, y ratificaron la terrible declaracion que los condenaba á muerte.

Se les ahorcó, por lo tanto, en la plaza de Salamanca, y todo el mundo creyó que se habia hecho justicia en los asesinos del rico-hombre don Pedro Rodriguez y Enriquez y su hermano don Juan.

Pero doña María no habia aparecido ni por un momento como parte.

Sin embargo, doña María se habia constituido juez.

Pero recta y severa, no la bastaba su juicio propio.

Necesitaba pruebas.

Habia tenido don Pedro un escudero favorito que se llamaba Santos Ledesma.

A los pocos dias del asesinato, doña María se levantó una noche muy tarde á deshora.

Se fué al aposento de Santos Ledesma y llamó á su puerta.

Despertó Ledesma.

Fué á ver quien llamaba.

—Seguidme,—le dijo doña María.

Todo aturdido Ledesma la siguió.

Doña María tomó por una galería.

Ganó unas escaleras, bajó por ellas, salió al huerto y se dirigió al postigo.

Ledesma estaba sumido en confusiones.

La noche era oscura.

—Santos Ledesma,—le dijo doña María,—decidme con verdad y con juramento sobre vuestra alma si habeis ó no abierto este postigo, de noche y tarde, una ó muchas veces, para que vuestros señores asesinados saliesen á sus aventuras.

—Yo, señora, no he osado deciros que los señores salian por este postigo casi todas las noches,—dijo Ledesma.—El señor don Pedro, señora, tenia una amiga á la que visitaba secretamente, y que vivia y vive con una mala bruja que se llama doña Toda, frente al monasterio de Santa María y San Damian.

—¿Y no tendriais vos medio, Ledesma,—dijo

doña María,—de que yo hablase con esa bruja y con esa amiga de mi hijo?

—Para que esa mujer confie, señora, seria necesario recurrir á un medio, que no sé si vuestra merced querrá usar, porque yo podria ir con vuestra merced y decirla que vuestra merced era una dama que me amaba, y que á su casa íbamos á cubrir con el secreto nuestro amor.

—Consiento,—dijo doña María,—iré y al momento; yo voy á procurarme un manto; id vos á preveniros, y esto sea al punto.

Volviéronse, doña María á su aposento, Ledesma al suyo, y poco despues salian por el postigo, completamente rebozada en un manto doña María, Ledesma bien apercibido.

Llegaron casa de doña Toda.

Llamó Ledesma.

Salió la bruja á la ventana.

Manifestóla Ledesma su solicitud.

Sonóla algunas monedas y se abrió la puerta.

Doña Toda, que conocia demasiado á Ledesma, y que no extrañaba que él, conociéndola, se valiese de ella, sin pensar en que aquello podia tener relacion con el asesinato de los dos hermanos, los introdujo en una sala baja de la cual salió para traer luz.

Apenas la trajo, cuando doña María, que estaba cuidadosamente envuelta en su manto, dijo á Ledesma:

—Salid un momento, señor mio; quiero hablar con esta buena mujer.

Salió Ledesma.

Doña María puso inmediatamente sobre la mesa un bolsillo lleno de oro, dos brazaletes de diamantes y una magnífica gargantilla con perlas, con cuya vista se embriagó doña Toda.

Sacó asimismo doña María un puñal y junto á las alhajas le puso.

—Elegid entre lo uno ó lo otro,—la dijo,—ó me servís ó morís; y para que veais que quien os lo dice puede hacerlo, mirad.

Y abriéndose el manto apareció pálida y terrible ante doña Toda.

Esta se aterró.

—Ni un grito,—la dijo doña María;—porque si gritais morís. Oid y responded. ¿Quién mató á mis hijos?

Doña Toda, aterrada, balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—¿Creeis,—la dijo doña María señalándola el puñal que estaba sobre la mesa,—que si ese puñal fuese el mismo con que se mató á mis hijos, yo me volveria contra ese puñal y le romperia? No; ni en vos me ensañaré, ni en esa Inés, que sin duda con vos ha tenido parte en la alevosa muerte á mis hijos dada. No; vosotras me importais muy poco; ellos, ellos; el corregidor y su hermano don Diego son los que me importan.

Tan de improviso cayeron estas últimas palabras sobre doña Toda, tan desprevenida la cogieron, que se espantó y se apresuró á decir:

—Yo no sé nada, yo no he dicho que el corregidor y su hermano hayan sido los matadores de los hijos de vuestra grandeza.

—Ellos han sido,—exclamó convencida ya doña María.

Pero necesitaba una prueba más clara, una prueba concluyente.

—Hablad, mujer, hablad,—dijo.—Creedme, nada arriesgais, os lo repito; yo no iré á buscar á la justicia. Hablad, pedid oro á montones. ¿Para qué quiero yo mis riquezas si nada me queda ya el mundo?

Habia tal elocuencia, tal poder en el acento en la expresion de doña María, que doña Toda, que era muy experimentada, comprendió que nada arriesgaba confesando, al par que se exponia á todo insistiendo en la negativa.

Sabia ella demasiado cuanto podia doña María de Monroy, y que el corregidor no podia defenderla de ella.

Se decidió, pues.

Doña María escuchó, al parecer, impasible la relacion de doña Toda.

Cuando concluyó la dijo:

—¿Viene cada noche don Diego á ver á esa Inés?

—Sí señora; está loco de amores por ella.

—¿A qué hora viene?

—Despues de la media noche.

—Mañana me pondreis donde oculta pueda verlos y oirlos.

—Muy bien, señora.

—En tal sitio, que cuando haya oido y visto lo que me baste, pueda salir de vuestra casa sin ser sentida.

—Muy bien, señora, así será.

—Confiad, confiad en lo que os he dicho y jurado; yo no me volveré contra vos ni contra esa infame; yo dejaré vuestro castigo á Dios; pero tened en cuenta que si me vendeis, si no me servís, nada conseguireis sino el que yo os busque, aunque os escondais en el centro de la tierra y allí os despedace. Ahora adios; hasta mañana á la noche que os traeré tanto oro como el que no habeis soñado jamás tener.

Doña María salió silenciosamente.

Doña Toda se quedó tranquila y ansiosa porque llegase la siguiente noche.

De tal manera habia comprendido á doña María.

Acontecia que la Inés estaba devorada por el remordimiento y por el dolor.

Habia sucumbido en los primeros momentos de sus rabiosos celos, á don Diego.

Pero muy pronto don Diego se le habia hecho odioso, insoportable.

Si habia continuado recibiéndole habia sido por miedo.

Pero ya la iban faltando las fuerzas.

El remordimien·o iba ganándola, y ya en esta situacion, fué cuando doña María empezó su proceso de la manera que hemos dicho.

Acudió doña María á la hora convenida, y doña Toda encontró medio de introducirla en la casa.

Sobrevino á la hora de costumbre don Diego.

Doña Toda le sirvió la cena, y colocó á doña María junto á una puerta.

—¿Sabeis, Inés,—dijo con voz ronca y lúgubre don Diego,—que no hay peores celos que puedan tenerse como los que se tienen por un muerto?

—Perdonadme, don Diego,—exclamó afligida y llorosa Inés;—yo no puedo remediarlo, tengo miedo.

—¿Y qué tiene que ver ya con esto la justicia?—dijo don Diego,—¿por qué temeis? ¿no ha visto todo el mundo en Salamanca ahorcar á los matadores de esos hombres?

—Tambien, tambien los veo á esos,—exclamó Inés,—á ellos que me dicen: «éramos inocentes; el corregidor nos ha asesinado para que nadie piense que él ha sido el asesino.»

—Callad, vive Dios,—exclamó don Diego,—estais loca.

Impetus tuvo doña María de franquear la puerta, arrojarse sobre el miserable, y matarle allí mismo.

Pero el lugar no era decente para ella, y á más de esto, allí no habia más que uno.

No necesitaba saber más y se retiró silenciosamente.

Abajo la esperaba Ledesma.

Ledesma avisó silenciosamente á doña Toda.

Salió doña María con Ledesma tan secretamente como habia entrado, y se volvió á su casa.

CAPITULO XXIV

De cómo doña María satisfizo su venganza,

Cada dia doña María se mostraba más grata al corregidor.

Y no era solo él el que frecuentaba su casa, sino tambien su hermano don Diego.

Un dia, en fin, que los dos hermanos estaban en grata conversacion con aquella en quien el uno creia ver á su esposa y el otro á su cuñada, doña María se levantó.

Fué á una de las puertas de la cámara y la cerró.

Se fué á la otra y la cerró tambien.

Despues de esto, de debajo de un tapiz, sacó una espada.

Los hermanos miraban todo esto con extrañeza, pero sin inquietarse.

—Señores mios, —dijo doña María mostrándoles la espada,—¿la conoceis? Miradla bien; esta es la espada de mi hijo don Pedro, y si mi hijo hubiese tenido en la mano cuando se le encontró muerto esta espada, si le hubiérais matado uno solo de vosotros lealmente en riña, con peligro de vuestra vida, yo, nunca os hubiera pedido cuenta de la sangre de mis hijos, al pedírosla no os despreciaria, no os llamaria cobardes, infames, asesinos.

Los dos hermanos aparecian atónitos, espantados.

Miraban con los ojos extraviados á doña María, que los fascinaba, los aterraba.

—¡Ah!—exclamó doña María, en la cual ni aun se advertia el temblor de la cólera.—Vosotros os dijisteis: engañemos al mundo ahorcando á dos miserables; engañaremos á doña María, y además, ¿qué tenemos que temer aunque se sospeche? ¿Quién ha quedado que vuelva por la sangre de don Pedro y de don Juan Rodriguez y Enriquez? Os habeis engañado, infames; quedaba su madre, que no os ha matado como á perros, porque su noble sangre ni aun para una venganza justa puede consentir el asesinato; pero sí, su madre desesperada busca el triste consuelo de matar juntos, armados contra ella, á dos infames cobardes, ¡oh! ¡sí! ¡cobardes! ¿por qué de improviso no os acorre la bravura del leon? Me-

jor lo quisiera, porque aquí no hay más que un hombre, que soy yo, frente á dos malas mujeres que tiemblan de miedo. Ya he dicho bastante y me tarda. Toma tú, Miguel.

Y á él se fué, amagándole con una estocada y hubiera podido dársela, porque don Miguel permanecia inmóvil.

De improviso el cobarde don Diego, creyendo distraida, ocupada con su hermano á doña María, tiró rápidamente de la espada, y la acometió.

Doña María retrocedió, se inclinó, se recogió, tomó la guardia, todo esto simultáneamente.

Se lanzó sobre don Diego, se reparó de dos estocadas y se tendió á fondo.

Don Diego lanzó un grito horrible.

Abrió los brazos, perdió la espada, y cayó de espaldas.

Doña María no se detuvo.

Se volvió contra don Miguel, que de flanco la acometia.

Se reparó otras dos veces doña María, y de otra estocada don Miguel cayó muerto.

—¡Ah! ¡sí, sí!—exclamó doña María, vengados; pero ¿de qué me sirve la venganza? ¿quién me vuelve á mis hijos? Pero que lo sepan todos, sí, todos; que sepan que doña María de Monroy no ha necesitado de la justicia miserable de los

hombres para ajusticiar á los asesinos de sus hijos.

Y abrió la puerta de la cámara y llamó á voces.

Y abrió el balcon que caia sobre la puerta principal de su casa en la inmediata iglesia de Santo Tomé.

Habia allí funcion, y de ella salia la gente.

Doña María gritó:

—¡Venid, venid todos! ¡venid á la casa de la muerte y de la venganza! Yo he matado á los asesinos de mis hijos.

Acudió una gran multitud.

—La justicia de los hombres ha sido engañada,—dijo doña María,—pero mi justicia no, y la justicia de Dios ha querido que yo vengue á mis hijos, que yo haga justicia en sus asesinos. Así hubiera podido descubrir á los asesinos de mi esposo. Ahora, señor teniente alcalde mayor,—continuó doña María dirigiéndose á uno de los caballeros que habian acudido,—mi familia se ha extinguido con mis desventurados hijos. Ya no queda un Rodriguez y Enriquez que empuñe esta espada en servicio de Dios, del rey y de la patria. Tomadla, señor teniente alcalde mayor, y enviadla al rey para que la guarde. Ahora, prendedme, porque yo he matado dos hombres.

Pero ni el teniente alcalde mayor, ni algu-

gunos regidores que allí estaban, se movieron ni acertaron á decir una sola palabra.

—Qué, ¿no me prendeis?—exclamó doña María.—Pues bien, yo me prendo á mí misma.

Y salió de la sala.

Se salió á la calle sin manto, sin más que sus tocas de viuda, y su doble luto por su marido y por sus hijos.

Doña María habia tomado el camino del monasterio de Santa María y San Damian.

De improviso una mujer desmelenada, jóven y hermosa, pero descompuesta, desencajada, la salió al paso.

Era Inés.

La noticia habia cundido como la celeridad del rayo.

—¡Ah! ¡Dios os bendiga,—exclamó Inés,—porque le habeis vengado! ¡yo le amaba, y ellos, ellos fueron sus asesinos, los que vos habeis matado!

—Apartad, mujer,—exclamó doña María rechazando á Inés.

Y siguió adelante.

Inés fué presa.

Doña María llegó á la portería del monasterio.

La multitud que la seguia dejó oir entonces una exclamacion de contento.

Doña María estaba ya protegida por el privilegio de inmunidad del monasterio.

No se la podia prender.

Acudió el obispo.

Se abrió para doña María la puerta del cláustro, y apenas entrada en él, sus lágrimas tanto tiempo hacia contenidas, brotaron de sus ojos.

Dió un grito de dolor desesperado y cayó por tierra sin sentido.

Las monjas la levantaron solicitamente y la llevaron en sus brazos á la celda de la superiora.

EPILOGO.

Por las declaraciones de Inés, corroboradas en el tormento por doña Toda, que fué presa, se descubrió que, en efecto, don Miguel y don Diego del Manzano habian sido los asesinos de los dos hermanos.

Se comprendió con asombro y con respeto cuanta razon habia tenido doña María de Monroy para matar al corregidor y á su hermano.

El rey, ó mejor dicho, el condestable, absolvió libremente de los dos homicidios porque se la acusaba á doña María.

Esta, por su parte, legó la mitad de sus bienes al monasterio de Santa María y San Damian, y la otra mitad á los pobres.

Profesó y vivió hasta una edad avanzada de

una manera ascética, ni más ni ménos que como doña Clara en el monasterio de las Huelgas de Búrgos.

Desde el dia de su venganza se sobrenombró á doña María de Monroy, doña María la Brava, y su noble casa, llevando su nombre, subsiste aun en Salamanca.

FIN.